

MARTA ROSA MUTTI

Avatares XI Año XI

VÍNCULOS SECRETOS

Cuentos

EDITORIAL DUNKEN

Buenos Aires

2014

Avatares letras, agradece el Premio estímulo, Adrián Merel, que desde el año 2006, acompaña y apoya esta publicación.

Contenido y corrección a cargo de los autores.

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal
Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: *info@dunken.com.ar*
Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723
Impreso en la Argentina
© 2014 Marta Rosa Mutti
e-mail: *centroavatares@yahoo.com.ar*
ISBN en trámite

PRÓLOGO

La gata tiene la mirada puesta en el abismo...

Una frase como tantas, un grupo de palabras puestas a decir... ¿decir o no? Lo cierto es que convocan la atención. Entreabren las puertas interiores y quien las recoja les dará un sentido. Suyo, propio, identitario, con un modo de entender la vida o de llevarla. Y es ahí donde reside el verdadero significado y la expansión de la escritura y de la acción de escribir. Una proyección del ser desde y hacia los mundos que más allá de su voluntad, transcurren dentro y fuera de él en cada instante.

Cuatro elementos comparten esta extraña coincidencia y convocatoria:

❖ la idea, el pensamiento, la palabra y la escritura.

Vaya similitud...

❖ el agua es al fuego *como la idea al pensamiento* y el aire es a la tierra *como la palabra a la escritura*.

Vínculos Secretos que conjugan y barajan el dibujo que cada hombre hace de la realidad que conoce y de la que desconoce. Ese otro lugar, al que busca explicar con fantasía, misterio, magia, mitos, y hasta desde el horror. La vida y la muerte es el conjuro inseparable a la hora de narrar, y por eso mismo detrás de cada palabra, letra tras letra acechan los abismos secretos que cada quien percibe o intuye, listos para salir fuera en cualquier descuido, para tomar cuerpos y vestiduras en los ojos del que recorre un texto.

La escritura es un viaje en busca de algo que se esconde y se escapa, que ofrece lucha para no ser atrapado. Es el Otro desconocido que somos todos. Entonces, ficcional o no, toda escritura es autobiográfica, porque da cuenta de la mano que la ha puesto a rodar, aunque no lo revele. Y si la escritura es el producto de una búsqueda dentro de la propia imaginación, de un recorrido por los pasillos del propio inconsciente, la literatura queda por fuera de la repetición.

La gata tiene la mirada puesta en el abismo...

Apenas un puñado de palabras que abre interrogantes, más que respuestas, provoca a las mentes a que fabulen. Rastrea, proyecta o enmascara, en fin, establece vínculos que murmuran, sugieren, dejan libre aquello que se calla.

En este libro van por su puesta en escena, las palabras de: *Marisol Aulicino, Liliana Blasco, Lola Caloiero, María del Carmen Cárdenas, Matías D'Angelo, Carmen Florentín Cabrera, María Graciela Jaime Irusta, Edith Migliaro, Patricia Moltedo, Elba Santos, Olga Tasca, y Hilda Trezza*, un grupo de escritores que junto a otros hoy; dan batalla en los corredores de la Ficción Argentina.

MARTA ROSA MUTTI

MARISOL AULICINO

“Las palabras son como sutiles mariposas, que nos acarician el alma”.

En mi adolescencia comenzó a brotar, desde lo más profundo de mi ser, de mi alma, un manantial permanente de palabras... Desde entonces voy recorriendo caminos con mis dos fieles amigos: el lápiz y el papel.

Sigo y seguiré plasmando por doquier mis más íntimos sentires..., porque a través de ellos afloran todos mis sentimientos, y son éstos los que les quiero hacer llegar desde el fondo de mi corazón.

Gracias a Dios por darme la oportunidad de alcanzar este sueño, y gracias a todas aquellas personas que de una forma u otra me alentaron para luchar por él.

LA MARIPOSA NEGRA

Las palabras retumbaban en su cabeza... —¿vas a estar bien? —Le dijo, después de que hicieron el amor. Creyó que eso bastaría, puesto que su juego virtual había terminado, y ella ya era una pieza eliminada. Iluso, eso hizo que ella saltara a otro juego que recién comenzaba...

Otra noche de insomnio los recuerdos se amotinaban nuevamente... La mariposa negra, enciende el celular, y envía otro mensaje subliminal...

¡Estoy harto! ¿Acaso esto nunca va a terminar?, él se molesta con el aparato. Hace dos meses que no se ven, ella anda en algún vuelo, del que no tiene idea.

Si no le hubiera hablado por chat... si no hubiera confiado tanto en él... No habría quedado atrapada en su telaraña. No era su culpa, ya se le pasaría.

Ella repite, con qué astucia me envolvieron sus dulces palabras... Con qué rapidez pasó de las frases poéticas a las obscenas. Su cruel

morbosidad sin descaro me sedujo. Pero no lo dejaré ganar, sé todos sus pasos, es cuestión de volar y volar...

Dirección, teléfono, mail, red social, trabajo, lugares que frecuenta, e incluso conocer bien a su familia.

Los dos eran casados, a ella no le importaba, ahora sólo quería tener una oportunidad. Sabía dónde encontrarlo y vería... quizás un poco de sexo otra vez. Era cuestión de acomodar el anzuelo.

Los mensajes nocturnos habían cesado, no era venganza, pero ahora se trataba de que él siguiera su juego...

Lunes, 13:00 pm, la misma plaza, ella siempre con sus auriculares. La música calmaba su ansiedad, mientras lo esperaba, recordaba aquella tarde de julio en el viejo hotel. El cubrecama rojo sin desarmar, quedaría siempre en su memoria.

Al fin llegó, se saludaron, comenzaron a caminar, él la guiaba. Ella no paraba de hablar. Lo seguía con sus pasos y con su mirada.

Llegaron a la misma estación de servicio de la primera vez. Él entró al baño, salió, la llamó, la tomó de la mano y entraron, él sólo quería sexo (lo tenía planeado) ella le dijo que no, que quería besarlo... (también lo tenía planeado).

Él insistió, bajó el cierre de su pantalón...ella cedió.

Así fue desde el comienzo y seguía siéndolo, solo que la mariposa blanca sin darse cuenta se había enamorado.

Aquel baño de azulejos blancos, era el lugar perfecto para terminar.

Lo abrazó con ternura, él era un témpano. Le confesó cuanto lo extrañaba y se quedó en silencio, escuchando el galope apurado de su corazón.

Aferrada a él y con mucho cuidado sacó el cuchillo de su cartera, el brillo certero y hambriento la encegueció... entonces zigzagueó varias veces, el miedo no detuvo a la mariposa negra.

El hombre que la mariposa blanca amaba, se desvanecía en el suelo sucio y mojado... Ella lo acunaba sin cesar, mientras la sangre espesa y caliente se expandía rápidamente por el buzo oscuro.

La mirada tambaleante de él, se extinguía en aquellos ojos grandes y profundos, color miel, aquellos que alguna vez lo habían enloquecido tanto... en ellos un par de alas negras sedosas se esforzaban para cerrarlos.

Ella acarició su sien, amoldando sus últimos besos a sus labios.

Ahí estaban otra vez... las mariposas estaban danzando. Una blanca, una negra.

Venían a despedirla o ¿la estaban consolando? Sacó las pastillas, las tomó una a una, sin apuro, como si las estuviera saboreando, besó su cuello y selló su juego sobre él: La Mariposa Negra.

LA DAMA DEL RELICARIO

*12 de Septiembre de 1940, Barrio
de Belgrano Bs. As.*

Aquel día de cálida brisa primaveral, en el que asomaba despacio el atardecer, en el antiguo salón del convento de San Agustín, ya todo estaba preparado, para que comenzara el festejo de su aniversario. Los niños, de entre de 6 y 12 años, luciendo sus mejores pantaloncillos cortos con tiradores, y sus cabezas engominadas, correteaban alborotados por todo el jardín lateral, la fragancia a rosas impregnaba el aire... Pero Ezequiel García, de tan sólo 10 años, estaba solo como siempre, observando desde el viejo banco del rincón, nunca jugaba con sus amigos, para él nada tenía emoción.

Después de que el antiguo reloj de pared, marcara tres cuartos de hora pasadas las 6, se levantó y caminó lentamente hacia adentro, tratando de que nadie lo viera; cruzó el amplio comedor y llegó al pasillo principal, continuó muy despacio, mientras se detenía a admirar aquellos cuadros que tanto le gustaban; al final del corredor, giró a la izquierda, y se detuvo frente a la puerta prohibida, con cuidado giró el picaporte de bronce, y al ver que estaba sin llave, entró, bajó temerosamente las crujientes escaleras y al llegar al sótano desolado, entre penumbras comenzó a investigar el lugar, llamando inmediatamente su atención, un

polvoriento baúl de madera oscura, como el de los piratas, pensó, sin vacilar levantó la tapa pesada, y hurgó con gran ansiedad... entre vestidos desteñidos, sombreros viejos y cartas amarillentas (enlazadas con sedosos listones rojos), descubrió un resplandeciente relicario de plata en forma de corazón, con una delicada y larga cadena de eslabones ovalados; al abrirlo, se sorprendió al ver el rostro pálido de una hermosa mujer, de largos cabellos rubios y ondulados, grandes ojos color miel, y gruesos labios rojos rubí, que llevaba en su cuello aquella preciosa joya. Por un instante los celestes ojos del pequeño se conectaron con los profundos ojos de ella, en ese momento sintió como si ya la conociera... Cerró la tapa y leyó: "Camila", lo volteó y observó una fecha: "19 de marzo de 1890", desde entonces Ezequiel guarda secretamente el valioso objeto, y no se separa más de él. Todas las noches después de sus plegarias, y asegurándose de que todos estén dormidos, sacaba el relicario de abajo de su almohada y admiraba con devoción aquel bello rostro. Después de varios días, comenzó a conversar con ella con gran naturalidad, llamándola incluso por su nombre, y diciéndole todos sus secretos.

Una fría madrugada, en la que azotaba una fuerte tormenta, se despierta con el ruido de una ventana que golpeaba, mientras se dirige hacia ella, escucha una suave voz que lo llama por detrás, se voltea pero no logra ver a nadie, regresa a su cuarto y trata de olvidar lo ocurrido. Una semana más tarde...

En medio de la noche Ezequiel se despierta, y baja a la cocina por un vaso de leche fresca, cuando de repente le parece ver por el ventanal, la figura de una mujer con un hermoso vestido blanco, que paseaba por el rosedal, ella lo mira por un segundo, y el niño la reconoce inmediatamente, era "La Dama del Relicario" corre apresuradamente a buscarla, pero al llegar al jardín había desaparecido.

Los días pasaron, y Ezequiel se sentía más feliz que nunca, porque ahora tenía alguien a quien contarle sus confidencias. Pero una tarde, ya no pudo encontrar su relicario, y la desesperación se apoderó de él... buscó por todo el convento pero no tuvo suerte. ¿Quién podría tomarlo, si solo él sabía de su existencia? Pasó varias noches en vela, se paraba frente a la ventana de su habitación y vigilaba el jardín. Hasta que una clara noche de luna llena, vio otra vez a la mujer, ahora ella llevaba col-

gado el relicario, el brillo de la joya lo encegueció por unos instantes... al abrir los ojos, ella ya no estaba.

¿Cómo podría tomar aquel objeto un fantasma? –se preguntó.

Volvió a aquel tenebroso lugar, y buscó en el baúl, algo que pudiera ayudarlo, hasta que halló en el fondo, una pequeña caja de madera con fotografías, al mirarlas detenidamente, se da cuenta que Camila era casada, pero aparentemente no había tenido hijos. Revisó la caja y descubrió que tenía un doble fondo, desprendió con cuidado los bordes, y lo logró quitarla, se sorprende al encontrar allí otra fotografía, al verla de cerca, se da cuenta que era la dama con un bebé en sus brazos, la gira y lee una inscripción:

“A mi adorado hijo Esteban, que siempre amaré”, Junio de 1895, vuelve a colocarla en su lugar. ¿Por qué ocultaría la señora esa imagen? Esa noche se va a la cama, muy preocupado por aquel hallazgo...

–¡Ezequiel, Ezequiel, sígueme, no temas...! El oscuro sendero lo lleva a un cementerio, él lo recorre entre tinieblas... hasta que llega a una tumba, en su lápida decía: “Camila Margarita García”, Mi amada esposa 1865-1938, entonces se despierta... ¿Qué significaría aquel extraño sueño?

Una semana después, se inquieta mucho, con la llegada de un hombre alto, bien vestido y educado, de unos cuarenta y cinco años, que después de pasear tranquilamente por todo el lugar, se dirige directamente al sótano, Ezequiel lo espía y alcanza a ver que éste se encuentra revisando el baúl, hace ruido sin querer y él lo descubre y le pregunta:

–¿Y tú quién eres?

–Me llamo Ezequiel y vivo aquí. ¿Y usted quién es y qué hace aquí?

–Mi nombre es Esteban García, y vengo a recoger unos objetos personales de mi madre, que hace muchos años vivió aquí.

El pequeño muy asombrado, y disimulando su curiosidad pregunta:

–¿Y está todo lo que buscas allí?

–Creo que sólo falta una joya muy apreciada por mi madre, pero ya la encontraré...

El niño se retira a su cuarto e intenta comprender, si aquel señor era hijo de Camila, ¿qué tendría que ver él en toda esa historia? Se queda profundamente dormido... al despertar, baja de su cama y ve en el piso el relicario, lo guarda en su bolsillo, y muy intrigado piensa: –¿Qué raro?, así como desapareció, misteriosamente apareció en el momento exacto. Sin perder tiempo corre apurado a devolverlo a su lugar. Dos días más tarde, muy temprano, después que los niños desayunaran, Esteban busca a Ezequiel, y le dice que tiene algo muy importante que contarle. Después del almuerzo se encuentran en el jardín; el hombre mira al pequeño y se queda mudo... las palabras se ahogan en su garganta, después de unos minutos le dice:

–Escucha Ezequiel: Averigüé cómo llegaste a este lugar, es decir, quién te trajo aquí, y me dijeron que fue una joven llamada Ana Lucía Pérez.

–¿Ella es mi madre? Interrumpió ansioso el niño.

–Sí, lo es, pero eso no es todo; hace diez años atrás, yo vivía en esta ciudad con mi madre, y conocí a una bella muchacha de la cual me enamoré perdidamente, por diversos motivos, nos separamos y nunca más volví a verla, ella es Ana, que según parece quedó embarazada y jamás lo supe, o sea, que esa mujer es tu madre. Ezequiel lo mira fijamente, luego le sonrío y le dice:

–Ahora yo te contaré una misteriosa historia...

Y así fue que conocí a mi padre y jamás me separé de él.

ELLA Y SU SOLEDAD

Ella está ahí, frente a su soledad, desnuda de cuerpo y alma, dejándose acariciar sutilmente, por la brisa nada más... Está allí, hechizada ante el paisaje, soltando sus más profundos pensamientos sin miedo al qué dirán...

Aturdida por el eco del silencio, liberándose de tantas penas que ha tenido que ocultar... Ella está ahí, sola, cara a cara con su esencia. Ella ha decidido por fin, abrir sus alas de par en par y comenzar a volar.

¿FICTICIO O REAL?

Me elevo, me detengo en el vacío, comienzo a flotar... Con los movimientos del cuerpo empiezo a jugar ¡Qué bien se siente ésta liviandad!

En el medio de mi cosmos te busco ¿Dónde estás? Al rebotar atrapo una estrella, desesperada, escarbo dentro de ella, pero no te puedo encontrar.

¿Eres ficticio o real? Desde lo profundo del manto oscuro, algo comienza a brillar ¿Será la luz de tus ojos que me viene a iluminar?

Me embriaga hasta el alma, un perfume de rosas y de azahar, y me sumerjo en un éxtasis total. Un ángel me besa, me abraza, me entrega sus alas y se va.

¿Estoy en mi mundo, o me escapé de tu realidad? Con los cuatro vientos te voy a buscar, sé que en alguna grieta te ocultarás.

Suenan campanas. Me despierto y me incorporo al mundo real.

Te llamo, te busco, te palpo a mi alrededor, pero no estás ¿Eras humano o espectro? ¿Bestia o arcángel?

¿Ficticio o real?

TU MARIPOSA

Salí de mi capullo cuando te conocí. Al poco tiempo, abrí mis alitas azules y me posé sobre tí... Con total libertad, me escapé de mi mundo y comencé a volar por ahí... No sabía que buscaba hasta que me enamoré de tí. Qué alegría descubrir, que yo siempre seré "Tu mariposa".

POLOS

Me despierto, estoy feliz, escucho la música, me pongo a cantar y a bailar mientras me visto. Estoy contenta. Todo tiene color, todo es bello,

todo está vivo, todo tiene sentido. Voy, vengo, no puedo parar, la energía me sobrepasa, no paro de hablar, de contar cosas, ¡estoy eufórica! Pero después de tanta felicidad, todo cambia bruscamente...

La tristeza llega... se aproxima, la percibo... tengo miedo, tengo frío, me siento sola... todo está oscuro, quieto y sombrío... Aquí está, ya llegó, ya no puedo escapar, está dentro mío... siento escalofríos, la angustia me marea, la congoja me puebla... comienzo a llorar, todo está mal, todo está negro, no encuentro el camino. Quiero extirparme todo el dolor, pero no puedo, estoy sin fuerzas... deambulo sin rumbo alguno, me he perdido... no encuentro la salida, otra vez me deprimó y sólo quiero morir.

Y así, todo vuelve a comenzar desde el principio...

AULAS VACÍAS

En la profundidad del silencio, aún se escucha el eco de los murmullos, las risas, y las voces que aturden las aulas vacías. Entre aquellas paredes con láminas extendidas, y sobre aquel pizarrón escrito todavía, la adolescencia pura aún se respira. Los pupitres gastados reflejan sus cicatrices, y las frases de amor y los dibujos tallados, continúan con vida... Las hojas abandonadas y las lapiceras perdidas, son la clara evidencia, de que aquí la enseñanza, sigue encendida todos los días.

EL JUEGO

Confíe, desnudé mi vida ¿No sé por qué? Me improvisaste una poesía. Te leí, te escuché, te creí. Tus palabras sanaban mis heridas. Como ciega te seguí, tú eras mi guía, no sospechaba que me engañabas, que me mentías. Esperaste demasiado, dijiste, no te entendía. Todo era un juego "Tu Juego" No lo sabía. Mientras jugaste Yo, te quería.

AMOR EN VIOLETA

Andábamos sin buscarnos y en la encrucijada de los senderos, nos encontramos. Y desde entonces recorremos la Vida, tomados de las manos. Y ahí estábamos tú y yo, deteniendo el tiempo para contemplar mejor el amanecer.

Este es un amor monocromático, del color de una pequeña flor de un perfume encantador. Y dentro de este paisaje de ensueño, nos quedamos los dos, pintando de color violeta nuestro gran amor.

TRISTEZA

Audaz irrumpes y te instalas, invadiendo mi alma. Me atraviesas cual lanza fría e inesperada. Me tomas por sorpresa, y sin piedad secuestras mi sonrisa y transformas mi mirada. Sin permiso me posees y me arrebatas las ganas. Usurpas todo mi ser dejándome sin nada. Como río caudaloso, fluyes por mis venas recorriéndome toda ¿De dónde vienes? ¿De qué estás hecha? ¿Quién te manda? Te apoderas de mí, me abandonas, pero siempre regresas.

LÁGRIMAS DORADAS

Prematuro nació el día. Por detrás de la cortina escarlata, asoman los primeros destellos de luz. Tu recuerdo, nítido, intacto, ya me había despertado. Repentinamente, una inmensa congoja me pobló, aprisionó con fuerzas mi pecho, me ahogaba. Inhalé, exhalé, tomé coraje y asesiné, mis lágrimas doradas.

LA MIRADA DEL AMOR

Frente a frente con mis ojos, intento descifrar quién soy. Reflejada en ellos estoy, mas no sé si soy yo... Estas enormes pupilas disparan rayos de sol... Ya no esconden como siempre una tristeza sin razón. El misterio ha sido resuelto, ¡lo he descubierto por fin! En mis ojos quedó atrapada: "La Mirada del Amor"

ÁNGEL PASAJERO

Ella en un principio no sabía cuál era su misión. Despertaba cada día sin sentir su corazón. Caminaba sin sentido por las calles sin razón. Los días eran iguales no sentía la emoción. Hasta que un día despertó pero no se levantó. Ya no hubo nadie que pudiera entender su decisión. Ella usó su último aliento para conversar con Dios. Le preguntó simplemente: ¿Cuál es mi misión? Él le respondió: "Serás un ángel pasajero" que repartirás amor, en aquellos senderos por los que te guíe yo.

LA GUITARRA

Desde aquel rincón solitaria y callada, ella me mira. Intenta seducirme, para que me acerque y la tome. Su vestido negro enmarca su figura tallada, que me tienta y hace que desee tocarla... Inesperadamente de su vientre hueco y vacío, nacen mariposas de plata... Melodías mudas me envuelven y me incitan a acariciarla. Sin palabras ella me llama, y sin más reparos corro a abrazarla.

Ella es mi viejo amor, la que siempre me espera. Ella es: "Mi querida Guitarra."

LILIANA BLASCO

SALOMÉ

Encuentro e interrogatorio

Entró a su oficina dando un portazo y maldiciéndose por haber aceptado ir a la “Asamblea vecinal”, el tema lo tenía hartado, si se hubiera detenido a pensar, obviando su estúpido voluntarismo, podría haberse negado, podría haber mandado a su ayudante, podría haber preparado un discurso medianamente demagógico, pero no, decidió ir, poner el cuerpo. Además de insultos oyó verdades. No estaba acostumbrado a dar excusas y esto lo ponía de pésimo humor. Después de aflojarse el nudo de la corbata, pidió café y optó por echarle una ojeada a aquel informe preliminar, que ocupaba un considerable espacio en su escritorio. A diez segundos de ahogar el pucho en el pocillo, el Comisario Magaldi, cincuenta años, estatura mediana, bigote tupido, rostro imperturbable, estaba convencido de que debía resolver cuanto antes el caso que tenía alborotado al barrio y a los medios: el de la chica asesinada.

–Che Castro, hacé pasar al primero.

–Buen día Comisario, me habían citado a las ocho. –Afirma desde la puerta de la oficina, en una mueca que quiere ser sonrisa, un joven rubio, de barba y anteojos.

–Pase, siéntese, como verá acabo de llegar, no siempre salen las cosas como uno planea, cuénteme de la chica.

Como buscando en el techo las palabras apropiadas, comienza:

–Hacía una semana que me había mudado cuando la conocí, era de mañana, entró en el ascensor corriendo, me deslumbró, me voló la cabeza. En el segundo encuentro, también en el ascensor, nos pusimos a charlar. Lo de siempre, el tiempo, el barrio, simulacros; la seguimos en el barcito de la esquina y terminamos en la cama. Ella era muy especial; quizás su pelo rojo, su desconocimiento del corpiño, o su mirada prometiendo, no sé.

—Nos veíamos casi todos los días, ella venía a casa. La vida es una paradoja, me mudé al departamento hace seis meses para tener tranquilidad y poder terminar mi novela, según mi editor me quedan treinta días para entregarla, pero con la aparición de Patricia enmudecí.

La mirada del joven se licúa en un punto del escritorio, hasta que vuelve a la cara de Magaldi.

—Como le decía, ella venía a mi casa pero no quería ni que pisara la suya, tenía miedo que nos encontrara el tipo que la mantenía; entre nosotros Comisario, ¿es el que está afuera?, según ella era muy celoso, y yo lo suponía violento también, lamentablemente no me equivoqué. Hacía dos años que eran amantes, le había puesto el departamento, a cambio la visitaba tres o cuatro veces a la semana, generalmente al mediodía, rara vez a la noche. Ella había comenzado a trabajar en la calle desde muy joven, tenía un pasado triste que no le gustaba contar, pobre Salomé... ¡No merecía terminar así!

—¿Salomé?

—Bueno, como usted sabrá se llamaba María Antonia, pero a ella no le gustaba, se hacía llamar Patricia. En mi opinión ninguno de los dos nombres le iban, yo la llamaba Salomé.

La cara inalterable de Magaldi descansa por un segundo observando al joven.

—Ahora cuénteme como la descubrió.

—Hacía tres días que no venía a casa ni contestaba el teléfono, también había probado con el timbre en diferentes oportunidades y nada. Estaba muy preocupado, era extraño ese silencio, no lo pensé más y decidí entrar. Yo sabía que desde la terraza del edificio no era difícil deslizarse hasta el patio interno de su departamento, por suerte la puerta de la cocina estaba sin llave y entré sin dificultad. Lo primero fue un olor muy desagradable, después un desorden de sillas y ropas en el suelo junto a una tabla de planchar dada vuelta, todo salpicado de sangre; Patricia tirada en el pasillo que va al dormitorio, casi desnuda, boca abajo sobre un charco marrón, seco. La cabeza era una masa oscura irreconocible... Ni siquiera la pude tocar. No sé cómo llegué al departamento vecino y les pedí que los llamaran.

La mano derecha del muchacho se mueve por su cara como barriendo esas imágenes y todavía crispado, revolviéndose en su silla pregunta:

–¿El ya confesó?

–¿Usted se refiere a Ramírez?

–Es el principal sospechoso ¿no? Además dicen que lo vieron salir del departamento muy temprano, no a la hora que la visitaba habitualmente, también se escucharon gritos. Es más Comisario, le voy a aportar un dato que le va a ser de utilidad, ella iba a dejarlo y parece que él estaba desesperado. Patricia me contaba todo, ya no se lo bancaba. Yo me dedico a escribir novela policial, tengo alguna experiencia, para mí está muy claro.

–Mire Hammer, en las historietas puede ser fácil, pero en la realidad le aseguro que no es así, por otra parte Ramírez no confesó. Ahora puede irse, pero no se aleje demasiado, en cualquier momento lo llamamos, ¿me comprende?

El profesional razonamiento del Comisario Magaldi

–¡Castrooo! Mandame otro café y hace pasar al detenido... no pará, todavía no, tráeme el sobre con las pertenencias de la chica.

Magaldi comienza a analizar por segunda vez y concienzudamente el contenido de una pequeña cartera de mujer.

–¿Qué busca jefe? No hay nada, solo cosméticos, sus documentos y una postal arrugada del año del pedo en el porta documentos.

–Eso es justamente lo que buscaba, la vi ayer y no le di importancia, te la leo, escuchá:

“Salomé mi amor...

Antes que nada quiero disculparme, vos sabés que hay cosas que me ponen como loco, afortunadamente con este viaje pude poner distancia y repensar todo. Cuando vuelva, será como cuando nos conocimos. No quiero terminar como el Bautista, la necesito para nuestra historia. Te amo desesperadamente. Johnny. 11-95”.

–¿Qué fecha es hoy?

–Miércoles, jefe.

–Ya sé que es miércoles, el año te digo, según la fecha la carta fue escrita hace cuatro años ¿no? Y ya la llamaba Salomé, por lo tanto no pudo haberla conocido hace seis meses.

–¿De qué habla jefe?

–Te explico: Cuando revisamos el departamento de la chica encontré unas novelitas policiales, de una colección pedorra. “Rojo Sangre” creo, me llamaron la atención porque estaban muy a mano y tenían una dedicatoria romántica. No sé porque me las llevé. El autor firma John Sullivan y estoy casi seguro que es el seudónimo del cagatintas que acaba de irse, además en sus declaraciones se le escapó y la llamó Salomé, pero afirmó haberla conocido hace seis meses.

Otro detalle, dijo que cuando la conoció ella le voló la cabeza, textual, ¿sabés la historia de Salome?, bueh, no importa.

–Está bien, eso puede probar que la conocía de antes, tendremos que investigar por qué mintió. –Contesta Castro.

–Es una pista, y eso no es todo. Ahora tráeme la primera declaración que hizo el detenido.

Magaldi se estira en su sillón, se acomoda y piensa en voz alta... la brutalidad con que la mataron habla a las claras de un desborde pasional, algo me dice, que este detective de papel, está mucho más implicado de lo que parecía al principio, creo que podemos descartar la posibilidad de un tercer personaje. Decide dejar a un lado su razonamiento y se aboca al informe que le trajo su ayudante. Después de unos minutos ubica en el texto: “Nos íbamos a ir juntos unos días a la costa, yo había decidido cerrar el negocio una semana, mi familia está en Uruguay, por razones obvias viajaríamos separados. Esa semana justamente le fui a llevar el pasaje y los datos del hotel, la noté un poco nerviosa pero lo atribuí al viaje, a veces ella estaba así pero nunca me daba una razón especial, además había insistido tanto en que saliéramos de Buenos Aires. Yo me fui tranquilo, viajé esa tarde como tenía previsto y la esperé en el hotel como habíamos convenido. Al ver que no llegaba pensé que había perdido el vuelo y que llegaría en el siguiente, la llamé varias veces en la noche y la esperé a la mañana. Hablé con la compañía aérea y no había

habido dificultades en los vuelos. Entonces pensé que había cambiado de opinión y no iba a venir, recordé que discutimos esa mañana por pavadas, pero siempre me hacía lo mismo y me dije: esta vez no voy a ir corriendo a buscarla. Hasta que ustedes me encontraron, y ahí me enteré...”, termina de leer y piensa que efectivamente las reservas en el hotel estaban hechas, el pasaje había sido comprado, ¿la mató y se fue a Mar del Plata? Las pruebas de laboratorio hablarían. Al tipo se lo ve destruido y su abogado está presionando demasiado.

–Castro: sería interesante hacer un registro cuidadoso de la casa del cagatintas, creo que está muy confiado y se le puede escapar algo. Tengo como un presentimiento que va a aparecer el arma con el que le reventaron la cabeza. Ahora comunicame con el juez, a ver si le sacamos la orden de allanamiento. Castro se retira y él puede centrar toda su atención y analizar obstinadamente las piezas del rompecabezas: el gil que detuvimos, a menos que sea un psicópata y muy buen actor, no mata una mosca. Pero este escritorcito no le gustaba, ese aire de intelectual suficiente para escribir novelas de cuarta, folletines. Es obvio que no se pudo bancar que la chica se fuera con el otro, discutieron... un acto de devolución: cabeza por cabeza.

“Es nuestra intención servir a la comunidad con vocación y sacrificio, por lo tanto lo prioritario fue encontrar al asesino” en la próxima asamblea vecinal tendrían que escucharlo.

Primer informe forense

–Castro ¿Qué pasa, llamaste al juez?

–Ya va jefe, lo que pasa es que llegó el informe del forense, hay algunas cosas que nos pueden servir.

–Dejame ver... ajah... “muestra profundos cortes sobre cuero cabelludo, hundimiento de cráneo, elemento plano de metal de superficie lisa”.

–Los de laboratorio dicen que el resto del informe va a estar hoy a última hora o mañana a la mañana. Los resultados de ADN en unos días jefe.

–Hace dos días que están con eso ¿y todavía no está completo? ¡Es información básica! Está bien dejámelo, ahora llama al juez, después ponés al mejor hombre que tenemos en la repartición y le recomendás que no se le despegue ni un segundo al escritorcito; yo ahora me voy, nos vemos mañana Castro.

La verdad amanece con el día

–Buen día comisario, en su escritorio le dejé el informe completo del laboratorio y la orden del juez.

Después de hacer una llamada, Magaldi toma el informe y lo lee minuciosamente, yendo y viniendo de la primera página a la última. En su cara hay sorpresa, hay un cigarrillo pegado al labio seco y un fósforo que se consume entre los dedos. Acomoda el informe sin mirarlo, toma la flamante orden de allanamiento y con la vista fija en el mismo punto la rompe en cuatro pedazos casi iguales.

–¿Qué hace jefe? Me costó toda la tarde conseguirla.

–Tranquilo Castro, lamentablemente ya no la precisamos, yo también estuve trabajando ayer a la tarde, el resultado de eso junto con el informe que acabo de leer, muestran evidencias tangibles del asesinato y el móvil. Ayer cuando salí de acá me fui directamente a ver a la gente de narcóticos. Había visto a alguno de ellos husmeando en este caso, eso me había quedado picando; después de recordarles que nos debían algún favor, me contaron: María Antonia Céspedes, alias Patricia, alias Salomé, oficial principal con licencia, en realidad destinada en misión no oficial a hacer una investigación sobre los proveedores de la zona cuatro. Parece que se descuidó, para mí se enteró de algo que no debía, y decidieron sacársela de encima. Seguramente después de asegurarse cuanto sabía la llenaron de heroína; el informe lo dice, cuando le aplastaron la cabeza, ya estaba casi muerta. Obviamente quisieron disfrazar el crimen, confundir la investigación y ganar tiempo. Sabían bien cómo hacerlo.

–Y el escritor de que la juega, la conocía de antes, ¿o no?

–Seguramente no, Castro, a veces uno confía excesivamente en el razonamiento o el instinto y a esto se suma la puta casualidad, acabo de

llamar a la editorial que publicó las novelas firmadas por John Sullivan y me dicen que son reediciones baratas de viejas publicaciones, no son del cagatintas, parece que escribe bien, es más o menos conocido.

Además la firma de la postal es el alias de un oficial retirado, compañero de Salomé, que anduvo varios años con ella. El Bautista lo llamaba a un agente que murió en un procedimiento que hicieron con el tal Johnny. Por lo tanto tenemos dos perejiles Castro, nos tocó un caso jodido, habrá que andar con cuidado.

En ocasiones la verdad es peligrosa

“A veces los elementos, impensables, se ordenan solos, como si obedecieran alguna regla suprema, y lo que creíamos tener se nos deshace entre las manos, como inútil lluvia de rocío” en algún lado lo había leído. Magaldi enciende un nuevo cigarrillo, que irá a sumarse a las abundantes colillas de su cenicero. Pide otro café.

—Ah Castro, avisá a la asamblea vecinal que no voy a poder ir, la reunión es mañana, no sé qué mierda decirles, inventá algo vos, haceme el favor.

Al rato su ayudante se acerca con la taza, con un movimiento de cabeza le señala el teléfono: —De jefatura.

—Buen día señor, un gusto escucharlo.

—Sí, estamos trabajando en el caso, habían armado bien la cosa para distraer la investigación, profesionales por cierto, la chica era de narcóticos, ah, ya lo sabía...

—Una lástima, sí.

—Señor, sinceramente me gustaría seguir el caso.

—Entiendo, entiendo, está bien, ahora le digo a mi ayudante que le lleve todo, sí, las pruebas de laboratorio también.

—Sí, es probable que en una semana nadie hable más del caso.

Magaldi cuelga el auricular, y después de observar por diez minutos como se congela su café, sale dando un portazo.

SÍNDROME DE ESTOCOLMO

El sol entra prepotente a través de las cortinas del ventanal de su oficina, en poco tiempo se ha acostumbrado al escritorio elegante y la vista agradable desde el 10º piso. Hoy es viernes y con Daniel ya han organizado el fin de semana; él va a ir a buscar a las nenas al colegio. Este viernes los acompaña Juan, su suegro. Mariana pasará por el supermercado y se encontrarán en la casa para levantar los bolsos y salir hacia la quinta.

—¿Elsa?, traeme todo lo que tengas para firmar y no me pases más llamadas, mandame un cortado, por favor. Mira su reloj, son las cuatro, con suerte en una hora y media estará saliendo.

Elsa vuelve con algunas cartas y el cortado.

—Me llamó la secretaria de González Calvo, a las dieciocho es la reunión en el Central, llamaron a todos los gerentes de capital, lo lamento. Mariana había estado todo el día esperándolo, se lo habían anunciado tres días atrás y le habían pedido absoluta reserva, hoy se enteraría de la devaluación que se venía.

—Hola Dany! Me acaban de comunicar que hay reunión en el Central, lo lamento mi amor, empieza a las seis, no se sabe a qué hora termina, sí, el tema de la devaluación. Lo mejor va a ser que vayas con tu papá y las nenas, yo voy mañana temprano, ¿te parece? Los despierto con medialunas ¿sí? Cuando llego a casa te llamo. Un beso, hasta luego.

Terminó el cortado, firmó las cartas y cerró el informe del que tendría que hablar en la reunión. Esa noche al volver a su casa no podía dejar de pensar en el lunes próximo, en las decisiones políticamente “correctas” y en el desamparo profundo que provocaría en los sectores sociales de siempre. Antes de bañarse llamó a Daniel; tenía todo controlado: las nenas dormían y Juan disfrutaba su triunfo en la partida de ajedrez con una copa de coñac, excepcionalmente permitida.

Se despertó de muy buen humor, se vistió rápido, acomodó algunas cosas en la cocina y salió. Le costó quince minutos llegar a Panamericana después de comprar las medialunas, calculó otros cuarenta y cinco

hasta llegar a la quinta. El dúo con Sabina sonaba potente dentro del coche; el pie derecho de Mariana procuraba acortar la distancia. Era casi agradable extrañarlos un poco, y saber que la esperaban ahí, tan cerca de su abrazo.

Después del cartel familiar dobló, hizo cinco cuadras a la derecha y frenó frente a la entrada de su casa. Pensó que en esta época del año se podían descubrir infinidad de verdes en los parques que rodeaban las casas, cuando tres sombras aparecidas de la nada, se abalanzaron sobre el coche. Una de ellas la apuntó con algo oscuro, directamente a la cabeza.

–Portate bien y no te va a pasar nada –y en un solo grito–. ¡Abrí las puertas!

Eran dos jóvenes y un hombre de mediana edad, dos se sentaron en el asiento trasero, el del revólver, el que parecía más joven, se plantó a su lado y le ordenó. –¡Danos todo lo que tengas rápido! –mientras de un manotazo la empuja al asiento de al lado y le arranca la cartera.

Entre los insultos y los gritos roncós de violencia le preguntan si vive allí. Ella sabe que si entran todo puede ser peor y les responde que está buscando una propiedad que va a ser dada en alquiler.

–¡Queremos la guita! –repiten.

Mariana sabe que lo poco que tiene no los va a conformar y teme que los gritos lleguen a la casa de persianas cerradas. El primer golpe hace que vuelen sus anteojos, el segundo suma dolor al anterior y un gusto salado de sangre en su boca.

–¡Pará, es al pedo, pará! –dice el mayor, dirigiéndose al del revólver, que parece incontrolable. –Tenemos las tarjetas, agrega después de volcar el contenido de la cartera en el asiento.

–¿Cuánto podés sacar? Le pregunta mientras pasea el revolver por su escote.

–Diez mil creo, no sé.

–¿No sabes hija de puta?

–Está bien vamos. –Interviene el que había parado la golpiza, –mañojo yo, esa mierda que consumís te vuelve loco.

Aterrorizada, ve como desandan las cinco cuadras y retoman la ruta. El centro comercial está cerca, no recuerda ningún cajero automático, no puede pensar.

El que se sienta a su lado comienza a gritarle, no entiende lo que le dice, solo siente una violencia irracional que la golpea. Se detienen en el cajero más solitario, la obligan a bajar, se le pega el joven del revólver. Mariana mira desesperada al hombre que parece saber cómo tranquilizar a su compañero, y este los sigue. El trámite es rápido, diez mil pesos entre las tres tarjetas. Vuelven a subir al coche. A la salida del pueblo toman un camino secundario, después de diez minutos de marcha, paran en un descampado.

–Acá nos despedimos flaca, bajá.

El joven del revólver la mira bajar. Ella reconoce la muerte en su mirada.

–¡Pará! ¡Dejala! Dale treinta mangos para el remis.

Mariana extiende el brazo y se queda mirando los billetes. Cuando levanta la cabeza el auto se había ido.

LILIANA BLASCO

LOLA CALOIERO

EL LIBRO Y LA LIBÉLULA

El miedo mata a la mente

Se sienta. Abre el libro. No. Da vuelta la página. No. Da vuelta la página. No. Así página tras página la única palabra escrita es NO. Tira el libro. Se ovilla, se aferra fuerte a sus piernas. Siente temor, un temor que no puede expresar con palabras. Mira el libro. Intenta agarrarlo, pero el libro se corre. No, susurran las hojas. Se tapa la boca con las manos. El libro se abre justo por la mitad, primero sonrío, después río, fuerte con ganas. Ella siente temor, un temor que no puede expresar con palabras. “No” grita el libro “No te atrevas a tocarme” ella obedece. “No te atrevas a sentir” grita el libro “No te atrevas a desear” “No te atrevas a merecer, porque NO vales la pena” “No, no te muevas” dice el libro “Estás justo donde debes estar” El libro se cierra. Se le lloran las lágrimas. El cuarto comienza a achicarse. Ella no puede respirar. El libro la mira. Vuelve a sonreír, a reír. Se abre en la primera página, ella junto a un hombre. No, dice el libro. Segunda página, ella junto a montones de amigos. No, repite el libro. Tercera página, ella escribiendo. No, grita el libro, esto jamás va a suceder. Se cierra con violencia. “Estás justo donde debes estar” “Esta es tu vida” el libro vuelve a abrirse justo por la mitad. Ella llora. Los labios articulan palabras mudas. El libro se acerca a ella. La mira. “Acepta tu destino” ve como en rojo se escribe la palabra NO. “Estoy esperando” dice el libro, agita las hojas intimidándola. La tinta roja se derrama, se agranda, se vuelve indeleble. Ella toca la tinta, que se le impregna en la mano, le sube por el brazo, le invade todo el cuerpo. El libro tira de ella, la succiona, se cierra. Ella lucha entre las páginas, corre desde la primera hasta la última. Se cuelga de los puntos finales. Salta. Cae. Choca con el NO final. No, grita ella. El libro la aprisiona entre sus páginas. “Estás justo donde debes estar” Con voz muda llama a su maestra. Desde algún lugar llega la respuesta “Tú puedes” Ella extiende los brazos alados. El libro se abre justo por la mitad y la tinta roja dibuja a la libélula.

ÉL Y ELLA

Esa no soy yo

La observa. Lo ignora. Son uno. Son dos. Él la seduce. Ella lo ignora. No es su imagen ni semejanza. Ella se sujeta el cabello. Él lo libera en cascadas ensortijadas. Esa no soy yo, piensa. Él sonríe con sonrisa triunfal. Algún día vas a ver lo que yo veo, dice. Vanidad de vanidades, todo es vanidad, ella sonríe con sonrisa segura. Él la desafía. Borra la imagen de los cabellos en cascada. Ella espera el fin de su embrujo. Él dibuja. El libro se abre justo por la mitad y la tinta roja dibuja la libélula. No... Sí, contesta él. Y yo puedo darte más, mucho más que esto. Toca el cristal. Alcanza el libro. Da vuelta la página. Pero... está en blanco, dice. Él se hace más grande. Borra al libro. Dibuja un nuevo embrujo. Ella se ve de espaldas, en sucesión infinita. A lo lejos distingue un rostro que la mira. Esa no soy yo, piensa. Él se agiganta. Sí, dice. Ya no siente el cristal. Ya no siente la barrera. Está del otro lado. Todo es igual pero huele distinto. Atraviesa la sucesión de espaldas infinitas. Su rostro la espera. Falta poco, se dice. Se percibe. Se encuentran. Por fin, dice la de este lado. Sí, contesta la del otro lado. Por qué siempre te atas el cabello. No lo sé, desde siempre lo usé atado, primero con trenzas y después con una cola. Así es más cómodo, sacude la cabeza. ¿No te parece? La de este lado siente como le sueltan los cabellos. Mejor. Sí, creo que sí. Ahora ¿qué vamos a hacer? Vivir. ¿Cómo? Juntas. Pero... No mires hacia atrás. Pero yo tengo una vida del otro lado, mis..., se miran. ¿Qué vida, cuál vida? ¿Quién te espera? No me lastimes. No te lastimes. La de este lado llora. La del otro lado espera. Él, solo las refleja.

BAJO LA OLA DEL MAR

La realidad es un suspiro de sueño

Se le late la piel. Se despereza. Saborea su desnudez. Se levanta. Camina. Sonríe. Ella es infinita. “Te brillan los ojos” le susurra una voz

amiga. “Sí, estoy viva, como nunca” sonrío con la sonrisa del alma. Ya nada la puede detener. Es ella, la de siempre. Descubre que el todo es causal. Se huele la piel. “Sí, sabe a él” “Pero...” descarta el pensamiento. No se les nacieron promesas. Elige confiar, creer, entregarse. Ella es infinita. Ella es el cuerpo que siempre negó. Un látigo golpea. “Cómo pudiste” “Quién es” “De dónde lo conoces” Dos látigos golpean. “Eso me debería haber pasado a mí” “Ella, la más linda de la plaza” Tres látigos golpean. “Pero qué son” “Cómo que no es tu novio” Cuatro látigos golpean. “Yo nunca te dejé sola y ahora vos no tenés tiempo para mí” Cinco látigos golpean. “Qué hace” Seis látigos golpean. “Si a mí no me da un lugar lo dejo” Siete látigos golpean. “Todas las cosas lindas te pasan a vos” Ocho látigos golpean. “Él miente” Nueve látigos golpean. “Sos demasiado tonta para tener una pareja. Diez látigos golpean. “Los finales felices no existen” Ella cae de rodillas. Tiembla. Ya no es la que era. Piensa. Se le tiembla la piel. Se ovilla en posición fetal. Ansía aferrarse. Es ella, la de antes. Ella es el cuerpo que siempre negó. Se le quema la piel. “Lo siento” “Yo solo quise...” Se le ahogan las palabras. Ya no sonrío. Se le escapa una lágrima que se le salta hasta el cielo. “Lo siento” Se avergüenza de su desnudez y ella se esconde bajo la ola del mar.

EN EL ARRULLO DEL SUEÑO

Duerme niña, duerme mi niña

Duerme, niña, duerme mi niña, que mi mano ya ha peinado tus cabellos. Duerme, niña, duerme mi niña, que mi mano ya ha aprisionado tus sueños. Duerme, niña, duerme mi niña que mi mano ya ha borrado tus destellos. Duerme, niña, duerme mi niña, que mi mano ya ha acuñado tus miedos. Duerme, niña, duerme mi niña, que mi mano ya ha grabado tu destino. Duerme, niña, duerme mi niña, que mi mano ya ha cercenado tu intelecto. Duerme, niña, duerme mi niña, que mi mano ya ha cubierto tu desnudez. Duerme, niña, duerme mi niña, que mi mano ya ha ahogado la voz de tu sexo. Duerme, niña, duerme mi niña eterna porque Yo con brazos de sal te protejo, ya nadie ha de acercarse, ya nadie ha de tocarte,

ya nadie ha de mirarte. Eres mía, mi niña, yo te parí desde el centro de mis semejanzas. Por qué ansías volar, si naciste para nadar. Por qué ansías correr, si naciste para andar. Por qué ansías la luz, si naciste para la oscuridad. Por qué ansías desafiar, si naciste para obedecer. Por qué niña mía, por qué. Yo con brazos de sal te protejo, ya no has de sentir, ya no has de existir, ya no has de desobedecer. Eres mía, yo te parí desde el rojo de mis venganzas. Por qué persistes en la desobediencia, porqué persistes en la rebelión, por qué persiste en alejarte, de mí, tu centro seguro. Yo con brazos de sal te protejo. Duerme, niña, duerme mi niña... “Qué dices con voz trémula” “Qué, cómo te atreves a pensar” “No, él nunca te amó” “No, él solo es el suspiro de un sueño” “No, él no es quien dice ser, sabes que ya debes soltar la esperanza” “Niña, mi niña, no abras esa puerta” “Niña, mi niña, no, detente, sabes bien que ya nadie te espera” “Cómo, cómo que no importa, así me dejas”.

RIDU

I must kill them all

Ella, canta “Cómo, cómo que no importa, así me dejas” Cierro la puerta. La arena me envuelve, me eleva a su cresta. La arena pronuncia mi nombre “Gladiatriz” “Sí” “Al fin te encuentro” “Lo sé, dormí muchos tiempos” la arena sonrío “¿Es tarde?” “No, nunca es tarde” “Pero...” “Gladiatriz” la mención de mi nombre me alienta. La arena me agita, me devora y yo solo me dejo ir. Caigo, rápido, lento. Caigo dentro del sueño. Ella, canta, el arrullo de mis sueños. Sonríe, con sonrisa triunfal. Ella, canta “Duerme niña, duerme mi ni...” mi acero cercena su canto. La arena me agita, me devora y yo solo me dejo ir. “I must kill them all” “Lo sé” Caigo, lento, rápido. Los diez látigos golpean “Los finales felices no existen” mi acero los enfrenta. Ellos castigan, golpean, flagelan una vez más mi carne. Caigo de rodillas. Ellos golpean, castigan, fustigan mi consciencia. La arena me sacude “No, son demasiados, creo que esto es un absurdo... yo...” Ellos, sonrían con sonrisa triunfal. Todo es quietud. Los diez son un único murmullo “Los finales felices no...” mi acero los atraviesa. La arena me

agita, me devora, me hundo en ella, porque esta es mi esencia. Una vez más caigo todas las formas. Caigo frente a él y ella. La del otro lado llora, no se me nace la piedad. Mi acero la atraviesa. Me enfrento a él, lo seduzco, lo reflejo en mis ojos salvajes, en mis cabellos libres, en mi cuerpo semi cubierto. Él sonrío, con sonrisa triunfal. Despliega todos sus destellos. Me acerco a él, miro a la mujer con cicatrices, ensangrentada, fuerte, entera “¿Y bien?” me pregunta “Esta sí soy yo” La arena me agita, me devora, me convierto en ella. Sonrío con sonrisa feliz. Sé que caigo, sé dónde voy a caer. El libro se cierra. Ya no siento la arena. Estoy aislada. Tengo miedo. Sé que está ahí, es gigante. Él me conoce desde todos los tiempos y yo soy insignificante, minúscula. El libro sonrío con sonrisa triunfal “Estás justo donde debes estar” “Lo sé” “No existe la causa, ni el efecto” “No...” “No te atrevas a desafiarme, yo soy tu destino, ya está escrito” “Gladiatriz, significa estúpida soñadora de sueños” me aferro al acero, ya conozco este lugar. Camino entre las hojas muertas. Atravieso letras, fragmentos, comas. Mi acero se hunde en el punto final. Extiendo los brazos. “Maestra” ella sonrío “Qué es esto” “Tu ridu”.

ABISMO

Existo. Yo soy el abismo

“Sé quién soy” “Sé quién soy” lo repito como una plegaria. Atravieso la oscuridad fría. No estoy sola, lo sé. El camina todos mis pasos. No lo conozco. No sé cómo enfrentarlo. Mi acero no atravesó el portal. Solo cargo el ridu y su presencia me reconforta. No hay tiempo, solo soy el tiempo que no poseo. Me detengo, quiero volver. “No” me digo “Sé que ya no puedo volver, los maté a todos” “Maestra” grito, no hay respuestas. Solo me dio un ridu, una madera que no sirve para cercenar. El camina todos mis pasos. Se acerca. Respira cada una de mis respiraciones. Me detengo. Pienso. Dudo. “Tal vez...” “No, sé que no puedo volver” “Sé quién soy” “Gladiatriz es mi nombre” él ríe, con ganas, con fuerzas, con una risa que me corta el alma. Me cuesta respirar. Todo es oscuridad. “Basta” grito “Soy Gladiatriz, soy Gladiatriz” el ríe con más fuerza. Su

ausencia ahora es presencia. No lo veo pero sé que está frente a mí. Me vuelvo insignificante. Se acerca, huele a madera. Él es fuerte, y sin verlo sé que sus ojos son acuosos. Me levanta el mentón. La piel se quema. Él me absorbe la esencia. Lo conozco de siempre. “Maestra” repiten mis pensamientos, no hay respuesta. Él me abraza. La piel se desintegra. Él besa mi cuerpo. El sexo estalla. Él me posee. El sexo lo devora, lo hace carne de mi carne y yo soy mi propia esencia. Jadeo, bañada en su sangre. “Sé quién soy, Gladiatriz” es mi nombre” Él ya no existe. Su presencia es ausencia. Soy libre, de él, de ellos. Camino con sensualidad felina. “Sé quién soy” “Gladiatriz es mi nombre” Existo.

Yo soy el abismo. Camino. Respiro. Solo cargo el ridu y su presencia me reconforta. Soy el tiempo dentro del tiempo. Nada puede detenerme. La oscuridad reina en el caos. Yo soy mi propia oscuridad. Yo soy mi propia luz. No necesito que me reflejen. Existo.

Yo soy el abismo. Sonrío. Sé dónde estoy, justo dónde debería estar. El ridu vibra. Lo aferro con la diestra. Lo introduzco en el hueco que no veo. Río, con fuerzas, esta madera sí puede cercenar. Atravieso un nuevo portal.

Ella está ahí. Brilla, resplandece, sonrío, me abraza, me alienta. “Maestra, no, estoy bañada en sangre, sucia...” “No importa” caigo de rodillas, siento el peso del universo, estoy cansada. Llora, lágrimas de hiel. Ella me reconforta, me alienta con palabras mudas. Quiero hablar, gritar, sentir, pero la coraza me aprisiona el pecho.

“Quién soy Maestra” “Tú lo sabes” “A qué le temes” ignoro la pregunta “Hay cosas que no entiendo, él atravesó el portal” “Tú hiciste que él lo atravesase” “No, no, eso es imposible yo...”.

Mi Maestra sonrío “A qué le temes Gladiatriz” “Yo... a nada, ya no le temo a nada. Sé quién soy, yo soy...” “Cuidado, Gladiatriz es solo uno de los muchos estadíos que vas a atravesar, no lo olvides” “Maestra... Maestra...”.

EN LA ARENA

La eternidad en un instante

“Maestra, Maestra...” fueron sus últimas palabras.

Está sola. La multitud la aclama. Lleva el pelo revuelto, el pecho dentro de un corset negro y las piernas enfundadas en látex. A través de la máscara solo se ven sus ojos salvajes. Está sola. La multitud ruge su nombre, ávidos de sangre. Ella hace restrellar el látigo. Camina con andar felino. La multitud vibra. Ella hace restrellar el látigo. Camina, con andar voluptuoso. Goza la sensualidad de su cuerpo. Se le caen los pudores. Se le escapan los prejuicios. Es un combate a muerte. La multitud excitada estalla en vítores cuando entran los cuatro hombres. Ella los mira uno a uno. Reconoce al púber, al novio, al ex marido, al de los ojos acuosos. Ante él se siente indefensa. Se le late la piel. Restrella el látigo que castiga al púber, ese insignificante recuerdo juvenil, él se acerca, ella sonríe, le acaricia el pecho desnudo, le besa el cuello, lo aprisiona entre sus piernas, él se entrega, se deja llevar por su impetuosidad. Ella le hunde los dedos en el pecho y le arranca el corazón. La multitud ruge, grita. Ella sabe que le queda uno menos. Rápida atrapa al novio, lo tiende de espaldas, se sienta a horcajadas sobre su sexo. Sonríe, se contonea. Se deja seducir. Él la tiende sobre la arena. Está sobre ella, la multitud grita, quiere sangre, muerte. Ella le clava los colmillos en el cuello. Sacia su sed. Quedan tan solo dos. El ex marido la teme. La mira, intenta encantarla como a una serpiente. Ella lo enrolla con el látigo. Le da una, dos, tres, cuatro, cinco, vueltas al cuello. Ella lo desnucan. Grita con esa furia contenida en años. Sólo queda él, el de los ojos acuosos. Se le nublan los sentidos. Se le derrite la piel. Se le late el alma. Camina despacio, ondulando las caderas. Él la espera. Ella se acerca. Todo se desintegra. Ella se pierde en sus ojos. Se encuentra en esa piel que huele a madera. Siente, solo siente el deseo que le nace del sexo. “Nunca me vas a dejar” “Jamás” él la abraza, la besa con desesperación, ella se entrega. Ya no es ella. Es él en ella. “Sabes que debo matarte” “Lo sé” “Una y otra vez” “Lo sé” “Hasta cuándo” “Hasta que tú lo desees” Ella lo besa, él cierra los ojos. Ella con uñas de acero cercena todo su cuerpo.

SOBRE EL LIBRO DE LOS SUEÑOS

Un instante de eternidad

Otra vez le di muerte. “Quién soy” “Gladiatriz” “Maestra, tengo miedo” “A qué le temes” “Él volvió a atravesar el portal...”.

“A qué le temes” “A esto” me levanto y le enseño mi cuerpo. “A esto” me golpeo la cabeza. “A esto” me apunto al pecho. “No sé quién soy, antes de todas las muertes y de ser Gladiatriz yo... conocía cada uno de mis lugares, ahora, él está ahí, lo ve Maestra, es ese ojo que nos mira desde el cielo” “Quiero volver al principio, antes yo... este cuerpo hace cosas que no entiendo y mi corazón se late” “Estoy perdida, porque esta no soy yo” “Maestra por favor, se me duelen las entrañas”.

La Maestra me toma de la mano. Caminamos juntas. Ella no habla. Yo tengo tantas cosas adentro, se me agolpan todos los sentidos, necesito que alguien escuche mi voz. Ella no habla. Solo me lleva de la mano. Bajo mis pies siento que las hojas crujen. Me detengo. Miro. “Qué es este lugar”.

“Un libro, mejor dicho tú libro” “Yo no tengo ningún libro Maestra” Ella sonrío se sienta en una de las mitades y me invita a sentarme sobre la otra mitad.

“Aquí comenzó todo recuerdas” “Sí, yo corrí dentro de estas páginas y Usted me salvó” “No, yo solo te abrí un portal” “Maestra, por qué tengo tanto miedo”.

“Tú conoces esa respuesta”.

“No, no, yo estoy perdida, quiero todo y en mi cabeza hay un centenar de imágenes que no se adaptan a mi realidad, sé que yo no puedo ser la de mis sueños” ella no habla “Las cosas solo pueden sucederse en este lugar” y al tocar el libro todos los sueños se reflejan. Yo, él, gente, montones de gentes, yo, luminosa, unida a mi cuerpo. Yo, feliz, victoriosa, Gladiatriz, sin pudores. Junto a él. “Maestra”.

Ella sonrío no habla solo sonrío. Mira las páginas del libro. “Otra vez debo volver ahí” ella asiente.

“Es ahí donde perteneces, esa es tu vida Gladiatriz, he vuelto a abrir un nuevo portal” “Yo...”.

“Esa eres tú” Me besa la frente.

“Tú puedes”.

“Maestra...”.

“Tú puedes”.

EPÍLOGO

ESCRITO EN EL CUERPO

Tú puedes

Toco el libro. Los sueños se sueñan y yo miro, anhelo. Cierro los ojos. El portal ya no volverá a abrirse. Sé dónde estoy. Sé quién soy y tengo miedo. No hay imágenes. No hay silencios. No hay sustento. Aferro el ridu, su presencia me reconforta. Camino sobre las cenizas de mi esencia. Destellos, imágenes que no se sucedieron. Sonríe con sonrisa tímida. “Tal vez” me digo “Tal vez” Cruzo páginas y páginas de existencia. Aquí es donde comenzó todo, lo sé. Lloro, el tiempo que no soy. Lloro, el tiempo que no vivo. Lloro por mí. Estoy cansada y sé que no debo dormir. Aferro el ridu, es mi premio, es mi llave hacia la libertad. Lo sé. Se me nublan los sentidos. Quiero volver al centro seguro. Si tan solo pudiera volver a escribir estas páginas. Caigo de rodillas. Mis manos aprisionan cenizas, las refriego por mi cuerpo. Quema, arde, late. “Gladiatriz ha muerto” susurra el libro. Lo ignoro. Continúo bañándome en cenizas “Gladiatriz ha muerto”. Lo niego con vehemencia. Continúo sumergiéndome en cenizas. “Gladiatriz ha muerto” “No” grito “No estoy muerta”. Él calla. Yo corro. Salto de página en página. Destellos, imágenes. Me sumerjo en ellas. Nado con todas mis fuerzas, sé que debo llegar al abismo. Me hundo, ya no respiro, ya no necesito respirar. Nado hacia lo infinito. Nado hacia el caos, hacia la armonía. Regreso al centro seguro. Los brazos de sal me reconfortan, me adormecen. Sonríen “Has vuelto” “Sí, pero no voy a quedarme” “Necesito respuestas” “¿Por qué?”

“Porque soy quien soy” “¿Por qué nunca me diste tu aliento?” “Acaso nunca te diste cuenta que necesitaba...” Ella me abraza, llora, no habla. La beso en la frente. “No te vayas mi niña” El alma se me comprime. Sonrío. “Sabes que debo partir”. Lloro lágrimas rojas. No vuelvo mi rostro, sé que debo partir. Nado con todas mis fuerzas. Ansío llegar al abismo, convertirme en él, abandonar esta existencia. Un destello se agiganta ante mí. Es él, lo sé. Lo enfrento. Se despliega con toda su seducción. Lo enfrento. Lo miro. Me miro. Me veo, la piel impregnada de cenizas, el cabello revuelto, libre y los ojos salvajes, sedientos de ser. Él se agiganta. Ya no siento el cristal. Ya no siento la barrera. Ya no existe una sucesión de espaldas infinitas. Camino, con andar felino. Gozo cada contoneo de mi cuerpo. Existo, en el abismo infinito de los sueños. Aferro el ridu. La hendidura está cerca, lo sé, no, el ridu lo sabe. Lo clavo justo ahí, en el centro del abismo. El libro estalla en fragmento de palabras. Grito con todas mis fuerzas. Las letras caen, se adhieren a mi piel. Ya no hay destellos. El libro ha muerto.

LOLA CALOIERO

MARÍA DEL CARMEN CÁRDENAS

Una vez más compartimos este hermoso sueño de mostrarles esta pasión común que nos es tan necesaria como respirar.

Si algún caminante al pasar, se detiene y encuentra algo de su vida o de su esencia en una frase, en una línea, en un sentimiento puesto en palabras, mi agradecimiento lo acompañará aunque no se dé cuenta de ello. Y el esfuerzo de bucear en mi mar profundo para lanzar estas humildes voces, no habrá sido vano.

Para todos mis queridos...

Para mis compañeros de la tarea cotidiana que acabo de dejar...

Para quienes supieron tenderme su mano con ternura y comprensión...

SALVAR AL HÉROE

Pedernera siempre acompañó al General. Más ahora que lo notaba disperso. Raro. No parecía ya el Granadero de San Martín arrogante, bravo. Ni el duro militar que la historia condenaría por el fusilamiento de Manuel.

Cuando entraron a Jujuy, los gobernantes y chupaculos de siempre habían huido. Tiempos duros y clima frío. Ellos, en medio de un desierto. Juan, Damasita y algunos pocos se instalaron en una casa.

–Quiero dormir en una cama –había dicho. Y le hicieron caso. Menos él que se quedó atrás para cuidar la retaguardia.

Al amanecer lo vinieron a buscar. Galopó derramando el aliento con desesperación. Lo encontró tirado. Los ojos aún abiertos con la mirada sin mirar vuelta hacia el zaguán. La sangre teñía de federal al líder unitario.

La casa se llenó de gente. Revisaron todo. Se contó que una partida enemiga lo andaba buscando vestida de paisanos. Que él no pudo con

su genio, se calzó las botas y quiso enfrentarlos con su espada. La que le había regalado su secretario cuando perdió la que había acompañado su campaña con San Martín.

Pedernera quiso alejarse de tanto alboroto. Se encerró en el dormitorio. Se sentó sobre la cama aún tibia con la cabeza entre las manos. Fue entonces que le llamó la atención el papel. Vio que era una carta. Dirigida a su jefe. Parecía letra femenina.

Juan Galo siempre tuvo fama de mujeriego. Con ese porte, rubio y los ojos color de cielo, ¿qué mujer lo resistía?

Dudó si leerla. Pero lo hizo, ya que la firmaba María Dolores. Estaban juntos en una velada en casa de Remedios cuando Juan y ella se conocieron. Casamiento, hijos y María se llevó al soltero codiciado.

En la carta le reprochaba que la dejara en Uruguay al cuidado de los niños. Pero sabía que era por su bien. La vida del soldado no admitía esposas, aunque a ella le llegaban rumores. —Eso me lastima, Juan. Y mancha el honor de tus hijos. A veces me pongo rara y pienso en ir a buscarte. Sí, son locuras mías. No me hagas caso.

Pedernera sonrió triste. Se imaginó que Juan luego de leer tal carta habría enviado una para consolarla y después se habría revolcado con Damasita por todo ese lecho donde él estaba. Se guardó el papel.

La investigación arribó a la conclusión que el General se había arrimado a la puerta y un mulato (famoso por eso) habría disparado de manera tan certera y a la vez casual que entró por el ojo de la cerradura y dio en el rostro del unitario. Hasta el Gral. Mitre se guardó una vaina incrustada en la garganta del muerto. Sus seguidores se lo llevaron rápido para que no fuera objeto de vejaciones. Por el camino pelaron los huesos y envolvieron la cabeza. El corazón, cuentan, lo metieron en un frasco con aguardiente. Y también corre por ahí que un águila apareció de improvisado y se elevó con una de sus tibias.

Eso fue el después. A Pedernera le intrigaba el antes. Muchos rumoreaban por ahí que Juan andaba de borrachera en borrachera, que se imaginaba batallas que ya no existían, que andaba tristón y que en realidad buscaba la muerte. Cosa nada rara en las circunstancias en las que se hallaba.

Pero ¿suicidio? Eso significaba la excomunión y una mancha para siempre que no se hubiera permitido un Granadero de San Martín.

Habló con Damasita. Le ofreció volverse a su Salta natal. No quiso. Lo iba a acompañar aún muerto a dónde fuese. Entre mate y mate, la fue llevando hacia aquella noche trágica. Le insinuó que podían caratular el hecho como suicidio. Consiguió su propósito. Ella, tan fortalecida por el infortunio y a la vez por el amor, se quebró. Juan le había mostrado la carta de María Dolores. Y ella, previo juramento de soldado de guardar secreto, le contó. Tuvo miedo aquella noche. Se mantuvo alerta. No durmió. De pronto, en medio de la habitación, protegida por la soledad y la noche del Norte, apareció la esposa burlada. Un carruaje la había trasladado desde Buenos Aires. Y allí estaba para comprobar que no estaba loca.

Damasita despertó a Juan que intentó hablarle, apaciguarla. Le dijo que mejor estarían afuera, así que se puso las botas y una bufanda de vicuña. Cuando escuchó los disparos no tuvo dudas. Corrió y allí estaba Dolores con el pistolón todavía humeante. Paralizada. Un presentimiento, más que la razón, la llevó a creer una verdad que no sería la relatada. No tembló en ayudarla a escapar al menos de la maledicencia por el zaguán que daba a la puerta de entrada. Ésta quedó entreabierta y fue la causa por la que la partida que andaba haciendo la recorrida en busca del enemigo, tratara de introducirse. Los soldados que acampaban en el patio corrieron y al ver a su jefe en el piso la cerraron. El famoso mulato disparó y saltó la cerradura.

Era cierto que los ojos de Juan miraban sin ver hacia la entrada. Pero también era cierto que no veían a sus enemigos, sino a la mujer a la que había engañado durante años y que tal vez, sólo tal vez, se había llevado su vida.

La joven amante, a los gritos despertó a todos y contó la historia que repetirían los libros a lo largo de los tiempos.

Pedernera sorbió despacito el mate, dejó que ella hiciera su camino como mejor le pareciera y en honor a su amigo y compañero de armas confirmó que el General había sido muerto por sus enemigos.

Mitre estaba orgulloso del souvenir que había conseguido acopiar para su colección y el atormentado Granadero de San Martín dejaría una estela de misterio sobrevolando como un cóndor, su muerte.

HISTORIA DE PUEBLO

¡Maldita culpa! ¡Maldito remordimiento! Llaga que sangra y lacera mi garganta más feroz que el cáncer que agota mis días. No dejo de pensar en aquellos tiempos. Domingos con sol y paseos por la plaza de la Ciudad que entonces era pueblo. Tal vez lo siga siendo, tal vez. Los chicos nos encontrábamos y era una fiesta subir y bajar la escalinata que llevaba a la Garita. Allí, puesta la cadena para imponer distancia, estaba la Banda Municipal. Todos uniformados tocaban con sus brillantes instrumentos canciones de moda que siempre sabían a marchas. Los grandes conversaban y nosotros éramos libres para reír, gritar, jugar.

Los tres nos conocíamos desde el tiempo de nuestras memorias. Ella Colegio de Monjas. Nosotros Colegio de Curas y después al Liceo Militar.

En esa época la plaza era el lugar donde nos gustaba pasearnos con nuestros flamantes uniformes. Las chicas se llenaban de miel al vernos.

A Luis le entró un metejón con ella. Era linda. Única mujer en la familia. Rodeada de varones se destacaba aún más su mirada celeste, su pelo dorado, su piel delicada. Le hice la gamba y participé del incipiente noviazgo que más estaba (así me parecía) en la cabeza de Luis que en la realidad. Peor aún, estaba enquistado en su mandato familiar. Al terminar el Liceo, decidí unirme a la Fuerza Policial como mi padre. Mi amigo entró al Colegio Militar. Ella, fue profesora.

Luis decidió que era tiempo de al menos tener el derecho de poner su brazo alrededor de sus hombros cuando salíamos. Pero Gabriela, no lo veía oportuno, siendo que para las familias eran sólo amigos de la infancia.

Mi amigo lo tomó como reto y decidió formalizar. Habló con los padres, quienes estuvieron encantados que tan buen muchacho, conocido,

de carrera y buena posición económica, pidiera ver a su hija en calidad de novio.

La sorpresa fue la reacción de ella. No quiso verlo por varios días. Yo había escuchado algún rumor acerca del deseo de nuestra amiga sobre entrar al Convento en el que había estudiado. Seguía muy relacionada con las Hermanas y de hecho trabajaba con ellas. Tenía, además, excelente relación con las alumnas. Se decía que con alguna en especial. Pero en los pueblos todos son amigos.

Al final parece que se impuso la voluntad materna y accedió a la relación. Luis era toda felicidad. Pasábamos noches enteras, cuando nuestros estudios lo permitían, prendidos en largas charlas sobre sus proyectos y expectativas futuras como hombre de familia, realizado en todas las aspiraciones que por entonces se tenían. No puedo explicar, nunca pude, la sensación de estar frente a una novela rosa. Quizás la profesión que había elegido me daba una mirada más cínica del mundo. Así que lo escuchaba y alentaba sin mucha convicción.

Mi amigo estaba apoyado en sus proyectos también por sus padres. Tanto que Don Fernando, se le apareció a Gabriela un día con un auto de regalo. Finalmente, se casaron. En la Catedral, como se acostumbraba. Los hacía en su Luna de miel cuando me llegó la noticia. Luis, se había suicidado.

Asombro. Dolor intenso. Luego mucha confusión. Me costaba comprender semejante decisión de alguien que estaba conforme con el camino que recorría. Sólo vi a su viuda en el funeral. Como era su costumbre, más interesada en mostrar la altivez y dignidad del momento (como esperaba al menos su familia) que en manifestar alguna emoción. Intenté visitarla a los pocos días, pero no quería ver a nadie, según lo expresó su madre. Ésta me recordó a los perros guardianes que estábamos acostumbrados a entrenar para aislar a los curiosos cuando realizábamos nuestras maniobras o protegíamos el lugar del hecho criminal.

Pasaba el tiempo y menos podía yo explicarme la decisión de mi amigo que por supuesto había dado al pueblo tema de conversación en voz queda, para rato. Hice algunas averiguaciones y supe que lo habían encontrado en un rincón del jardín de la casa paterna, con su uniforme

de gala y un disparo en la sien. El proyectil provino del arma que aún conservaba en sus manos. Me llamó la atención que no fuera la suya sino una que su padre guardaba en el cajón de su escritorio.

Inquieto y angustiado, decidí ir a ver a su familia. Me recibieron con el cariño que en medio de tanto dolor se puede manifestar al mejor amigo del hijo que partió.

Cuando Doña Clara nos dejó para retirarse a su habitación donde pasaba la mayor parte del tiempo hundida en el llanto, Don Fernando me invitó a acompañarlo a su escritorio.

Allí, uno frente al otro, sólo alumbrados por una lámpara, el padre me pidió guardar silencio estricto por la revelación que iba a hacerme. Apeló a mi honor no sólo de hombre de bien sino a mi calidad de integrante de la Fuerza y de ex Liceísta.

La explicación acerca de la decisión de mi amigo me heló la sangre. Había regresado de manera intempestiva de su Luna de Miel. Casi de madrugada. Su esposa se había refugiado en casa de sus padres en lugar de ocupar el hogar que los esperaba. No me sorprendió que Don Fernando permaneciera imperturbable durante la conversación. Era hombre acostumbrado a los negocios y aficionado al póker.

Así me contó que aquella fatídica noche, Luis apareció en un estado lamentable. Tanto que él lo llevó a esa misma habitación y le reprendió por la muestra de debilidad que había dado frente a su madre. Cuando logró que su hijo hablara supo la razón de su conmoción. El matrimonio no se había podido consumir.

La mirada de Don Fernando se incrustó en la mía. Le dije que no podía ser: jamás mi amigo había tenido una actitud que me hiciera dudar de su masculinidad.

Nunca he podido olvidar su respuesta: “un caballero siempre debe hacerse cargo. Cuando su honor de hombre viril ha de ser arrastrado, sólo existe una solución”.

Creo que fue en ese instante cuando el patriarca se quebró. Apenas duró un suspiro. Tal vez fue un gemido que aún hoy me taladra el ce-

rebro. Vacío su copa de brandy y luego dijo: “el arma se la entregué yo mismo. Con la convicción que Luis sabía qué debía hacer”.

Allí dio por terminada nuestra charla y me acompañó a la puerta no sin antes recordarme el compromiso asumido. Los hijos de los contemporáneos de aquel episodio, aún a veces lo relatan. Por supuesto, los tiempos han cambiado. Ellos abren juicio sobre ese padre que antes que ver mancillado el honor de su familia, prefirió inducir a su propio hijo a morir. Unos se horrorizan frente a tal acto. Otros hacen burla del motivo: hoy ser heterosexual, homosexual o bisexual, no afecta en lo más mínimo la hombría de bien de nadie.

No obstante, llegado el final de mi camino, siento que no podré decir como San Pablo: “he librado el buen combate” ni guardaría el juramento hecho cuando me recibí, si no revelo la verdad de lo sucedido. El lector pensará que de esta forma traiciono la promesa hecha a Don Fernando. Pero no es así.

Esa promesa fue efectuada ante una falsa revelación de los hechos.

Mi amistad con Luis y mi deber para con su memoria pudieron más en mí que el supuesto honor de la familia.

Me resistí a creer en las palabras de su padre y me propuse llegar al fondo del asunto. Visité el hotel dónde habían pasado la noche de bodas. Entablé conversación con una de las mucamas que atendía el piso. Me contó que había escuchado una discusión. La voz airada de Luis inquiriendo no sabía ella sobre qué cuestión. El llanto de la esposa y por momentos la impresión que pedía perdón. Presumió que la juventud de la novia traía temores que el hombre no comprendía y sonrió con compasión. Observó que mi amigo abandonó el cuarto dando un portazo. Pasó hasta el día siguiente en el bar del hotel. Cuando la chica bajó a desayunar, cabizbaja y sin pronunciar palabra, la mucama fue a hacer la habitación, como de costumbre. Le llamó la atención que la cama estuviera sin abrir. Sólo parecía que se habían recostado sobre el acolchado, apenas arrugado. En el armario colgaba el traje de novia. Y las valijas no habían sido vaciadas.

La pareja salió a recorrer las sierras (según suponía ella). Luis tenía el gesto adusto y parecía en extremo contrariado. Regresaron al anocheecer sólo para recoger las valijas y marcharse.

Algo de todo este relato me llamó de forma poderosa la atención. Luis era un muchacho que no acostumbraba gritar, menos a una mujer. Era tolerante y comprensivo. Habíamos tenido nuestras experiencias y nunca lo vi en actitudes violentas con las mujeres. Tampoco acostumbraba alcoholizarse. Y no era afecto para nada, por su rígida formación, a demostrar sus conflictos personales ni siquiera levantando la voz. Gabriela era mi amiga también. No la imaginaba temerosa y sumida en llanto después de haber tomado la decisión de casarse. Por el contrario, detrás de su aparente dulzura se ocultaba un temperamento firme y dominante, de ningún modo compatible con la chiquilina asustadiza que creyó la mucama escuchar.

El tiempo transcurrió. El trabajo, la familia, la vida, en fin, me alejó de la búsqueda de la verdad. Sin embargo, no había día o noche que en algún momento me retro trajera a aquella desgracia.

Y eso resultaba en que seguía observando a los personajes que la habían protagonizado. Las dos familias, antes tan amigas, ya no se trataban. Gabriela continuaba con su docencia y sus servicios parroquiales aunque jamás insinuó siquiera que deseara tomar los hábitos. No se supo que trabara otro noviazgo y no porque le faltaran pretendientes. Tenía cualidades de sobra. Bonita, culta, una buena posición, amable en el trato y conocida por la élite de la ciudad que no dejaba de ser pueblo, como alguien infaltable en las reuniones importantes.

Sin embargo aparecieron rumores. Conflictos familiares que la tenían como protagonista de alejamientos y discusiones.

Comencé a prestar atención y comenzó a hacerme cierto ruido que las malas lenguas la relacionaran con amistades femeninas que iban más allá de lo común en estos casos. Hasta que una tarde alguien me dijo que Don Fernando estaba internado y quería verme.

Debo confesar que fue grande el impacto. Aquél señor fornido y altivo que recordaba, estaba reducido a un anciano puro huesos y con los

ojos semi cerrados. Me tomó la mano y pasó, apremiado por la muerte cercana, a la cuestión que deseaba conversar.

Mi oficio ha logrado que pudiera permanecer impasible ante circunstancias por demás difíciles. Sin embargo, en esta oportunidad, admito que me sentí otra vez aquel muchacho angustiado y confundido por la extraña manera de morir de su amigo.

Ese viejo, a punto de partir de este mundo, quiso al menos conmigo, reivindicar a su hijo y sincerarse, tal vez.

Revivimos aquella noche. Luis llegó a él desesperado y en busca de consuelo y consejo. Como un hijo llega a su padre.

No tenía ningún conflicto con su masculinidad. El problema surgió cuando quiso hacer el amor a su esposa. Era aquélla una época en que sólo casamiento de por medio podían tener relaciones las parejas.

Y recién allí Luis escuchó de labios de la que era su mujer ante Dios y ante los hombres que nunca podría siquiera tocarla. Ella confesó entre lágrimas aquello que debió anunciarse antes de asumir semejante compromiso. De ahí la reacción violenta de mi amigo, sus gritos desesperados y las copas que yo no entendía por más que intentara justificar en función de los dichos del padre. Aquélla manifestación de Don Fernando no se condecía con la reacción de la que yo me había anoticiado en el hotel.

De ahí también los rumores que yo entendí como chismes baratos de pueblo sobre las preferencias sexuales de Gabriela.

Pero lo más terrible fue que mi amigo en la conversación con el padre concluyó que salvar el honor de su esposa era su deber. Por tanto cargaría él por siempre con lo que en aquel momento era un estigma. Pediría ante la Santa Sede la anulación de su matrimonio por la imposibilidad de consumarlo él dada su homosexualidad no confesada a tiempo. Tomar esta actitud lo transformaba en un muerto en vida. Adiós carrera, adiós posibilidad de formar familia y sobre todo adiós a la prosapia a la que su entorno era tan afecto. Don Fernando abrió el cajón de su escritorio. Sacó el arma guardada con cuidado. La cargó. Con lentitud la entregó a su hijo y fue lapidario. “Prefiero verte muerto antes que cargar con la mancha que destruirá a nuestra familia frente a esta sociedad. Por

otra parte, considero tu deber la decisión que estoy seguro has de tomar, digna de un caballero.” El resultado, ya lo conocen. Sólo por lástima hacia tanta miseria, le apreté la mano y me despedí.

Cuando salí de la Clínica sólo quería correr hacia mis hijos y abrazarlos.

EL AGUJERO NEGRO, PERDIDOS, O ¿MUNDOS PARALELOS?

Al querer llegar a casa con Juan, una pared cerró nuestro paso. Me inquieté. Él buscó salir. Muchachitos sucios y peor comidos me atemorizaron. Una mujer cerraba un portón. Pregunté por mis esquinas. Las señaló de manera furtiva y se escondió. Las calles se parecían sin serlo. Recordé una vieja serie y dubitativa le dije a Juan: “Nos deslizamos a un mundo paralelo.” Coincidió. Decidió escudriñar por su cuenta. La confusión me hizo girar en falso. Cuando pedía información, la gente miraba raro.

Llegué a la plaza. Ni arboleda, ni bancos ni estatua de San Martín. Un cuadrado de cemento con fuente en el medio. Ya mi único objetivo era reencontrar a mi hijo. De pronto la fuente cambió a ciénaga. Barro oscuro, viscoso. Emergió un brazo de hidra. Pensé que tenía a Juan. Le rogué que me lo devolviera y la quimera trucó en bella Sirena. Creí que lo retornaría Pero escuché su carcajada perversa. Me arrastré a sus pies, en ruego.

Aparecieron los chicos ennegrecidos de pantano. Mi hijo entre ellos. Sin resistir sus mordisqueos. La Nereida sonreía omnipotente. De improviso, divisé al verdadero Juan. Había escuchado el canto del inframundo. Como Ulises tapé mis oídos y corrí. No era ese nuestro Universo. Arrastrarse como gusano o mimetizarse con vampiros. Aún buscamos la salida. Entre nuestra realidad y la virtualidad de los otros. Porque donde estemos, no se trata de sobrevivir, sino de vivir.

MARÍA DEL CARMEN CÁRDENAS

CARMEN FLORENTÍN CABRERA

TRANSFORMACIÓN

Como de la oruga a la mariposa.

Como de flor a fruto.

Como de amanecer tornasolado a mañana radiante de sol.

Como de atardecer melancólico a noche radiante de estrellas.

Como de árbol caído a guitarra.

Como de un beso robado a Pasión.

Como de no saber nada a saberlo casi todo.

Como de tener la palabra prohibida a la confrontación.

Como de esclava a libre.

Como de un golpe a una caricia.

Como te he honrado tanto vida.

Como me has dado la oportunidad de empezar de nuevo.

Me he transformado, ahora puedo ser flor, mar, viento, un cuento, o una canción. AHORA SOY YO.

AMORES MUERTOS

Eran tan vivas las palabras, que erizaban la piel. Las miradas de una profundidad tan intensa que creía verlo todo. Manos entrelazadas como símbolo de unión verdadera. Poesías leídas a media luz de madrugada. Amaneceres de gaviotas salitres que habían visitado la mar. Daba igual la noche que el día, lo iluminaría el sol o la luna. Cuantas promesas quedaron incumplidas. ¿Dónde va el amor cuando se muere? No sé si resucita en otros enamorados, si se guarda en algún rincón del corazón y se duerme, si sale por la ventana y esta vez se enamora de pequeños

transeúntes solitarios. Solo sé que quedamos años preguntándonos de su destino, que algún día fue tan el pan de nuestra alma y hoy es solo fotos, recuerdos y soledad.

MARIPOSA TECNICOLOR

Ruana Dexter no terminaba nunca de acomodarse ese rulo rubio que le caía sobre el hombro, tenía como un tic, una manía, una de las tantas manías que destilaba su mente. Su andar de un paso sobre el otro la hacía monótona, casi sin gracia a no ser por el contoneo del sí quiero de sus caderas, sobre todo al pasar frente a los hombres. Las comadronas del barrio la llamaban la mosquita muerta, porque hombre que enceguecía, terminaba como los mosquitos de quintas de fin de semana, achicharrado, amargado o borracho de desilusión contra algún farol. Su táctica de seducción se remontaba a las vistas por ella de niña, copiando fielmente a su madre, luces rojas, tules de plumita envolviendo su rollizo cuerpo al compás de alguna música romántica comprada en los saldos de la calle Corrientes un domingo por la tarde. No todo es sexo repetía a sus amigas, la platita chicas hace bien al corazón y se reía a carcajadas. Una tarde de noviembre no regresó de su trabajo, fueron hasta su casa y todo estaba en orden, las luces prendidas, la TV encendida donde pasaban una película erótica, todos pensaron se fue apurada... ya vendrá. Pero pasaron seis semanas y nada; a esa altura ya había denuncia por extravío pero ninguna pista, hasta que llamaron a su madre de la morgue y le dijeron que fuera a identificar un cadáver, lo que vio esa mujer quedó en su rostro demacrado. Los empleados por lo bajo comentaron ¿viste lo que yo vi? Pedacitos de su cuerpo formaban letras, pegada sobre unas alas de mariposa gigante hecha en tul de plumita. En ellas se leía SI HAY SOLTEROS NO DEBO ROMPER HOGARES.

FELIZ CUMPLEAÑOS

Hoy no es un día cualquiera, es el más esperado por mí en tantos meses. Recuerdo la primera vez que te vi; tu figura de lobo solitario con tu pelo encanecido que te llegaba hasta la mitad de tu espalda recogido con una simple colita negra y tus anteojos retro o viejos, nunca lo supe. Mi llegada no estaba prevista ni siquiera para mí una semana antes. Al entrar con mis confusiones a cuesta a tu Hostal, no me pesaban ni las valijas tanto como mis miedos e incertidumbre, tú me volviste a la realidad con: –la tengo que registrar.

–Nombre y apellido.

–Miranda Sanders.

–Destino de origen.

–Argentina... no Paraguay... ponga Argentina.

–Días de estadías.

–No sé, creo que tres o cuatro días.

–Profesión.

–Eh... escritora.

Venga le muestro las instalaciones y su habitación. Al abrir las ventana veía por primera vez el Pacifico a mis pies con sus gaviotas incluidas. Era un cuadro con movimientos pintados por muchos años y con historias increíbles que luego tú me lo contaste, como que la ciudad no fue fundada sino tomada por el pirata Morgan.

Pasaron los días y mis llantos dentro de la habitación, hicieron que golpearas y allí empezamos a hablar y a conocernos. Debía regresar con mi asunto ya resuelto pero me despediste con un beso no esperado y me

invitaste a regresar a vivir una historia de princesa. Ante tal proposición no dudé y volví al mes siguiente.

Los días que viví no tenían nada que ver con mi vida anterior, escuché las palabras que siempre había esperado y disfruté como nunca lo había hecho.

Ese Te Amo, nunca había estado en mi vocabulario y menos en el vocabulario del que tenía al lado, me quedé suspendida en el tiempo, volví en sí y te dije yo también, sin escucharme solo quería escucharte a ti. Acabo de sacar la torta del horno y la dejaré que se enfríe para decorarla, colgué pocos globos sé que no te gustan las ostentaciones ficticias, puse un mantel nuevo y rosas frescas de mi jardín para que parezca una cena íntima, no recuerdo bien tu edad, así que solo compré una vela celeste que sé, que la apagaré yo, porque odias que te canten el feliz cumpleaños.

Recuerdo cuando me contabas que habías sido cruel con las demás mujeres, no en hechos, me aclaraste, sino en palabras. Una nunca se incluye cuando dicen las demás mujeres y pensamos yo seré una excepción.

Por eso cuando te llamé la semana pasada para avisarte que llegaba casi de sorpresa por tu cumpleaños, volví a recordar tus palabras.

—Hola Amor. Soy yo Miranda.

—No conozco ninguna Miranda.

—Yo, tu princesa, tu amor...

—Discúlpeme señorita debe estar equivocada, mi único amor es una actriz española que acaba de hospedarse hace tres días.

Por eso hoy es un día especial, es tu cumpleaños, lo esperé todo el año para pasarlo contigo.

Nada hará que cambie mis planes, apagaré las velas por ti, soltaré los globos para que no queden amarrados, dejo tus cartas de amor y el libro de Neruda que me dedicaste sobre la mesa.

Mis amigos más íntimos sabrán porque me fui.

ABRIÉNDOSE

Abriéndose entre cardos se asoma tu pétalo herido, ve el sol, ya las nubes han huido.

Entre espinas te escurres con fuerza, hay un nuevo amanecer, la lluvia lamió la tierra, una gota de rocío se hizo una lágrima etérea y el viento la secó haciéndola eterna. Erguida dejaste de temer, con lo poco que quedó de tu pétalo perfumaste un nuevo mundo por conocer, una nueva vida, un amor que creías perdido.

SOLA EN LA MULTITUD

Camino esquivando bultos que hablan y pies encerrados en zapatos, las luces me encandilan y no veo mi destino. Solo aromas de un amanecer me despiertan y corro de esta soledad heredada, me aferro a mi árbol, cuyas raíces son más fuertes que mi valentía.

Donde habitaban los monos, solo hay silencio, volví a buscarlos pero se han ido, detrás de un paraíso perdido. Cantando una musiquita de pueblo sola me he quedado, bailando y abrazada con ternura a mi compañero, ese que estoy esperando.

OTRA PARED

Otra pared y vamos tropezando con la misma piedra, el silencio que hiere en lo profundo y ese teléfono que no llama.

Mi cabeza llena de pensamientos, quisiera que ya fuera primavera pero todavía es invierno, para saber cómo termino el asunto.

Así decido si sigo mojando rincones o cosechando corazones, o sea si sigo tirando tus fotos al fuego o rescatándolas luego.

PENÉLOPE

Te busco entre las sombras del pasado, repasando los lugares en que te perdí ¿O nos perdimos? Tú al irte, yo al dejarte ir.

La tibieza de tus manos ¿Se habrá enfriado?

Y tus brazos ¿Han abrazado?, de tus labios no dudo, fueron fieles a mí gusto a lo sumo se ahogaron en el alcohol, tu mirada no la perdí, quedó en mi retina y de tu cuerpo guardo tus proporciones al igual que tus palabras formaron oraciones, que al repetirlas me las vuelves a decir.

Me cansé de esperarte, dejaré en mi banco una flor que tiene mi perfume, tú lo decías, solo tu aroma le da sentido a mi vida.

MAREA ALTA

El mar en su calma lava y en el bravío pelea, como orcas ensangrentadas. Conchas cubiertas por salitres son escupidas.

Las olas pelean y bailan a la vez, una y otra vez, a la noche, a la mañana o a la siesta.

Las profundidades muestran su lado oscuro, pero también sus tesoros, perlas jamás tocadas por manos humanas, por manos rugosas de trabajar.

La espuma blanca se abre su camino y pega un grito de libertad, la arena sirve para el descanso de los guerreros y de vuelta las rocas son penetradas por el mar, las algas se deshojan en la contienda, marea alta, marea baja, arriba o abajo, igual da.

Cánticos de suspiros de gaviotas, graznan, gimen, gritan, a su lado peces desovan huevos cristalinos, el fondo está revuelto, reposan sobre un volcán.

La marea alta se come todo, cama, sábanas, nada importa solo quiere llegar, su Sirena esta sedienta, el Hipocampo morirá con el último suspiro de su amor se dejará caer.

Como yo dejé caer tus fotos, en la marea alta del mar.

UN HOMBRE EN MI CABEZA

Trance en esta monotonía de lo burgués ¿Por qué los copos de nubes guardan abedules de colores entre sus pliegues? ¿Por qué el mar ruge y araña la arena? que es blanca y pura.

¿Por qué los montes trepan? sin detenerse a mirar qué desprendieron en su camino.

¿Los laberintos del corazón? dan miedo o vértigo.

¿Por qué el mercado calló su bullicio de antaño? solo porque una nueva pareja elegía sus frutos.

Todo ahora tiene una pregunta ¿Solo porque has entrado con los pies descalzos y tus huellas quedaron en mí?

EL AMOR DESPUÉS DEL AMOR

Cómo no he de perdonarte tus infidelidades sino la amaste, si tus tácticas fueron otras y los resultados también. Ella ha decidido marcharse y yo siempre pienso en volver. Nuestras costumbres no las repetiste, fueron otros los lugares y sensaciones que elegiste. Cuando el amor es verdadero puede superar el dolor, se recompone y solo piensa en volver a estar mejor. Se vuelve planta con nuevos brotes, capullo en flor, lluvia fresca de verano, dulce fruto. Todo se estrena y renace. Solo espero tu llamado, la maleta está hecha y un pasaje abierto que esperar ansioso que anuncien el vuelo.

AY ESTA VIDA MÍA

No sabría ya cómo describirla, de cenicienta, de princesa o de burguesa reeducada, salida de los confines de la selva, pasajes de tiempos no vividos, sentimientos encontrados llenan mi mente, lucha del dolor de un pasado a capa y espada con el futuro incierto pero esperanzador.

Cuántos papeles he representados, ya no me acuerdo, solo sé que nunca fueron secundarios, sino como protagonista absoluta, única y sola sobre el escenario de la vida. Pero ahora me han ofrecido hacer de yo misma, no es fácil el papel, la falta de costumbre me juega en contra.

Solo Dios sabía cuánto deseaba este papel y aunque cueste lo que cueste será mi mejor obra y al saludar solo veré a los que me aman de verdad aplaudiéndome de pie.

LA LOBA FERROZ

Cansada de ser Caperucita en el bosque a merced del lobo, con ese miedo infantil de noches enteras sin dormir.

A través de los pasadizos secretos de los tabúes de antaño, guardados por nuestras abuelas y madres.

Me pregunté mil veces ¿Qué pasaría si yo fuera la loba en celo?

¿Acaso el bosque no guarda muchos misterios?

Te enfrenté con la mirada y no la bajé jamás, la punta de tu nariz junto con la mía formaron una figura china, a trasluz entre los tules que colgué asemejé lianas que captaron nuestra respiración, atajé tus manos para guiarlas hasta los confines, allí donde terminan mis tatuajes.

De tus labios bebí el néctar de la flor de tus deseos y no dudé en alejarte y atraerte constantemente, jugué con tus instintos primitivos y los llevé a la locura, hasta que gritaste que pare.

Solo allí supe que mi papel de loba feroz daba miedo y fui feliz.

EL JARDÍN DE LOS AMORES MUERTOS

Mi blanca margarita me llamabas y ella llevaba una camelia en su gorra. Un te amo de noche de tormenta tan ansiado, se lo llevó un leve viento que levantó su pollera.

Se me deshiela el corazón contigo, gritaste pero luego se congelaron mis retinas al verlos abrazados.

Mis amaneceres de gaviotas del Pacífico emigraron y a ella las golondrinas le cantaron.

Tu tan bello disfraz de bohemio escritor pasaste a disfrazarte de payaso.

Pasé de volar para verte, a ver como volaban mis ilusiones. De sonreír por tonterías a llorar por nada.

La mañana se hizo noche y Neruda se durmió por no leerlo.

No sé dónde enterrar todos tus recuerdos porque no sé si el amor ha muerto.

Solo me lo dirá tu mirada, pero no será ahora sino cuando dejes de mirarla.

LA LEVEDAD DEL AMOR

Hay amores tan breves, que caben en una oración, que duran el abrir de una flor. Tan frescos que tan solo una brisa marina los puede llevar. Suaves y etéreos como un despertar. Que cambian y mutan de labios de tanto besar. De cuerpos partidos, de tanto chocar. Hay te amo a montones para regalar. Pero ese no era mi amor, era el tuyo. Mi amor era eterno, de un solo TE AMO y no amaré, ¡más!

DESANGRÁNDOSE

Fuegos de la noche acechando las ultimas pieles curtidas, ¿acaso la hadas crispadas no las pueden apagar? Música de ensayo despidiéndote con violines sin cuerdas para soñar. Caretas usadas por las mañanas alegres, colgadas en la pared como testigos de tantos momentos vividos. Un corazón púrpura desangrándose, pedazos de amores desperdigados.

Silencio culposo escondido entre tus libros. A que no te atrevas a pensarme esta noche...sin conmoverte.

LAS FLORES NUNCA DUERMEN

Ella ya se ha ido comentaste en el pueblo, en el mercado y en el puerto. Te encargaste de que lo sepan, para que nunca más pregunten por mí. Cerraste la habitación con tres llaves y un candado. Cortaste la luz, por si se volvía a iluminar con mi presencia. Pero te olvidaste que mi perfume olía a las rosas que comprabas en el plan. Ahora te miro, te sigo, te persigo, desde mi vasija de cristal. Mientras hayas flores frescas cerca tuyo mío serás. Porque las flores no dormimos nunca para perfumar tu amor y el mío que jamás morirá.

VIDA

¿Qué profundidades guardamos cada uno en las cuevas subterráneas donde se ocultan los secretos? Como el árbol cubre sus raíces, también nosotros, y como él, solo mostramos las flores. Somos habitantes ocultos del miedo, miedo a amar, miedo a creer, miedo a lo que vendrá...soñando siempre con lo que no pudo ser. Tendríamos que ser como los pájaros y la selva que sin miedo, se lanzan a volar y vuelan. Porque un día, sin darnos cuenta nos dejarán las flores y las raíces ya, no estarán.

CARMEN FLORENTÍN CABRERA

MATÍAS D'ANGELO

LECTOR

Mientras tus ojos se distraen con estas palabras, los fotones se deslizan por ellos, y ya en tu cerebro, se transforman en una señal eléctrica que te susurra, sin voz, algo antiguo y familiar, nunca escuchado. Tu vista se nubla, sientes un mareo, y antes de terminar esta frase ya habrán anidado en ti. Raíces hechas de luz negra que invaden tus músculos, tus venas y órganos, salen como un grito por tu boca y surcan tu piel.

Te secarás, te abrirás como un pétalo; los habitantes se grabarán en tu piel. Te doblarás, y ya somnoliento, abrigado por el cartón y el cuero, estarás en el estante, junto a los demás, aguardando despertar.

EL MAR DE LAS COLUMNAS DE PIEDRA

El shopping está repleto. Mamá y Papá te llevan de la mano. Tironean cuando insistes en parar en la librería, también en la juguetería. “La Tierra llamando a Edith”, suelen decirte, porque no comprenden lo que ves en los espejos, los cuadros, las raíces de los árboles, las cuevas y los mosaicos. Luego de comer una hamburguesa, bajan las escaleras mecánicas, y entran a un local de calzado y ropa de montaña. Juegas, mientras se prueban unas remeras fosforescentes. Una vendedora alta, de pelo castaño y voz aguda te sonrío. Tus padres te obligan a sentarte. A tus pies, desde el lustroso suelo, tu reflejo te guiña un ojo, y señala hacia afuera. Más allá de las escaleras mecánicas, unas puertas vidriadas, un patio, una cascada. El agua en movimiento brilla por la caricia del sol, en una inmensa pared de granito con los colores de la arena y la montaña. Corres. Esquivas la mano de tu padre, a dos viejitos, y a una señora, abres la puerta transparente y llegas al patio. Sientes el cosquilleo en las manos, y los gritos lejanos de tus padres, cuando usas de escalón el mármol que rodea la cascada y pisas el agua. Te dirán que detrás no hay

nada, tan sólo el aire que separa al centro comercial de otros edificios, pero eso no te importa. Apoyas la mano en el granito. Sientes el frío del agua, que se escurre en tu antebrazo. Te sacan de la fuente. Tus padres y el guardia están enojados. La gente mira, y sientes vergüenza. De pronto, un temblor. Los azulejos se abren hacia un mar de cielo despejado, que se une a la fuente. A lo lejos, unas columnas de piedra adornadas por enredaderas, despiden agua.

Tu imagen sonrío en la esfera de luz que sostiene Arcania. Las otras esperan, en la cámara de piedras grises.

–Tráiganla –ordena.

SÉPTIMO

La tecnología alienígena recorre tu cuerpo, dándote fuerza, armas, conocimientos, poderes y vehículos. Se manifiesta en base al espectro de tu frecuencia predominante, lo que los antiguos llamaban aura. Eres uno de los elegidos. Subes a tu robot gigante, con el que sintonizas a través de tu arquetipo animal. Y luchas contra los extraterrestres enemigos. Aquellas historias parecen tan lejanas. Añoras esos juegos en los que sentías la energía cósmica en tu ser. Pronto habrá más grises en tu cabello, pero eso no silencia el llamado. Tocaban el timbre. Recibes el paquete que te entrega el cartero. Miras el remitente, y tiembles. Lo encuentras, más allá del cartón y las planchas de burbujas de plástico. Lo acaricias bajo la luz, con un nudo en la boca del estómago. Observas el metal grabado con tu saurio arquetipo. *Te borrarán, pero logramos reescribirte*, explica una nota. El hechizo se desvanece. Sonrías. Regresar, después de tanto tiempo.

Te miras en el espejo, y presionas el canalizador, que se activa. La luz te recorre, y vuelves a ver tu armadura naranja y tu casco. El comunicador canta su melodía aguda. Tomas aire.

–Adelante –respondes.

No lo sabes, pero más allá de las neblinas cósmicas, te observan. La mujer de capa y pelo oscuro se lleva la mano a su tiara plateada, que

fulgura. Se aleja. Tu orbe disminuye y flota hacia la hélice de perlas, entre las membranas luminosas de la cúpula infinita del Castillo de las Viajeras.

MENSAJERA

Tocó el césped, y las piedras le hablaron. Se levantó, con el aroma de la hierba y la tierra mojada en su interior, y siguió la hilera de rocas con glifos tallados. La mujer de cabello largo y túnica verde se adentró en el bosque, guiada por esa sensación, ese hormigueo en las palmas, el entrecejo y los pies mientras caminaba sobre el pasto húmedo, cuando se apoyaba en un árbol a descansar, o se inclinaba hacia la corola de una flor. Llegó hasta una cueva, formada por las raíces de un árbol inmenso de hojas brillantes que perfumaban con frescura. Sintió paz, y al tiempo de respirar esa fragancia empezó a ver los copos de luz, y el llamado multicolor del interior de la cueva. Se acercó, inspiró con fuerza, y saltó hacia el túnel de luces y matices brillantes. Le hablaron los del otro lado, los que estaban hechos de reflejos lunares, vientos del sol, raíces y cristales de la tierra. Le dieron un mensaje, que ella llevó de regreso, a través del árbol de copos de luz. Los ancianos no quisieron escuchar. La llamaron hija del devastador, y dijeron que siempre había sido extraña. La llevaron hacia donde convergían los senderos, la ataron, escupieron y golpearon frente al resto, para que nadie volviera a atreverse a decirles qué hacer.

Cuando quisieron quemarla, vinieron los del otro lado, y se la llevaron en una esfera de luz. La gente, furiosa, se lanzó contra los ancianos.

LA GENERACIÓN PLATEADA

Los lobos corren. El canto de la noche estalla. Hay focos que observan a estas criaturas, porque saben pero no pueden creerlo. Un lago sin forma. El reflejo de una luna llena plateada. Las patas que se mojan y forman un círculo. Aullidos nuevos, una melodía nunca escuchada, y la

temperatura del lago que aumenta antes del destello. Nadaron hasta la orilla, y caminaron con dos piernas. Se tomaron de las manos y buscaron nuevos aromas, explicó la más anciana. Serán mejor que los de las ramas, afirmó una observadora. Porque entienden a la luna.

POTENCIAL

–En su morada del lago felino, el muerto Iemisch espera soñando...

–Basta, por favor –le acerca un mate, y se lleva las manos a la cabeza, esperando que el trago amargo y caliente la haga volver en razón, o al menos callarse–. Maldigo la hora en que te compré esos libros.

Ella da un sorbo, y se queja.

–Me gusta dulce, Papá. Te estoy diciendo, el animal en el que creían los tehuelches se parece a las criaturas que Lovecraft...

Alfonso deja de escucharla. Tal vez fue su culpa, por haberle contado que había sido parte de una orden secreta. Llegó a grados avanzados, pero dejó los misterios del espíritu para construirse una casa y dedicarse a su familia. Recordó aquella vez, en la que un viaje astral lo había llevado hasta unos ojos inmensos y rojos.

–Si no aprovechas tu potencial, volverá a manifestarse hasta que lo reconozcas –le había dicho uno de sus superiores. Pero él, con tan sólo treinta años, lo saludó con amabilidad y olvidó esas palabras.

–...es un portal dimensional. Iemisch y Cthulhu regresarán, y pronto...

–Hija, es una maravillosa idea para un cuento, o algo así.

–No es un cuento. El Círculo de Lovecraft era en realidad una...

–Te prohíbo volver a ese lago, ¿me escuchaste? –dice Alfonso, ya imperativo–. No volvés a pisar el Nahuel Huapi. Te encuentro siquiera cerca, y quedás castigada para siempre.

–¡No es justo, Papá! ¡Yo puedo recordar!

–¡Basta, Lilia! –grita Alfonso. Le quita los papeles con anotaciones y símbolos, los libros de horror cósmico y de leyendas mapuches.

–¡Devolveme mis cosas!

–¡Andá a tu cuarto!

La adolescente sube las escaleras llorando, y da un portazo. Alfonso se siente culpable. Sin embargo, desapueba esa obsesión enfermiza. Los psicólogos le habían dicho que era una forma de superar la muerte de su madre, y que se le pasaría al madurar. Recién tiene trece años. ¿Por qué no se preocupa por cantantes y ropa, como otras chicas de su edad? El hombre duerme intranquilo, abrazado al portarretratos con la foto de su difunta esposa. Sueña de nuevo con los ojos gigantes, observándolo, y solo encuentra alivio al despertar. Aunque por unos instantes. Su hija ha desaparecido. El lago, está en el lago, piensa, y sale corriendo de la casa. De pronto, la oscuridad. La gente grita, y señala hacia el cielo. Unas alas gigantes, unos ojos rojos, un aguijón. Y su jinete: una amazona de piel azul y armadura violeta. El monstruo aterriza en un edificio. La amazona desciende, ágil y veloz, y camina hacia él.

–¿Lilia? –pregunta Alfonso, temblando.

–Soy su madre.

–¡Esther! –Alfonso la abraza–. ¿Cómo es posible?

–No hay tiempo –Esther lo toma de la mano–. Este mundo va a morir. Pero puedo llevarte a otro donde hay paz y gloria, al servicio de los antiguos. Y donde está Lilia –la mujer lo mira, y sonrío–. Siempre escogí buenas semillas.

Ya montado en la bestia rajiforme, Alfonso da un último vistazo a la ciudad, antes que el cielo se vuelva rojo y el suelo empiece a temblar. Abraza a su mujer, siente la brisa al despegar, y sonrío; en la plataforma aérea hacia la que se aproximan está su hija, entre los gigantes de escamas y tentáculos, esperándolo con los brazos abiertos.

LA OSCURA

Arcania es distinta, algunos rasgos lo marcan. Pero eso no le quita igualdad frente al resto. Su pasado, sí.

La cúpula infinita del Castillo de las Viajeras contiene en su espiral orbes oscuros, turbulentos y gélidos; pacíficos, brillantes y templados; de fuego, niebla, o líquido; y otros como el que muestra el universo original de Arcania: grises, silenciosos, fríos. Con la mayoría de sus mundos muertos. La actual candidata al trono del reino de las viajeras, y al control de la cúpula infinita y la llave maestra, no había sido responsable de tremenda destrucción; tan sólo del perecer de tres o cuatro planetas. En ellos fue, en distintas encarnaciones, seres de magia profunda y oscura. Sus dedos estaban acostumbrados a recorrer volúmenes amarillentos y pergaminos encontrados en expediciones secretas. Fue una experta en hierbas, brebajes, y cultivos. Supo abrir y sellar la energía en piedras, gemas y cristales. Derramó sangre, colaboró con lo que está más allá. Abrió las puertas a los antiguos, y luego del éxtasis y la devastación, cuando emergieron los paisajes con arena de huesos, cielos mustios y aire rojo, ningún poder o conocimiento le devolvió lo perdido. Y ya era tarde para cerrar las puertas. Podía engañarse volando de un mundo a otro, agrietando la tierra y el firmamento, o manipulando las vidas miserables de los homúnculos. Siempre sería una esclava de los antiguos. Hasta que llegaron ellas.

Unas alas quirópteras atravesaban el cielo carmesí, desarmando las nubes verdes. Cuando aterrizaron, se transformaron en una capa sombra. Arcania avanzó sobre el mármol opaco, hacia su trono. Debajo, su reflejo la acompañaba, vestido con una armadura de obsidiana negra y portando un báculo con un gran cuarzo de ónix ahumado en la punta. Su cabello, bruno y sedoso, se deslizaba con parsimonia. Ya en el trono, Arcania devolvió la mirada al reflejo. Hacía años que sus ojos eran amarillos y ajados, como los de aquellos seres de antaño. No podía recordar su nombre, sólo que habían transmutado hacia unas criaturas que cruzaban el éter, navegando en las líneas de poder. Del casco de Arcania salían

tres cuernos: uno donde estaría el entrecejo, y los demás en las sienas, cubiertos de gemas.

Un homúnculo verde se acercó a ofrecerle el alimento: cristales cargados bajo los dos soles. Arcania tomó varios, y los sostuvo en su mano. Observó a la criatura de mirada perdida, encorvada y con quistes en la piel, y volvió a tener esa sensación.

Su cabello la alertó. Se incorporó, dejando los cristales vacíos en la bandeja. Antes de que el homúnculo se retirara, le obsequió los energizados. La golpeó un viento fuerte, desde las puertas abiertas del balcón donde había aterrizado. Una luz, desgajando el aire.

Arcania sostuvo el báculo, aguardando a las viajeras, y un buen combate. Del portal surgieron una chica de ojos rasgados, con un traje de algún planeta pos-colonizado por las hélix; otra de cabello negro, pecosa, de aspecto terrestre, y una mujer morena, con una armadura inspirada en los eónidas. Las tres custodiaban a una cuarta, oculta bajo un manto violeta. Arcania elevó su báculo.

—Alto —dijo la mujer, descubriéndose y mostrando su corona plateada y fulgurante. Era Astrid, la reina de las viajeras. ¿Por qué se arriesgaba en territorio de los antiguos?

—Tenemos una propuesta para hacerte —dijo.

El techo abovedado era una ventana circular a un vacío púrpura, donde infinitas perlas fulguraban en nubes espiraladas. Astrid caminó sobre las losas blancas y negras, sin perturbar los ojos maravillados de Arcania, y descendió por unos escalones hacia un pozo de piedra gris. Extendió sus manos, y llamó a una esfera, que se posó ante ella. Arcania ya estaba a su lado, y ambas hundieron la mirada en un mundo de esqueletos con piel transparente, órganos negros y alas, que planeaban en una urbe gaseosa y titilante, habitada por fantasmas perdidos. Astrid dejó ir la esfera, que regresó al enjambre. Lo contemplaron un rato.

—¿Qué ves? —preguntó la reina, abarcando con un gesto el lugar.

Arcania describió cada detalle, intrigada por la risa de Astrid.

—Se parece a como yo lo veo. Pero este lugar, más allá de todos los espacios y tiempos, es muy especial. Algo inconcebible para la magia,

la ciencia, o la abraxis, creado posiblemente por las guardianas junto a una fuerza primordial, para reunir a las viajeras.

>>Quien llega a la cúpula infinita, la ve y comprende de la forma más apta a su conciencia, historia e imaginación; para algunas, es una enorme biblioteca con escaleras, y cada universo es un libro. Para otras, un bosque con árboles a los que trepan para hallar mundos en cada rama. Están las que se hallan en laberintos, o mansiones fastuosas con cuadros, esculturas, armarios y ventanales al cosmos. Recuerdo a un niño viajero (porque sí, son excepciones, pero hay hombres viajeros) que veía a esta cámara como un desván sin límites, con cajas llenas de cuadernos y juguetes; también cofres que guardaban mapas, dibujos y talismanes. Cada uno, una pantalla al multiverso.

>>Las viajeras no tenemos barreras para entendernos, o para comprender un mensaje en un mundo extraño, siempre que estemos conectadas al pleroma. Algunas se vinculan incluso antes de pisar el castillo.

–¿Por qué me dices todo esto? ¿Y por qué me es tan familiar?

–Porque has vivido mucho. Y porque ya has venido en sueños.

–Debe ser un error –Arcania se alejó de Astrid, y hundió su mirada en la nube de esferas plateadas–. Podía viajar de un mundo a otro en mi universo, pero siempre con magia. No soy capaz de trasladarme de un universo a otro.

–No era la magia. Eras tú –afirmó Astrid–. Los hechizos fueron sólo un canal. Y algunos mundos que visitaste, eran de otros universos. –Arcania la miró, asombrada.

–No existe una sola Tierra –le explicó Astrid, en otra lección–. En algunos universos, hay más de una. Y muchas veces se llamó Agua o Cristal.

>>El multiverso es recorrido por ondas, que se imprimen como moldes en la materia. Estos son arquetipos, que se traducen, combinan y transforman, sintetizándose. Cuerpos, formas, sociedades, eventos, invenciones, sentimientos, personalidades, pensamientos, saltos evolutivos.

>>Existieron más de una Arcania y una Astrid, pero no éramos nosotras.

Arcania asintió, pero no pudo seguir preguntando, porque escuchó unos pasos. Detrás de ella, Dorice, la pecosa, traía a una niña de la mano.

–Acércate, Edith –la llamó Astrid. La pequeña fue corriendo a abrazarla–. Estarás a cargo de ella –dijo la reina, mirando a Arcania.

–No tengo nada bueno que enseñarle –susurró la oscura a la reina, cuando ésta se incorporó.

–No es la niña la que tiene que aprender.

La mano diminuta se cerró en torno de la de Arcania, y la lección comenzó.

CORONACIÓN

Subes la escalera de mármol, hacia el balcón del castillo. Te espera, como las fauces abiertas de una bestia de Óratran, con un paladar negro incrustado de gemas plateadas. El aullido de su garganta te reclama para devorarte. Pero lo que ves en realidad es el cielo, y el aullido es el clamor de las otras, que más allá de la baranda, festejan que serás su líder. Todavía sientes las horas de entrenamiento y meditación necesarias para recibir la diadema. Y el destello infinito cuando tocó tu frente, mostrándote parte del multiverso: la biblioteca coleccionista, que abduce a los que van más allá de las puertas abiertas por las historias; el concilio de los macroelementales, padres y madres de las fuerzas de las Tierras; la mirada colosal de los antiguos; los hijos del eón arcoiris, cada uno portador de una frecuencia que despierta a su animal guardián encarnado en un vímana; mundos con humanoides alados; naves reptilianas; las guardianas, avatares inmensos y vigilantes; las ciudades cósmicas de las hélix; las transformaciones y gestas de los eónidas; y en cada mundo y dimensión, la chispa, el potencial, aguardando.

Como las viajeras que te saludan con el sello del portal. Viajeras, exploradoras, protectoras, sanadoras, guerreras, maestras y alumnas, todas necesarias en un multicosmos casi inabarcable. Esperan que su reina Arcania, la oscura, y el concejo de las brújulas las guíen.

¿Quién lo hubiera pensado?

–No confío en ella –dijo Waira, la morena.

–Yo sí –afirmó la reina Astrid–. ¿Me estás cuestionando?

–No, mi reina –la imaginaste haciendo una reverencia, mientras escuchabas desde tu escondite–. Sólo pienso que, tarde o temprano, nos traicionará.

Lunas y soles en el castillo de las viajeras. Cuando te eligió como candidata, le preguntaste la razón.

–Porque para reconocer la luz más excelsa, hay que haber transitado la más profunda de las sombras.

Frente a las miles de viajeras, con el concejo a tus espaldas, el báculo en tu mano, sientes el pulso de la oscuridad abrazándote. Sonríes, y por un instante ves a tu reino umbroso. Pero lo dejas ir. Escuchas las risas de tus alumnas, y quieres un pedazo del pastel que van a servir.

MATÍAS D'ANGELO

MARÍA GRACIELA JAIME IRUSTA

LA PALABRA

¡Busco las palabras para decir tantas cosas!

Busco especialmente aquella que se me escapó cuando no debía o la que debía decir y no dije, esa es la peor. ¿Alguna vez les pasó? ¿Dónde habrá ido esa palabra que tenía en la punta de la lengua? ¿Existirá algún lugar donde se juntan las palabras que no quisieron quedarse?

Un reino gigante de palabras perdidas. Las palabras que se fueron, ¿estarán esperando?, ¿cuál será el lugar? Alguien me contó acerca de las palabras y su reino. Hay toda una división hecha, con números, letras y otros raros símbolos difíciles de descifrar. Sólo pude saber que leeremos aquellas palabras que no se escaparon, que en un papel quedaron escritas para siempre...

EL HOMBRE DE PIEDRA Y LA BAILARINA

Altivo y soberbio, allí estaba el hombre. Se sabía fuerte y atractivo. Sus músculos podían realizar cualquier trabajo. No era joven, lo delataba su cabeza calva y su barba blanca.

También su cabeza era dura como el hierro, como sus pensamientos y sus sentimientos. Tomaba lo que deseaba, su corazón era de piedra. ¡Hierro y piedra! Tan impenetrable que nada podía afectarlo porque con nada se involucraba. Eran él y los dos perros el círculo de su existencia.

Un día decidió que necesitaba una mujer a su lado. Y, la imaginó bella, sumisa, inteligente, además de sana e independiente porque sus brazos no estaban para perder tiempo en ternuritas o abrazos a cualquier hora. Los dos deberían trabajar como mulas en la montaña.

Frágil, casi etérea, la mujer llegó, caída del cielo o enviada por los ángeles que, al tozudo hombre de piedra, deseaban darle una lección.

Los ojos de ella, siempre húmedos, lo miraban con dulzura y su piel de seda se pegaba a la suya transpirada y maloliente. Sus manos, además de trabajar, sabían acariciar y sus pies de bailarina casi no dejaban huella.

Los abrazos eran de fuego, el pelo enmarañado de rulos rebeldes un matorral perfumado que lo envolvía. En la intimidad, su sexo era una caverna de seda incandescente.

Pero el hombre trataba con más amor a los perros que a su exótica bailarina.

Ella, con ronca voz de terciopelo, intentaba expresar la compleja trama de su corazón apasionado y él la había tomado entre sus brazos y, sin darse cuenta, había quedado envuelto en ellos.

Siempre, al finalizar el día caminaban por el campo y bailaban su danza preferida: el tango. Hasta el día de la gran tormenta, ellos bailaron y bailaron, sin advertir que la lluvia los estaba empapando. El agua se convertía en cascadas y el campo en un peligroso lodazal. Él, cada vez se enterraba más en el barro, convirtiendo sus complicados firuletes de tango en una posible tumba. Su peso los hundía más y más hondo. Trató entonces de desprenderse de la mujer, para salvarse, no para salvarla, pero ágilmente fue ella quien trepó a sus hombros. Siempre bailando y agitando su largo pañuelo de seda, jirón lastimado, que el viento sacudía sin piedad.

Cesó la lluvia y amainó la tormenta. Ella, con sus fuertes piernas de bailarina sostenía al hombre por las axilas mientras, agitaba el pañuelo, extraña llama de color en medio del campo inundado.

Y, fue una señal para los otros. Pronto los rescatarían. En la lejanía se escuchaba el chapoteo de los caballos. Él estaba hundido casi hasta la barbilla en el barro. Ella lo sostenía ya sin aliento. Apenas liberado el hombre empujó a la mujer con sus manos de hierro. Ella se hundió en el barro que la tragó con avidez.

Solo quedó flotando su pañuelo de seda.

Él se volvió: –debo ir a ver a mis perros, tienen que estar muy asustados por la tormenta...

Todos los días iba a ver el pañuelo seda y mirando al horizonte esperaba verla regresar. Todos los días del resto de sus días.

VIAJEROS

Me despierto, me desperezo, me levanto. Una ducha rápida termina de despabilarme. Previamente he puesto el agua para hacer café. Mi único lujo antes de salir.

Hoy me vestí para matar. Sin que me hayan visto, beso a mi marido y a mis hijos dormidos antes de salir corriendo para la oficina. Miro la cartera, la abro para estar segura que el sobre está allí.

El ascensor no funciona y bajo por las escaleras. Al llegar a la esquina lo veo. Me hace señas y lo sigo, esquivando el gentío, los gritos, las puteadas. Lo sigo a él. No puedo dejar de seguirlo.

Llegamos juntos, acordamos, más con gestos que con palabras vernos después.

Subimos al 4º piso junto con el cadete, que, como todos los días, mira mis piernas. Yo disimulo el temblor de mis manos.

Nuestras oficinas están enfrentadas y, de tanto en tanto él se asoma y me mira. Siento la necesidad de llorar llantos prohibidos. En su lugar sonrío y saludo.

–¡Hola chicos! Raúl, amigo y confidente responde:

–¡Qué linda estás hoy! ¿Te cortaste el pelo?

–No, sólo lo recogí

–Estás rara. Se te nota nerviosa, ¿qué te pasó? ¿Discutiste con tu marido?

–Me voy de viaje hoy. No digas nada. Ya lo decidí.

–¿Adónde? ¿Te volviste loca?

–Al contrario, me siento bien, –sonreí pensando en el sobre dentro de mi cartera.

–¿Pero dónde vas? ¿Pediste licencia?

–Sí Raúl. Salgo de la oficina derecho al aeropuerto, viajo a Machu Picchu y no sé cuándo vuelvo.

Los demás ya habían parado la oreja y Raúl, el cadete y la vieja secretaria de él se miraron. Había una extraña pesadez en el aire y mis manos volvían a temblar.

Al salir del trabajo estoy más serena, como el suicida que comprende que no hay vuelta atrás. La vida seguirá su curso hasta encontrarse con su destino.

Camino a su casa respiro el veneno del aire y empiezo a correr para llegar primero.

Abro la puerta y el aparador me mira. Dentro brilla el botellón con el vino especiado que tanto le gusta. Receta de mi abuela que no he compartido con nadie.

Me sirvo un poquito en la copa verde. Parece que le he puesto demasiado cardamomo y clavos de olor. Le agrego jengibre y más miel así se entremezclan los sabores. Vuelvo a probarlo...

—¡Estás delicioso!, y sabés, ¡esta es mi última oportunidad! Dejo la cartera en la cocina.

Cuando escucho el ascensor ya estoy preparada. Reclinada en el sofá del living, las piernas cruzadas mostrando hasta el calzón negro de encaje, los pezones erectos, libres sin el corpiño en la camisa transparente. Enciendo el cigarrillo y aspiro el humo. La fragancia de mimosa se desprende de mi piel. El vino, las fragancias sutiles y yo, sé que lo pueden. Entra, impecable en su traje gris.

Su mirada me perturba.

Brilla el deseo en sus ojos cuando se inclina para besarme y huelo el inconfundible perfume de la otra. Él roza, con suavidad mis pezones que responden a su caricia. Parece desconcertado cuando dice:

—Chiquita ¿podemos brindar antes con ese exquisito vinito tuyo? y por tu viaje también.

—Primero dale unas pitadas al cigarro, es de lo mejor. ¿Quién te habló de mi viaje, Raúl, algunos de los chismosos de la oficina?

—Sí, fue Raúl. También comentó que estabas rara hoy. Yo pienso que un tiempo separados nos hará bien a los dos. Me puse contento por tu partida.

—Claro cielo, nos hará muy bien. Necesitamos un cambio.

Voy a la cocina, temblando de pies a cabeza, ¡lo deseaba tanto! Entibio el vino, abro la cartera y vacío el contenido del sobre en la copa roja. Al volver, tomo su cara y ávidamente le doy un largo y profundo beso.

- ¡Choque y hasta el fondo! –Digo con alegría.
Bebemos... él comienza a balbucear como un bebé.
–¡Vinito especiado– especial que preparaste para mí!
–¿Brindaaaaamos por, por, por, tu viaje?
–¡Por el tuyo mi amor!...

EL CÍRCULO DE LA EXISTENCIA

La tribu estaba dispersa. Los hombres, aún los ancianos, hacía ya muchas lunas que habían partido a luchar contra los invasores. Querían arrasar los bosques, depredar la selva y contaminar los ríos. Allí estaba su alimento, sus dioses y la tumba del SABIO cuya cabeza era una serpiente verde. Mujeres y niños serían reducidos a una ignominiosa esclavitud. Partieron decididos a entregar sus vidas antes que eso sucediera.

Eshahí, la hechicera, desde su escondrijo los había escuchado. Debo regresar al campamento y dar aviso, murmuró. Caminó varias jornadas hasta que divisó el humo familiar de la tienda donde se cocinaban los alimentos. Desde lejos escuchó el canto de las mujeres.

–Ten cuidado de las cosas de la tierra.

–En la espera, haz algo: siembra semillas, planta más árboles..., así tendrás qué comer, qué vestir, qué beber...

Eshahí tiene miedo. Imágenes de muerte la acechan. Los espíritus de los antepasados han empezado a cantar en sus voces. Al llegar, las mujeres se reunieron a su alrededor. Querían saber de la guerra, de los invasores y de sus hombres.

Ella respiró hondo antes de hablar y sus palabras fueron como el graznido de un pájaro herido de muerte. Lo que dijo, sonó a un mandato.

–Las mujeres de muchas tribus tomaron la decisión de no parir hijos para no dar esclavos a los enemigos.

Tinshái sintió un escalofrío. Recordó a su marido en noches de amor bajo las estrellas tomándole los pechos, husmeando su sexo y diciendo: –eres una wahine valiente y parirás a mis hijos que serán guerreros

bravíos y hombres sabios. Cuando llegue el momento sabrás qué hacer aunque yo no esté contigo.

—El amor es sólo una imperfecta aproximación de la cercanía. Estamos tan solos los seres humanos, aprisionados en nuestras propias confusiones, temerosos de mostrar la delicada sangre y lo delgado de la piel.

En esas cavilaciones andaba Tinshái y se movía por la tienda como esas personas que andan cuando sueñan. Distraída y triste. Ahora llegaba la hechicera a decir que no debían tener niños.

La desolación y el silencio de las mujeres eran un grito, un llanto que escondían en las entrañas. Tinshái bajó al río. —Aquí nos bañábamos. En la orilla hacíamos el amor... pero el hombre se nos escapa, se desliza entre los dedos como pez en río manso. Lo esculpimos, lo tocamos, le damos aliento, lo anclamos entre las piernas y aún sigue distante, su corazón está hecho de otro material. Me parece que los hombres ocultan el amor por miedo. ¡Tantas caricias faltan! Tiene que volver... su imagen cuelga como una región en bruma y soledad. Confuso es este mundo sin él, hay espíritus silenciosos de tiempos idos, hay hijos paridos, hijos por parir...

Varias lunas más pasaron sin que volvieran los hombres. El tiempo, veloz como el águila, corría y debían tomar decisiones. El plazo estaba por vencer. Algunas, esperanzadas, se encaramaban sobre las rocas más altas y desde allí, desde la altura del monte, miraban la cabellera del río, el cuerpo extendido de la selva y el horizonte donde despuntaba el alba.

El final se acercaba. Trataron de que sus hijos, felices e ignorantes, siguieran jugando: el juego de pelota al aire, su predilecto.

La tribu, como todas, tenía su secreto: Un fruto rojo, brillante, redondo y volador al que le ataban una fina cuerda que se sujetaba a la cintura del jugador. Cada madre los sostenía con otra cuerda más gruesa para poder bajarlos cuando lo desearan. Así los chicos volaban por el espacio jugando a la pelota y hasta haciendo goles a los contrarios. Nunca querían bajar, ni siquiera a comer. ¡Los embelesaba la sensación de volar!

Las embarazadas tomaron sus brebajes para abortar. Los charcos del campamento se llenaron de sangre. Ya estaba próxima la luna llena. En esos días, mimaban y acunaban a sus hijos y parecían tener alas para abrazar el mundo.

Eshahí habló con ternura escondiendo su dolor: –Niños, ya conocen el juego de la pelota voladora. Triunfará aquel que sea el primero en llegar a la luna. Ella los acogerá con alegría. Hace tiempo que los espera a todos. Allí jugarán para siempre. Vuestros padres les regalarán la eternidad...

Flacas, ojerosas, con miradas de animales perseguidos, preparaban los largos hilos con la pelota bien sujeta en el extremo.

Los pequeños, corrían y reían jubilosos, esperando que, como un fantasma enigmático y bello, apareciera la blanca luna llena.

Esa noche, cada mano temblorosa entregó el hilo mágico a su hijo. Algunas mujeres multiplicaban el martirio. Uno, dos, tres, cuatro, muchos hilos.

Los vieron subir y subir. Los alentaban desde sus entrañas desgarradas. Cuando Eshahí dio la orden, manos crispadas cortaron el cordón umbilical.

Todos los ojos miraron al cielo hasta que vieron las sombras de sus hijos en la luna. Recién entonces pudieron llorar.

Tinshái pensó: –uno tiene que violentar su propia naturaleza, recurrir a la violencia porque la vida es violentada constantemente. No se toman decisiones porque a uno le guste la idea de sufrir o de morir antes de tiempo.

Las luciérnagas revolotean alrededor de los árboles, mis hijos se fueron pero me siento preñada por última vez y atrapada en un telar de mariposas blancas. Soy mariposa, lento gestar de frutos, corola de azahares... Yo que debí entregar a mis hijos, negarme a ellos.

Los invasores ya no tendrían esclavos... ¿Y ellas?

A ellas se las tragará el río de la larga cabellera...

Mientras, en otro lugar, en una ciudad cualquiera, olvidada ya de sus raíces, la gente va al shopping. Codicia y dureza metida en el alma. Hacen cola para el cine, para comprar el plasma más grande donde idiotizarán a sus hijos. Beben una coke, comen popcorn y miran el film. Violento o siniestro. Salen de ese útero y siguen viviendo su fantasía. No miran a sus costados. No miran la luna, no ven las sombras en ella. ¡No quieren ver las sombras que hay en el norte o en el sur, pidiendo un plato de comida, un vaso de agua!...

RAÍZ Y FANTASÍA

Fue cuando el tren de las nubes, regresando a Salta y en su única parada, llegó a San Antonio de los Cobres. Nevaba con un gran cansancio blanco. Las autoridades del pueblo, limpias y engalanadas, aguardaban para izar la bandera y cantar Aurora ¡Dios, yo no lo hacía desde mi niñez!

Me había desprendido del grupo de los descompuestos y de los que fotografiaban hasta el aire denso que respirábamos a esas alturas.

Estaba sola, bajo la nieve, mirando desde lejos al gaucho que, al galope venía hacia nosotros. Caballo blanco, poncho rojo ensangrentando el viento. Las lágrimas se congelaban en la cara.

–¡Viva la Patria carajo! –Gritaba el jinete. Y fue galope y aullido el tum tum de mi corazón.

De pronto un niño, un coyita del lugar, enclenque, harapiento, mocos congelados y viejos como mis lágrimas, se acercó a pedir unas monedas. No las tenía, no podía dárselas. Ya las había gastado todas. Entonces le ofrecí un caramelo.

Súbitamente se corrió la voz y de buenas a primeras me encontré rodeada de un enjambre de pequeños que exigían su dulce.

Terminadas las golosinas hice el gesto de manos vacías pero ellos no se iban sino que empezaron a formar una larga fila y, ofrecí entonces dibujarle a cada uno su caramelo. Los pedían de menta, de miel, de frutas, redondos, ovalados, grandes o pequeños. En cada manito cuarteada de mugre y frío, piel de cuero quemada, quedó estampado un sueño.

Allí en medio de aquel alboroto, a los dibujos le siguieron los besos más dulces y sentidos que haya podido dar en la vida.

La larga fila se mantenía esperando ser besada, cuando, de pronto, un coyita, medio muerto de frío me mostró el caramelo dibujado con tinta verde en su mano derecha.

–Este me lo hizo el señor intendente, el de la otra mano es el tuyo, dijo muy serio.

¿Cuál era más rico?, –pregunté.

Levantando su mano derecha contestó: Este era muuuy ácido.

PÁJARO HERIDO

Hay un pájaro herido en mi frente que vio huir tus miradas. Se escurrían para contemplar otras piernas, otras frentes... Dispersos por aires mudos, tus ojos eran silencios inútiles que mis sedosos hilos no podían contener. Tu aliento respiraba nubes de frío y tu oscuro corazón sin sangre que en otro tiempo se ocultó en mi carne, no veía, no podía ver mis manos abiertas enredadas en humo, esperándote.

Los dedos de hielo no quisieron consolar al ave herida y quieta en mi frente. Hojas de carne perderán los árboles porque ha venido a posarse en mí un pájaro herido. Un destino veloz y superficial marca tus días y has de seguir así.

Yo soy un pájaro herido. Para ti hay tres cuchillos que se afilarán con tus días y en todas tus esquinas. Se hincarán tan hondo en tus espejos que han de sangrarte hielo los costados.

ADOLESCENCIA

No me pregunten si leo, canto o escribo. Estoy ocupada amando.

No me vengan con reproches de lo que hago o dejo de hacer. No pretendan que cocine, teja o vaya por los mandados.

Soy adolescente, tez tersa, energía renovada. Soy adolescente y estoy ocupada amando...

TE CUENTO UN SUEÑO

Estoy de regreso, he llegado hace poco. Me durmieron con un cuento y me he despertado con un sueño. Voy a contarte mi sueño. ¡Bah! Lo que me acuerdo de él. Hay silencio con música suave, no siento opresiones, ni sinsabores. No hay redes, ni trampas. NO HAY MIEDOS...

SECRETO

El secreto del secreto es el secreto. Si una palabra se suelta, ¡chau secreto! Sé que ellos lo saben. Ellos saben que lo sé. Sigue siendo secreto mientras el silencio acompaña.

¡Se suicidó y punto! Surgen serias dudas, siempre alguien las siembra, además de sugerir algo sin sentido. Cuando pregunto, responde el silencio. Siento pena ¿Será verdad lo del suicidio?

El semblante del ahorcado es sugestivo; la situación, siniestra. Las soluciones superficiales suman dudas, porque el seguro de vida es suculento. Seguiré pensando en el sinsentido del secuestro y el suicidio. Sobre todo en el secreto.

HALLAZGO

Hoy he descubierto en un castillo abandonado sobre la arena que el mundo es algo más que las estrellas. Que el rumor del mar cobra sentido cuando un mar interior lo alimenta y, que un cielo nublado puede ser También verdadero...

LOS LOCOS

Amo a los locos, ellos hablan con la luna y mientras todos duermen se abren las venas o se arrancan el corazón y lo ofrecen tiernamente.

MARÍA GRACIELA JAIME IRUSTA

EDITH MIGLIARO

Hemos leído que, al parecer de expertos ¿en literatura o en la rentabilidad que de ella se puede obtener? debemos, según las preferencias del público, escribir de determinados temas, en determinado estilo, determinada cantidad de palabras, esta indicación de los versados de la industria es aconsejada para no caer en el olvido ni quedar fuera del circuito, dando por sabido lo que los otros, la gente, nosotros sentimos al escribir o al leer.

¿Sabrán estos intelectuales caballeros lo que cuesta cada intento de cuento, relato o poesía? ¿Podrán creer que algunos sólo escribimos por placer? En realidad es más que placer es arte incontenible, para otros, válido también, la ilusión de ser famosos, y para otros no dejar que se mueran en el alma sentimientos y traducirlos en palabras, en historias, esas vivencias que quizás al verlas plasmadas por escrito nos den la posibilidad de representar emociones escondidos que muchos tienen. Sólo se trataría de compartir lo que tenemos para decir con los que quieran oír.

Como siempre me tomo la licencia de dedicar este espacio que me enseñó Marta, a mi adorada nietita Lara y mi nietita del corazón Malena y para vos Gordo, donde quiera que estés.

EL PUEBLO VACÍO

Fernando era el ejecutivo con más posibilidades de ser nombrado vicepresidente de la cadena de hoteles en que trabajaba hacía veinte años, no solo por su excelente preparación académica sino por su desempeño en la empresa a la que hizo aumentar considerablemente las ganancias. Sabía que su divorciado en no muy buenos términos con la hija del presidente podía perjudicarlo.

A pesar de ello y para su sorpresa fue nombrado casi por unanimidad.

A los pocos días de asumir lo comisionaron para supervisar la compra de una propiedad en un pueblo de la costa, la que sería destinada a un nuevo hotel. Debía inspeccionarla, cosa poco habitual, ya que la documentación era controlada por el departamento legal y un estudio de mercado confirmaba los beneficios de la inversión. Dejando las dudas de lado viajó el viernes y se dedicó a descansar antes de cerrar trato.

Llegó a la madrugada del sábado al hotel donde tenía reservaciones. Durmió hasta tarde y decidió dar una vuelta y preguntó por la calle comercial.

El primer negocio que vio era una sastrería pero en la vidriera solo había maniqués desnudos al igual que los estantes del local, en el siguiente, una zapatería con vidrieras igualmente vacías, en el interior se podía ver pilas de cajas cuidadosamente ordenadas. Una clienta tomó lo que el empleado sacaba de una de ellas y se probó un zapato invisible.

Confundido ingresó a un restaurante y ocupó una de las mesas desocupadas, sus nervios le estaban jugando una mala pasada. Pidió la carta y ordenó. El mozo regresó con la orden, puso un pocillo de café, un vaso, una azucarera y un gran plato, todo perfectamente limpio y vacío.

–Señor éstas son nuestras afamadas medias lunas.

Fernando atónito comenzó a observar a los otros comensales, todos muy animados conversaban y degustaban trocitos de aire. Pagó y se fue.

Al día siguiente comió algo en el hotel y fue a la playa.

Mirando desconfiado todo a su alrededor, los médanos eran reales, el mar normal, quizás fue un mal sueño pensó.

El lunes le avisaron que lo buscaban en la recepción. Bajó a encontrarse con el apoderado, un hombre alto, fornido y totalmente calvo, fueron directamente a inspeccionar la propiedad, debían hacerse algunos arreglos pero sería una buena inversión.

En la escribanía firmaron y entregó el cheque, el hombre propuso festejar la inversión.

Se dirigieron al mismo restaurante del día anterior, Fernando les sugirió ir a otro pero los hombres insistieron, otra vez la escena de la comida fantasma, sus compañeros parecían no notar nada extraño.

Volvió a su habitación, guardó todo rápidamente en la valija, pagó la cuenta y se fue.

En la gerencia todo era un caos, los empleados murmuraban algo sobre un pueblo que no estaba en los mapas.

Comentaban que el nuevo vicepresidente, apodado “El gigante pelado”, nuevo yerno del presidente no creía en la inverosímil historia que Fernando había declarado ante la Policía.

TE ESTOY VIGILANDO

Si supiera diría que secreto encierras, te persigo, te acoso, me ignoras, me eludes me dejas sufriente.

No importa siquiera que huelas a lilas, se lo que ocultas, no finjas conmigo, quisiste engañarme descubrí tu mirada, revelé tu jugada.

No es lluvia son lágrimas lo que rueda en tu rostro. Si conociera el secreto de la verdad permanente, de la dicha supuesta, del amor, del placer de saber disfrutar una mañana sin culpa, de mirar en la noche más allá de la sombra.

Si pudiera no pecar de ignorante, vida, te descubriría.

SOÑÉ

Estaba en la orilla, el viento era suave. Del horizonte se propagaba una luz rara, muy rara. No era el sol mucho menos la luna.

Clavé mi mirada, desafié la partida.

Pensé, tome conciencia de mi ser y poco a poca mi humanidad se elevó de la playa.

Me sentí una libélula, mi cuerpo sin forma flotaba, rondaba, giraba en el aire.

Perfume de paz.

RECUERDO

Sacó un libro de la biblioteca y de él cayó una foto, en la que un grupo de gente posaba feliz, entre los que se podía verla con su cabeza apoyada en el hombro de un muchacho que la abrazaba cariñoso.

–¿Y esta foto? –preguntó el marido recogiénola del suelo.

Nerviosa se la arrebató y la guardo. –Nada, una foto vieja, un recuerdo.

–No parece vieja.

–Las fotos digitales se conservan bien –comenzó a decir pero calló.

Pensá lo que quieras, ya no me importa, ahora estamos a mano –se dijo.

DIÁLOGOS DE MADRUGADA

Caminaba rápido por la avenida interna del predio, se había demorado más que otras noches.

–Este trabajo me resulta peor cada noche ¿Se podría renunciar? – Jamás lo había planteado, sabía la respuesta.

Una rama demasiado larga de un rosal le desgarró el pantalón.

–Otro siete, pronto se quedaría en harapos –pensó y aceleró el paso.

Las veredas transversales eran angostas y a sus veras morían irremediablemente miles de flores, dejadas por manos angustiadas, arrependidas o rutinarias. La callecita siguiente era la suya. Le molestó ver a alguien sentado en su lumbral.

–Es Cacho –se tranquilizó–. Es reiterativo, relata cada noche como si fuera la mejor de su vida, es decir de su muerte, no perdió la capacidad de asombro, es como un nene pero buen muchacho.

–Hola Cacho ¿Qué tal?

–No sabés, una noche genial –y sus palabras eran un torbellino– Estuve en un bar, un concurso de vodka, me llamó la atención que eran todos pibes, no más de veinte años, competían quien aguantaba más.

–¿Y?

–Bueno, por ahora nada. A tres se los llevaron en ambulancia, sólo tengo esperanzas de que venga uno. ¿Viste que adelantada la medicina en el coma alcohólico? Antes era más fácil. Después fui a una fiesta privada ¡Qué lujo! No sabés, parque iluminado, mesas con manteles de seda, unas minas, los tipos todos empilchados y de los otros, los raritos. Había de todo para comer, para chupar y para darse un toque ¿Entendés?

–Sí, entiendo, pero otra vez con eso de raritos, ya te dije, es una elección. Dale ¿como si en nuestra época no hubieses conocido a ninguno?

–Pero no era tan evidente.

–¡Eran más hipócritas dirás!

–La cosa es que empezaron alegres, decían que volaban y volaron. Los dejé en admisión.

–Hola– dijo otro

–¿Y cómo te fue?

–De lujo, tres: dos chorritos y un poli.

–¿También en admisión?

–No, cuando hay armas tardan en traerlos.

–Y yo –dijo otro. –Cinco en un solo choque, todos pibes, cada vez traemos más jóvenes, ¿Servirán para este trabajo?

–¿Y a vos que te pasa, Tito? –le preguntaron a uno que se había quedado fuera del círculo de conversación.

–Una mamá, el bebé también lo tenía que traer, pero el padre lloraba tanto que me hice el apurado y lo dejé.

–¿Sabés que se dan cuenta?

–No me importa, que me van hacer ¿echarme, matarme?, de la villa me traje dos fumadores de paco, pero te juro, mañana me traigo al guacho que se los vendió.

–Y vos Susana. ¿Qué trajiste?

–Nada.

–¿Otra vez? ¿No entendés que estamos para esto? Nos vas a meter en líos todos, estás como Tito, esto nos tocó.

Intervino Cacho –los suicidas estamos para este trabajo, es la Ley.

–¿La Ley, y quién puso esa ley? Cuando a ellos se les ocurre nos tildan de cobardes, nunca van a comprender que a veces es la única y la última salida.

–Yo no me suicidé y estoy acá.

–El cigarrillo y el alcohol ¿No es una combinación suicida en cuotas?

–Te quiero a ver a vos, viudo con cuatro hijos, sin trabajo.

–Silencio, ya llegan los trabajadores.

Y cada uno corrió a su lugar.

Los empleados del cementerio se quejaban del sueldo y planeaban un paro. Mirando alrededor, uno comentó:

–¡Estos sí que ya no tienen problemas!

SOBERBIA

La gran casa está en un silencio sepulcral, la dueña sentada en el living, en el majestuoso sillón esquinero de cuero blanco frente LCD de 48 pulgadas apagado. Desde la puerta de la cocina, Romina, la mucama pregunta:

–¿La cena para cuatro? –con su habitual altanería.

–¿Qué?

–¿Que cuántos vienen a comer?

–Todas las noches la misma pregunta. Los de siempre.

–¿Los de siempre? Nunca son los mismos, el otro día cociné para cuatro y cayeron los mocosos malcriados con sus amigos y terminé cocinando para catorce y otro día ni usted estaba.

–Lo de mocosos malcriados te lo guardás.

–Perdón doña, me olvidé que ustedes son muy finos, y amarretes porque cada vez compra menos comida y de paso acuérdesese de pagarme el sueldo, si se puede llamar sueldo.

–Qué atrevida, no me digas doña, ni yo sé porque no te echo.

–Porque después de tantos años me tiene que pagar un fangote, ya averigüé.

–Qué avispada para algunas cosas y tan tonta para hacer bien el trabajo.

–Hago lo que puedo– por lo que me paga, menos tendría que hacer.

–¿Por qué discuto con esa maleducada? –se dijo para sí–. Vaya no haga nada, yo no voy a cenar.

–¿Y el resto?

–¡Qué dura que es! El señor tiene una reunión con sus colegas, Rocío, no sé. Pero da igual –pensó ella nunca come debería hablarle –y Joaquín tiene ensayo con su banda de drogadictos, gracias a Dios el no consume –¿no consume? Se preguntó para sí.

–Disculpe que me meta en lo que no me importa pero a mí me pasa lo mismo allá en mi casa, los pibes se me van de las manos y el otro, mi marido digo, me mete los cuernos.

Por un momento deseó llorar a gritos, sentía la necesidad de hablar con alguien, su madre no la entendería, sus amigas no sabían guardar un secreto y sería el tema de conversación en la próxima partida de tenis y no quedaba nadie más con quién hablar. Que esa mujer ignorante y simple sin filtros que decía la verdad cruda. Que ganas de abrazarse a alguien y llorar. Pero no podía, no debía.

Lo único y último que me falta es que la sirvienta me trate de igual a igual.

–Vaya a la cocina y limpie los vidrios ya ni se ve el jardín.

Y Romina se fue mascullando: –tan sucios como tu vida, tarada. Después de tantos años le tenía cierto aprecio.

–¿Qué dijo?

–Nada señora, nada.

PIENSO

No ve más allá de su propia sombra pero no es egoísmo es ignorancia de la que no nos liberamos estudiando sino caminando la vida, desentrañando la telaraña de nuestras propias limitaciones.

PROTAGONISMO A

Alto abatimiento en la Asociación Argentina de Actores por el asesinato de la afamada actriz adolescente Aurora Álvarez, hallada acuchillada en su apartamento de la avenida Alvear de Acassuso.

El cuerpo estaba acostado en uno de sus aposentos, manchas de sangre alfombraban toda la habitación. Averiguaron las autoridades que era amante de un abogado, actualmente apartado de sus tareas, el que también fuera atacado y se haya agonizante en la clínica de Los arcos.

En el ambiente se hablaba de la depresión de Aurora al anoticiarse que su amado era casado y había hallado anónimos amenazantes ayer.

Ahijada de un Almirante retirado, acudió a él por ayuda, él que para su protección le aconsejó acompañarse de un arma automática.

Al anochecer varios vecinos alarmados por gritos vieron asomados a sus balcones un auto Audi azul aparcado en la entrada.

Se ha citado atestiguar: el almirante, los vecinos y algunos amigos de la atormentada actriz.

Se pudo averiguar que fue apresada la esposa del abogado. Se sospecha que aparentemente los mandó a atacar angustiada por el amorío que habría declarado que estaba asombrada de la muerte, pero al halladas sus alhajas en poder de un asesino a sueldo de origen alemán.

–Ay, mi atormentada ahijada, ¡qué angustia! –aclamaba a alaridos el Almirante.

Los admiradores lloran la admirada adonis. La acusada es declarada alocada e internada en una asociación mental.

SIENTO

Lo mismo que te da la más absoluta alegría, te destroza el alma con un dolor inimaginable. Lo maravilloso que ese mismo dolor se volverá a transformar en alegría. Es el círculo infinito de la vida.

Y CAMINA TODAVÍA

Seducía su guitarra con canciones clandestinas, robaba pensamientos de terceros ignorados y poco a poco se fue haciendo conocido, indispensable, aire interrumpido. Se colaba entre las rejas acariciando humanidades. Nombre, nombre propio y nombre ajeno trovador de desconsuelos, decidor de tonterías. Fue nieve en el desierto, luna en pleno día, navegante de las pampas, volador de cielos gringos, contador de historias de distintas dimensiones, verdades de verdades, verdades de mentiras, mentiras de suspenso, contaba relatos extravagantes de tan raros; impenetrables. Era alto, libre, colibrí de muchas flores, alfarero de engaños, pensador de ilusiones, ilusiones que vendía por dos besos. Se creía mensajero de los bosques en los prados, en las flores, en los llantos, suspiraban los que oían su cantar de ramas viejas, meditaban los que seguían sus votos de locura, rezaban los ateos entendiendo su mensaje, de paz de gloria y de ocaso, hablaba de tristezas disfrazadas de sonrisa, caminante de las almas que encontraron su gemela y de otras no tan listas que estrujaron su destino y se perdieron en la selvas. Selva Hecha de cimientos, torres altas y abogados, gris, fría, imperturbable, tapizando obscenamente a la tierra escondida de vergüenza y de olvido. Alegró muchas veces noches muertas, consoló amaneceres en camas incorrectas, se creía sacerdote pero no quería predicar con el ejemplo, se reía de las normas de las leyes y de las sombras.

Cabalgaba apasionado los costados de la ética. Invulnerable e irreverente se hizo famoso canturreando por el mundo sus recados de enhorabuena. Conoció gente experta en conmovier hasta las piedras, la vida le robó los dos diamantes que tenía, un pájaro imperfecto los hizo

polvo en un segundo. Hippie, drupi, dragoñante conocía las ventajas de ser rebelde de conciencia, solitario melancólico y risueño. Voló bajo y rasante a centímetros del suelo. Embajador de ilusiones, colgando de las nubes refugiado de los truenos caminaba casi ciego por los sueños de otra gente tan distintos, tan lejanos, olvidado de los tiempos.

ALEGATO

—Pido la palabra, esto es inadmisibile, inconstitucional, improcedente, y cualquier otro in que se les ocurra. La jubilación es un derecho solo exigible a quienes han trabajado toda la vida, como yo, que llevo once meses de ardua tarea legislativa y ya hace seis que inicié los trámites. Pero no los protagonistas de los cuentos, por favor, qué locura. Por ejemplo, el lobo que se hace llamar “feroz”, que solamente se atrevió a comer a la abuelita y a Caperucita pero jamás al leñador. Ni qué decir de Blanca Nieves que vivía en un palacio, después a costas de los enanos y ahora que se consiguió un marido millonario que la tiene como una reina, o la Cenicienta, que limpiaba todo el día, ja, si estaba todo lleno de cenizas y ratones. Y los súper héroes, que inmoralidad, el Hombre araña que debería ser acusado de apología del delito, o no recuerdan los robos que se han cometido imitándolo, y que me dicen de Superman que no tiene escrúpulos de unirse a los gremios y parar trenes y romper puentes entre otros atropellos. Batman y su batimóvil, no hay ni un solo registro del pago de patente, circulando siempre a exceso de velocidad y estacionándose en cualquier parte. Ni que hablar de Gatúbela, que se queja de haber sido abandonada por el hombre murciélago pero todos sabemos sus andanzas con el Guasón, Acertijo y hasta el Pingüino. Una auditoria de la AFIP eso es lo que se merecen. Me gustaría saber si pagaron ingresos brutos de TODAS las ganancias del marchandais, figuritas, remeras, muñecos. etc. etc. etc.

Yo los espero en mi despacho para que me den alguna razón de PESOS para apoyar la moción.

EDITH MIGLIARO

PATRICIA MOLTEDO

Me propusieron como casi siempre que escribo que armara un prólogo, pero que significa, veamos, prólogo: Palabra que apareció hacia 1438, proviene del griego, lego = yo hablo.

Entonces es lo que hacemos cuando escribimos, hablamos, contamos y os cuento que cada palabra es una estrella que tiene un lugar, un porqué allí, que en otro sitio tendría distinta función o no la tendría, por lo que no debería estar. Cada sonido tiene una razón en ese asentamiento. Que está rodeado por pequeños y grandes cuerpos celestes, que no deben entrechocarse, deben estar en armoniosa compañía, tienen una historia y una performance, una relación entre culturas e historia de la humanidad, todo en una pequeña palabra, y no deben hacer ruido, sino formar y armar la más hermosa melodía, donde se arrullan los sueños y los deseos, deseos mimetizados y disfrazados para no asustar ni asustarse y salir huyendo, interrumpiendo la música, que no es porque sí, ni vana, como dijo un grande. Es grillo y es sabio, sepámoslo. Volemos sin alas, pájaros e insectos, de una exquisita beldad, producto de nuestra mente, siendo uno, animal, lumen, energía y eternidad, sonido y piedra.

Este soliloquio, repleto de historias, de palabras, de inconsciente, de gozo de subir y bajar por la lengua del Cervantes, del gran Manco de Lepanto. Tan solo ello puede llevarnos a querer saber y navegar por aguas turbulentas, oscuras arenas y fríos soles, o tal vez... no.

Dueños de uno o varios firmamentos, seamos responsables de ello, veamos donde ponemos cada uno de nuestros candiles. Tamaña empresa, nos desafía, algunos miramos hacia otro lado y seguimos arruinando el material, otros nos sumergimos sesudamente en el mar de la escritura, otros, lo dijimos, escapan, razones no les faltan...

CAPITANO

El barco está por zarpar, por la explanada suben cargando sobre espaldas de bultos y objetos, mercadería, que será llevada por el mundo. En

las cabezas, sombreros de cono ancho protegen del sol y de ver sus ojos y acaso leer sus miradas, de chinos, cerrada. El capitán apoyado sobre la baranda muy de rato en rato atusa su bigote y observa pensando quién sabe qué. El bordó de las cajas chinas, se imprimen en su recuerdo, lleva también sombrillas características de este pueblo, él no sabe que acompañarán el cuerpo de su hija más chica cien años después en un mundo distinto e igual. Cajas chinas enigmáticas, y gastadas, la carga sigue, el sol se pone.

ACÁ, NO PASÓ NADA

Capítulo 1

Personajes:

Aurelio, el abuelo. Mili, la joven. La Cachira, la vieja.

En escena, en una cocina, algo desprolija, la Cachira, de batón, lleva calzas debajo, y zapatillas. A su lado, Mili. Toman mate.

La Cachira: –Mire, Chica, a mí no me engaña, si se siente mal, por algo es. Fue al médico. –Toma mate. –Vómitos matinales, no come, se siente gorda y débil. ¡Debe comer! es el momento, –ante la mirada de Mili:

–¡No! ¡No digo nada! la gente joven debe comer. –¿Qué le dijo el médico?

Mili: –Son parásitos.

–¡Parásitos! sí, eso debe ser, piensa. Vaya de Doña Nina, ella se encarga de todo tipo de parásitos, y como dije debe comer.

Sigue tomando mate, pero de pronto, se interrumpe. –Bueno, y dígame chiquita, ¿cuánto hace que no ve al Bautista?

–¿Bauti?... y ahí anda. ¡Déjelo!

–Sí, claro ¿pero ustedes iban a bailar? ¿No?

–¡No! ¡Qué va! Lo encontré en el boliche.

–¡Ah! ¿Y no se habrán encontrado demasiado?

–¡Doña Cachi! ¿Qué quiere decir?

–Nada, pero hablamos de parásitos ¿no?

–¿Y?...

–Vaya de Doña Nina, no más, con ella puede hablar, ella cura todo tipo de entrevero. El Viejo Aurelio, entrando, su presencia oscurece el clima emocional, como si una tormenta se avecinara.

–¿Parásitos? ¿De cuándo un embarazo tiene que ver con parásitos?

–No, Aurelio, no digás más, para ella son parásitos.

El viejo, mirando fijamente a Mili: –Y dígame, su padre, Mili, ¿Cuándo trae la plata?

–Ya la va a traer.

–El tiempo se achica ¿dónde anda?

–No sé, me voy de doña Nina. (Sale por el fondo, rápidamente).

Don Aurelio, –vaya, y que le saque el parásito. Ya tenemos bastante para atender. –Mirando a doña Cachira, –la tendríamos que mandar a trabajar, parece que le gusta. –Riéndose: –a vos vieja, hace rato que no te da el cuero.

Doña Cachira: –no se confíe, puedo dar delicias, todavía.

Don Aurelio: –¡muy desahuciado, ha de estar!

Doña Cachira suavemente, –hasta muertos, levanto.

Don Aurelio: –Sí, claro, ahora es zombi. –Ríe sonoramente.

Doña Cachira: –¡Viejo de porquería!... (De fondo las carcajadas de Don Aurelio.)

Capítulo 2

Personajes: Mili. La Cachira, la vieja. Lara, la vecina

Escena en la puerta del rancho:

La Cachira: –¿Y? –Con voz aguda– ¿Cómo le fue con la Nina?

Mili –Bien, me revisó, me espera el viernes, quiere que vaya al médico.

La Cachira: –¿El viernes? ¿Al Médico? ¿La revisó?

Mili: –Es para decir algo, ¿Es que no oyó? Me hizo preguntas y me tiró las cartas.

La Cachira: – ¿Y?

Mili: –No le gustó lo que vio. Igual me dio un té. Me salió \$200.

La Cachira: –Viste, te salieron caro lo parásitos.

Mili: –Igual, estoy igual.

La Cachira: –Ahí viene Lara.

Lara, mujer con importante sobrepeso y ropa apretada. –¡Hola! ¿Qué cuentan?

La Cachira: –Sin novedá en el frente. ¿Un mate?

Lara: –Con azúcar.

La Cachira: –Y vos ¿Qué contás?

Sorbiendo el mate, Lara: –No, nada. La calle está dura, pero la vieron a la Mili.

–Sí, ¿Y? –La vieron salir de la Nina.

Mirando fijamente a Mili, la Cachira, en un tono displicente: –Sí, esta chica, con los parásitos me tiene loca.

Lara: –¿Parásitos?

La Cachira: –Bueno, ella está con esa idea fija, pero anda bien. ¿Y tu trabajo?

Lara: –Bien, ¡bah! Como siempre, el Francisco como si nada, pero yo paro la olla. Y no la paso tan mal. Gracias al Aurelio, hay que decirlo. Pude entrar en la trenza. Y decime la Mili, ¿Para cuándo?

La Cachira: –Si el padre no paga, va a tener que trabajar.

Lara: –Yo le puedo presentar a alguien, como para empezar...

Deja flotando la idea. –Mili se acerca repentinamente y grita, fuerte y claro: –¡No quiero!

La Cachira: –Bueno, bueno, vamos a ver, hay tiempo.

Lara: –Sí, claro... –evasivamente.

La Cachira: –Mirándola de soslayo a Lara. –Vos no digas nada, ya vamos a ver...

PINCELADAS COTIDIANAS

Personajes: Bisabuela: Doña Delia, 74 años, viuda. Abuela, Graciela, 53 años, separada.

Hijos de Graciela: Mariela 34 años. Leandro 25 años.

Hijos de Mariela: Catriel: 12 años. Martina: 3 años.

Ubicación: Casa americana, que ha conocido mejores tiempos. Es un hogar de clase media.

Escena: Cocina-comedor, con un ventanal que ilumina ampliamente el lugar de colores claros, por donde se vislumbra un fondo con mucho verde esmeradamente cuidado.

Entra Doña Delia, con una bolsa de jabón el polvo. Viste un jogging limpio y planchado, de color celeste, pero, algo gastado.

Por otra puerta, ingresan Catriel y Martina. Catriel lleva carpetas y libros. Con pantalones cortados a la pantorrilla y a mitad de la cadera como caídos. Su pelo está revuelto, ni rubio, ni castaño, su piel es color arena quemada, con pecas y ojos castaños claros. Martina lo sigue, como una sombra, curiosa. Viste una blusa primorosa y un enterito de jean. Cabello negro, de ensortijados mechones, su piel blanca y sus ojos azules la hacen muy llamativa.

Doña Delia: –¡Chicos! ¡Siéntense! ¡Ahí! –Completando la frase, –¡Y no molesten!

Catriel: Apoya los útiles en la mesa y comienza a hacer sus deberes. Martina, le está encima.

–¡Nene! préstame.

–Marti, tengo que trabajar en esto.

–Nene, préstame.

–Bueno, tomá, pero, no molestés.

Doña Delia: –Catriel, préstáelo.

Catriel-Si yo se lo presto, Abu.

Doña Delia sigue con su labor, prepara la merienda y le comenta a Catriel: –Ya la ropa se está lavando.

Martina a Doña Delia: –Abu, ¿Y mamá?

–Ya viene está trabajando.

Martina: –Abu...

Doña Delia: –¿Qué?

Martina: –Estoy aburrída.

Doña Delia: –Hablá ¿Qué querés?

Martina: –Ir a la plaza.

Doña Delia: –Ahora no podemos, ¿No te gustaría tomar la leche con chocolate?

Martina: –Bueno. –Acepta con desgano.

A Doña Delia, que prepara la leche. Martina: –Abu, ¿Y Graciela?

Doña Delia: –Ya viene.

Martina: –¿Dónde fue?

Doña Delia: –A trabajar.

Martina-Abu: Mamá y Graciela ¿Cuándo vienen?

Doña Delia (mirando el reloj) –En cualquier momento.

Se escucha el ruido de llaves y entra Graciela. Está vestida para gimnasia, lleva un bolso. Tiene el pelo teñido de rubio, pero se nota que es morocha, lo lleva sujeto con un coqueto elástico. Corre Martina.

–Gra, Gra, ¡Hola!

Graciela: –Hola, muñeca. –La toma en brazos, se abrazan y se besan amorosamente. Graciela a Catriel: –Hola, ¿Cómo pasaste el día?

Catriel: –Bien, Abu.

Graciela: –Vení, remolón, dame un beso.

Doña Delia a Graciela: –Vení, vení: tomá un mate.

Graciela: –Mami, un beso. –Se dan un afectuoso beso.

Doña Delia trae ropa y se pone a planchar. Graciela ceba mate.

Catriel: –Me voy a mi pieza, ya terminé.

Graciela: –Bueno.

Catriel: –Voy a mirar tele.

Graciela: –Bueno. –Martina juega en el piso, immaculado, con su muñeca. Graciela a Doña Delia:

–Mami, seguro que se pone a navegar por Internet.

Doña Delia: –Y déjalo. –Toma aire y pregunta– ¿Cómo te fue el día?

Graciela– ¿El día? bien, como todos. Pero... –Sonríe. –Lo bueno, es gimnasia, ahí me renuevo. Mira por la ventana, toma mate y mirando a Doña Delia:

–Mami, ¿No te gustaría ir a yoga o a natación?

Doña Delia: –¿Yo?

Graciela: –¿Porque no? tenés el centro de jubilados, ahí hay yoga.

Doña Delia: –Está bien, pero, ¿Y las cosas de la casa?

Graciela: –Largá un poquito, vieja.

Doña Delia: –No sé, puede ser, pero, además están los chicos.

Graciela cambiando de tema: –Mariela, ¿No está tardando?

Doña Delia: –Un poco. –Se escuchan el ruido de un portón y de las llaves abriendo. Entra un muchacho, trajeado y con el pelo bien corto, arito en la oreja.

Leandro: –¡Hola, gente! –Aclara– Má y Abuela.

Doña Delia y Graciela:

–¿Qué tal? ¡Hola!

Leandro: –¡Martí! Cosita linda.

La alza. Martina, lo abraza.

Leandro a Graciela: –Má, me voy otra vez: me reúno con los chicos de la Facu.

Graciela: –¿No comés nada?

Leandro: –Ya comí. Y además, con los muchachos, seguro, vamos a comer algo. –Termina, aclarando rápidamente: –Me cambio y salgo.

(Hace mutis por la puerta que da a las habitaciones). Se escucha que saluda a su sobrino:

–¡Hola, Catriel!

–¡Hola, tío!

Graciela a Doña Delia: –Este chico, no para. –Aclara–. No lo vemos, casi.

Doña Delia: –Así se vive ahora.

Graciela –Tiene que vivir, conocer, hace bien-Reflexiona un minuto: –Que disfrute. Sigue tomando mate. Momentos después, aparece Leandro, Envuelto con una toalla y con el cabello mojado:

–Má, decile a Catriel, que me mire el coche.

(Graciela se levanta y va hacia las habitaciones). Se escucha:

–Catriel, vení. Mirá el coche del tío.

Timbre, va Graciela a atender. Doña Delia sigue planchando. En algún momento, se va a vigilar al lavarropas, que está en el lavadero. (Aparecen Graciela y Mariela. Están sofocadas). Mariela de traje de chaqueta y pantalón, color rosa, polvoriento. Los zapatos son color rojo, también, a la moda. El cabello castaño claro, suelto le llega a la mitad de la espalda. Los ojos son color claros. Las mejillas están entre pálidas, y sonrojadas.

Mariela: –Mami, Mami, ¡Qué susto! Vinieron en una bicicleta.- Repite– ¡Qué susto!

Graciela: –¡Tomá un poco de agua!

Doña Delia, toma un vaso y le pone agua de la canilla, que tiene un aparato de filtro: –Tomá, tomá, querida.

Graciela: –Dijiste: Vinieron en una bicicleta: ¿Eran dos, en una bicicleta?

Mariela: –No, no, me confundí. –Aclara –Eran dos, cada uno en una bicicleta –Y mirando a su madre, –¡Que caras que tenían! ¡Me atacaron, me pegaron, me tiraron al piso!

Graciela: –Bueno, bueno, ya pasó. Tomá un poco de aire. Y te aseguro, que no van a volver.

Leandro, entrando a la habitación, lo sigue Catriel. –¿Qué pasó?

Doña Delia: –Asaltaron a Marielita.

Graciela: –Le robaron la cartera, pero, la tironearon y la empujaron.

Mariela: –Sí, mirá como me dejaron.

Doña Delia: –Andá, cambiate, date una ducha, te va a hacer bien.

Martina, desde su altura: –Mami, mami. –Y llora.

Ahora, interviene Catriel, que estuvo observando todo: –Má, ¿Cómo estás?

Mariela, que abraza a Martina, estira uno de sus brazos para abrazar, también, a Catriel y lo atrae hacia ella.

–Mis bebés, no, no pasó nada. –Concluye –Ya está –respira y se relaja. –Se da un baño y ya está. (Se va hacia las piezas interiores, con los chicos).

Quedan Doña Delia, Graciela y Leandro.

Leandro: –¡Qué hijos de...!

Doña Delia: –¡Nene!

Leandro: –Hacen méritos, Abu.

Graciela, se ríe, nerviosamente, apoyando a Leandro. Leandro, de pronto, recuerda:

–¡Che! Catriel. Y vos, ¿Me miraste el coche? –No espera respuesta, sale a la calle a mirar y vuelve. –Bueno, lindísima gente: me voy.

Doña Delia: –¿No tenés miedo?

Leandro, socarronamente: –Abu, como siempre, estos, por un rato, no vuelven.-Saluda: –¡Chau, Má! (Sale por la puerta de calle).

Graciela: –¡Cuidate!

Graciela a Doña Delia: –No se puede vivir. ¿Y quién hace algo para arreglarlo? Ante la falta de respuesta, se responde: –Nadie.

Doña Delia se pone a hacer la comida. (Da la espalda al público). Se escucha el timbre. Graciela. –Dejá, voy yo. (Desaparece Graciela, yendo a atender. Entran Mariano y Graciela).

Mariano, de remera y pantalón negro, igual que sus zapatos. Cabello ensortijado: Mariano: –¡Hola, familia!

Graciela: –¡Hola! Querido.

Mariano: –¿Cómo están?

Graciela: –Bien, pero...

Con una sonrisa, Mariano: –¿Pero... Qué?

Graciela: –Viste, pasan cosas, que te estropean, un poco, el día.

Mariano: –¡Habla rápido! ¿Cómo que?

Interviniendo, Doña Delia: –Como que te asalten.

Mariano, inquieto: –¿A quién asaltaron? –Dándose cuenta de la falta. –¿Y Mariela?

Doña Delia: –Justamente...

Mariano, no la deja terminar: –¡Cuenten de una vez!

Graciela: –Mami., vos también. –Agrega, tranquilizadora –Nada, nada malo.

Mariano, nervioso insiste: –Pero, ¿Qué pasó?

Graciela: –Le arrebataron la cartera, pero está bien.

Doña Delia: –Se está duchando. Aparecen corriendo, Martina y Catriel.

–¡Papi! –Mariano los abraza y dice: –Vamos adentro, a ver a mami.

Catriel: –Pero, está bien.-Agrega –De verás, no pasó nada. (Van a las piezas interiores).

En escena: Doña Delia y Graciela.

Doña Delia: –No sé si se quedan a comer o se van a su casa.

Graciela, comenta: –Es mejor, que se vayan lo antes posible antes que baje la luz.

Doña Delia: –Comida para dos, entonces.

Graciela: –Sí, pero, esperá, Má. –Aclara-. Mejor, les pregunto. (Se va para adentro). La luz se va haciendo más mortecina, mientras, baja el telón.

PATRICIA MOLTEDO

ELBA SANTOS

ALGO SIMPLE

Recostada sobre las rocas esperaba ansiosa que un barco anclara en estas costas, ser sirena no es algo simple y deseaba ser amada, de qué me servía la belleza, si no hacía otra cosa que cantar y vagar por los mares y así conquistar algún joven apuesto.

De pronto mis ojos ven el enorme navío acercándose y, a medida que avanza escucho gritos y risotadas, como si sus tripulantes estuviesen bebidos.

Al llegar a la orilla comenzaron a bajar, el lugar fue invadido por hombres ordinarios y mal trazados, pero observo que alguien se queda en la popa, es un joven apuesto con mirada perdida.

Me acerco, no nota mi presencia, tratando de llamar su atención comienzo a nadar, él continúa abstraído en sus pensamientos. Intento cantar pero los nervios apagan mi garganta.

Camina unos pasos y se apoya en la baranda, agito mi cola y digo: hola –hola contesta y pregunta:

–¿Quién eres?

–Me llamo Eres, como la diosa del amor, ¿y tu nombre?

–Arturo como el famoso Rey –respondió.

Antes de que diga algo más trepo al barco y me coloco junto a él, muy joven y de ojos verdes como el mar, al ver mi cola de pez no podía creerlo.

Eres bella, Eres –solo dice Arturo pero...

Para calmar la situación le pregunto:

–¿Qué te trajo hasta aquí?, bajando sus ojos me contesta:

–Una pena de amor...

Lo miro sin entender y él continúa:

–Como habrás visto yo no tengo nada que ver con la tripulación, estaba tan triste que sin saber a dónde iba me embarqué y aquí estoy.

–Y yo llegué a este lugar buscando a alguien como tú.

–Pero, es imposible.

¿Qué es imposible?

–Tú eres del mar, yo pertenezco a la tierra.

Sí pero las voces del mar me enseñaron que no somos iguales y a pesar de eso el corazón no sabe de razón.

Se escuchan gritos, Arturo me hace señas para que me zambulla, me dice que antes nos conocimos, que esa es la pena de él, algo, alguien hace mucho tiempo se perdió de su vida, que el mago le dijo, volverá en otra forma... no sé... no entiendo.

Los tripulantes vuelven al barco, sus ojos verdes se clavan en los míos, el barco suelta las amarras y leva las anclas, el ocaso se perfilaba, la luna se asoma pudorosa, mi cuerpo tiembla como una hoja, él me despide con un leve y agitar de su mano y beso en el aire... presentía la despedida.

Su silueta se va perdiendo hasta que el barco que se alejaba lentamente, desaparece.

Las lágrimas caen por mi rostro, el que iba a ser mi gran día ha llegado a su fin, mi hermoso rey se evapora.

Yo sola pensando en mi suerte, hermosa como sirena con nombre de diosa, una sirena al fin que seguirá soñando aunque sea por un día. Sacudo mi cola para perderme en el océano, algo pasa, está liviana... y me deslizo muy lento, no como antes... siento como una hendidura... algo me ha pasado.

En fin... tendré que ir al mago del mar.

AMIGOS

Facundo y Ezequiel se conocían de chicos habían nacido en el mismo barrio, escuela, fútbol, a medida que iban creciendo el gusto por alguna chica, escuela secundaria, bailes, amante los dos de las matemáticas, amigos inseparables.

Siempre dispuestos ayudarse, terminaron la escuela secundaria, y ambos eligieron la carrera de Contador Público. Tenían pensado recibirse y juntos poner un estudio contable.

Soñaban con una buena posición económica y formar una familia.

Comenzaron la Universidad nuevo ámbito, nuevos compañeros y profesores dedicados exclusivamente a su materia.

Entre todo lo nuevo apareció Melina, una morocha hermosa, de ojos color miel.

Ezequiel el más simpático y locuaz empezó a piroppearla, a Facundo también lo había impactado pero él era introvertido, así que Ezequiel fue el gran ganador.

Pronto se pusieron de novios, y se fueron a vivir juntos.

Muchas noches se reunían los tres a estudiar, Ezequiel estaba feliz y Facundo dejó de pensar en ella. Hasta que una de las noches en que estudiaban juntos, se lo notó molesto. Melina en cambio tenía la mirada puesta en Facundo.

Ezequiel terminó por confiar a su amigo que su novia ya no lo quería.

Facundo le dijo que el amor verdadero debe ser compartido de lo contrario hay que abandonar el barco antes que se hunda.

Melina encontró a Facundo y le dijo que ya no estaba más con Ezequiel.

Facundo solo le respondió que lo sabía, Melina se quedó esperando... él se fue con el corazón golpeando en los oídos, los esperaban últimos exámenes para cumplir un sueño de amigos.

HOY

Tu familia no me quería, no reunía las expectativas del hombre ideal para su hija. Vos estudiante de abogacía, yo con mi escuela primaria hecha a los tumbos, me ganaba la vida con lo que podía.

Lo cierto fue que nos enamoramos. Llegó el verano los padres y ella se fueron a pasar la temporada a Pinamar donde tenían casa.

Ella no quería marcharse, el día que nos despedimos le prometí, que no sé cómo haría pero que iría.

Un día de febrero con unos pesos, un bolso y mis amigos inseparables partimos hacía la costa. No fue difícil encontrarla, me había dicho en que parador iba a estar.

Estaba tomando sol, sus padres habían ido a caminar, aprovechamos para fijar el lugar donde nos íbamos a encontrar.

La luna daba de pleno en la noche y sobre el mar que estaba alejado de la playa. El cielo nítido, la brisa y las estrellas se entregaron al amor como nosotros.

Así fueron pasando los días, la última noche estabas muy triste, caminábamos sobre la arena, encontraste un palito te agachaste ibas a dibujar o escribir algo, te detuve, me abrazaste fuertemente y con lágrimas me dijiste adiós. Yo sentí que era una despedida para siempre.

No fue así. Hoy te escucho levantar cargos y exponer pruebas en mi contra por lo que hice, o lo que pasó, sin un rastro de pena, y pienso que sí, que hay justicia...

¿Y VOS?

Entré como todas las mañanas a desayunar al bar donde iba todos los días antes de ir a la oficina. Me senté en una mesa pedí un cortado con medialunas. Mi mente pensaba en el trabajo del día, de repente una mujer se me acerca, se para delante:

—¡Carlos! —me dice, yo tardé en reaccionar. —¡Mónica! Qué sorpresa. Nos abrazamos la invité a compartir el desayuno.

—¿Cuántos años hace que no nos vemos? Preguntó ella. Yo le respondo, diez

—¿Cómo va tu vida contame, te casaste, tenés hijos?

—Desde ese no te amo más tuyo, fue muy duro. Encontré a una chica se llama Agustina, en la vida no todo es perfecto y al fin sucedió.

Ya ves hoy tengo una mujer que me ama y dos hijos Agustín y Mariela que son mi vida.

¿Y vos? —preguntó Carlos.

Ella respondió con una sonrisa sonora. De golpe la hora había corrido, tenía que ir a mi trabajo.

Salimos a la calle, ella empezó a caminar por la vereda, yo subí las escaleras hasta llegar a mi oficina, me senté en el escritorio tomé el teléfono marqué un número, del otro y simplemente dije ¡te amo Agustina!

ENGAÑO

Andrea se había ido a su trabajo más temprano, esa mañana tenía que hacer un cierre de operaciones y estadísticas urgente. Ese día salí para mi oficina un poco más tarde como había mucho tráfico no tomé el camino de siempre.

Frente a la puerta de un hotel alojamiento le doy paso a un coche que quiere salir.

Miro distraídamente y me parece ver a mi mujer, primero pensé que estaba loco, traté de ponerme a la par y no me equivoqué era ella.

Llegué a la oficina, no podía concentrarme en mi trabajo, firmé unas órdenes de compras, salí a la calle, di vueltas y vueltas con el coche, paré en un bar para tomar algo pero no hacía más que pensar en como encaraba esto que me atormentaba.

De vuelta en el auto abro la guantera buscando unas pastillas, la garganta me estaba matando de un dolor súbito, y lo veo. Lo compré hacía unos meses, convencido de que llegado el caso en estos tiempos es mejor tener con qué actuar.

Algo me intimidó, quizá algún resabio de un consejo materno. Cerré la gaveta. Y puse la radio, tenía que enfriar mi cabeza.

Llegué a casa, suponía que Andrea ya había llegado y que como todos los días llegaría hasta a mí con un beso, el silencio que reinaba me adelantaba que no había nadie. Esa imagen me hizo volver al auto y a la guantera.

Entré al dormitorio la puerta del placard abierta, la ropa de ella no estaba.

Sobre la cama una carta...

Sé que descubriste sin querer la verdad, nunca pude decírtela de frente, no tuve valor para enfrentar tu mirada, ojalá te olvides pronto de mí.

Me recosté y esa noche, las lágrimas rodaron por mi mejilla. Tenía el revólver en mi mano, lo llevé a mi sien, mis labios sorbieron una lágrima, pensé en qué era estar cuerdo o loco, no pude contestarme, empecé a reír y reír, me levanté fui al baño, puse a llenar la bañera y tiré el arma al agua.

A partir de ese momento, dejé de ser el tipo que era y me preguntaba una y mil veces en que había fallado, no encontré respuesta.

LA SEÑAL

Una mañana bastó para que el teléfono sonara y la vida de mi familia cambiara. Néstor mi esposo había sufrido un accidente de tránsito, estaba internado en el Hospital de Vicente López.

Él estaba en terapia intensiva, su estado era grave, el golpe había sido en la cabeza...

Esperé la hora de la visita, lo vi conectado, la cabeza deformada e inmóvil.

El médico dio el parte, sus palabras todavía retumban –el estado del paciente es grave, se hará todo lo posible, señora.

Al llegar a casa estaba desesperada, el primero en entrar fue Martín que gritaba:

–No se come en esta casa –lo abracé y lloré junto a Marina que preguntaba:

–¿Qué pasa mamá?

Dos veces al día lo visitábamos esperando los partes médicos, así durante dos meses sin un signo de esperanza.

Yo siempre le tuve miedo a la muerte, una noche soñé como era el cielo, un lugar luminoso rodeado de ángeles, el piso, una alfombra de flores multicolores. Al despertar sentí una rara sensación, pensé si allí van los seres buenos no estaba mal y la pregunta era ¿tenemos derecho a extender la vida de un ser querido aun sabiendo que la ciencia no puede hacer nada?

Con esa pregunta me fui hasta la iglesia, parecía que el padre Antonio me estaba esperando entre lágrimas le conté lo que estaba pasando.

Él dijo: Dios nos da la vida y es el único que puede decidir por ella, mientras el corazón siga latiendo quiere decir que estamos vivos.

Las palabras del padre eran razonables. A las 12 del mediodía estaba en la terapia junto a Néstor, le di un beso y al oído susurré:

–Demostrame mi amor que todavía puedo soñar.

Él lentamente abrió los ojos, era la primera vez que me daba una señal.

Recordé las palabras del sacerdote y ahí comencé a soñar.

LAS COSAS PASAN

Vivo en un pueblo de Entre Ríos junto a mi mamá Olga, soy hija de madre soltera. Siempre me interesó saber quién era mi papá, pero mi mamá siempre me contestaba, cuando seas grande hablaremos.

Terminando la secundaria una amiga de mi mamá, me contó que ella sabía quién era mi padre. Conocía su nombre Héctor Fuentes y que vivía en Federación.

Al concluir de cursar una noche preparé mi mochila, el poco dinero que tenía y a la mañana temprano silenciosamente fui a buscar a mi padre.

El micro salía a las 5 y 30 y los pájaros anunciaban un hermoso amanecer con un sol radiante, así me despedí de mi pueblo, las lágrimas corrían por mis mejillas y una gran pregunta.

En tres horas llegué a Federación, un pueblo pequeño, mi búsqueda fue fácil, la mayoría se conocía.

Entré en un bar y pregunté por Héctor Fuentes, un joven me dijo que era el dueño de una Hostería de la que me separaban dos cuadras.

Al llegar a la puerta mi corazón latía desatado.

El joven de la recepción me preguntó qué necesitaba, yo le respondí— busco al Señor Fuentes.

Extendió su mano y me presenté. Mi nombre es Candela y necesito hablar con usted si puede ser en forma privada.

Me llevó al bar del hotel, nos ubicamos en una mesa, él mismo sirvió el café, se sentó frente a mí y me dijo —soy todo oído.

Lo primero que le pregunté si él había vivido en Cerrito, sin vacilar me dijo que sí, luego le pregunté si había conocido a Olga Leal, sonriendo me dijo que fue un amor de juventud. Empecé a traspasar —¿sería este hombre simpático y educado mi padre? En voz baja le expliqué el porqué de mi presencia. Él me contestó que no sabía nada del embarazo de mi mamá, pero que iba a hacer lo que correspondía para conocer con certeza si era mi padre. Me preguntó cuántos años tenía:

—Dieciocho —le respondí.

—Yo tengo treinta y siete años, podría ser, dijo él. Cierta brillo se encendió en sus ojos, y me alegré.

A la mañana siguiente estábamos en el hospital del pueblo para hacernos el ADN, estaría a los quince días el resultado.

Héctor me trataba bien, yo ayudaba en la hostería todo lo que podía.

Supe que tenía una hermosa familia, pero que al mes de nacer su hija, su mujer y la bebé habían muerto en un accidente en la ruta. Él manejaba y no lograba superarlo, aunque jamás lo mencionaba.

Faltaban tres días para la Navidad, teníamos que retirar el análisis.

A la mañana siguiente fuimos al hospital, las manos nos temblaban, entre los dos abrimos el sobre, el resultado fue negativo, lloré, él me abrazó tratando de consolarme.

Volvimos al hotel sin hablar, compartimos el almuerzo, me miró a los ojos y me dijo: –Yo también estoy mal me hubiese gustado que fueses mi hija. Creo que a los dos nos, por razones distintas, pero a los dos. Tomándome las manos agregó: –Si quieres quedarte te doy trabajo y un lugar para vivir.–Debo volver a mi casa –contesté– tengo que hablar con mi mamá.

Al regresar le conté a mi mamá porqué me había ido a Federación, ella me contestó llorando: –Tu padre murió cuando tenías un mes de vida, el andaba por mal camino y la policía lo mató.

Esa noche me acosté pensando en Héctor y en todo lo que había vivido, fui a buscar un padre y me encontré con un hombre que había perdido a su hija, a su familia. Creo a partir de ese momento en que las cosas pasan porque pasan... muchas veces o casi todas.

Hoy busco a mi padre, al menos quiero encontrar su tumba y su historia.

MARCAS IMBORRABLES

Sonó el despertador ya era hora de levantarme y comenzar un nuevo día, me dirigí al baño. Ya frente al espejo comencé a afeitarme mientras cumplía con la rutina, miré mi reflejo y me puse a pensar ¿Cómo había llegado a los cuarenta y tres años de mi vida sin haber podido formar una familia? La soledad había empezado a pesar, sin dudas así era.

De golpe vino a mi memoria el día trágico en que Alicia se olvidó en mi departamento una agenda personal, cuando la tomé entre mis

manos al hojearla no lo podía creer. Nombres y más nombres, teléfonos y horarios de citas. Después todo acabó. En fin, dejé eso atrás, y me marché a la oficina de una vez. Antes de llegar una silueta femenina que me era familiar se acercaba apurando el paso para alcanzarme.

–Hola –dijo, y yo no lo podía creer. Ella, después de tantos años, otra vez ella parada frente a mí, con su descaro y su sensualidad y esa exigencia en la voz.

–Estoy solo. Dije y todavía no sé por qué.

–Ahora, yo también. –Contestó.

Yo quería hablar, saber, miré la hora, se me hacía tarde para ir a trabajar, iba a proponer algo, ella se adelantó:

–En otro momento, vos tenés tiempo a tu favor...sí, en otro momento. –Propuso y ya se perdió a la vuelta de la esquina. Me quedé con el aire frío que ella dejaba detrás de sus pasos, y me reproché por no seguirla, pero no podía. Imaginé que le decía: –¿si querés vamos a cenar al lugar dónde solíamos hacerlo?

Mi pensamiento ya no estuvo en el trabajo, sino en esa mujer. A las ocho salí de la oficina, compré el diario para entretenerme durante el viaje de regreso. Pero el subte estaba atestado de pasajeros, ni se podía respirar, así que me quedé en el intento. Sin embargo un pasajero que iba sentado no lejos de donde estaba parado sin posibilidad para moverme, clavó sus ojos en mí de modo insistente y duro, y luego desplegó el diario que él también llevaba. La cara de Alicia, el misterio de Alicia, estaba en la página que yo podía ver, como también las palabras...muerta...buscan al asesino...crimen pasional...Yo nunca le hubiera tocado un pelo. La libreta, fue la libreta. Tengo que afeitarme. El reloj, las siete, otra vez tarde y este maldito sueño que vuelve, va a terminar conmigo. Ese hombre, ¿qué piensa?, él no me conoce. Mejor me bajo, total camino unas cuadras y tomo el tren, no aguanto que me mire de ese modo, qué se cree, no es Dios, él no es nadie. Yo, yo, ¿qué iba a decir? Sí, sí, no voy a pensar más, ella no existió y yo tampoco.

OLGA TASCA

ALGÚN DÍA, ALGUIEN...

Me pregunto qué me pasa...

En mi interior hay una fuerza que parte del cerebro y del corazón.

Que me hace escribir en el papel, buscando expresar con palabras, amor, felicidad, amistad, respeto por el prójimo, lealtad y verdad.

En un tiempo tan vertiginoso donde reina el individualismo y se esconden los sentimientos.

El camino de la escritura es arduo, lleno de secretos, pero apasionante. Desearía poder dejar constancia de ellos a quien algún día los encuentre, muy sencillos por cierto, como mis huellas al pasar.

Como escribiera el poeta Antonio Machado: *“Caminante no hay camino, se hace camino al andar”*.

NIEVE

¡Qué bien está la ruta, me habían advertido que estaba muy rota! No sé si sería para asustarme pues viajaba sola, pero el deseo de pasar unos días descansando y olvidar, me empujó a realizar el viaje. Encendí la radio, escucharía música y alguna noticia para que el trayecto no me resultara tan aburrido.

Llegué a la Posada sin problemas. Me dan alojamiento en una amplia habitación con ventanales, en el exterior se observaba una hermosa vegetación y una gran hilera de pinos.

Tal vez porque me observó disfrutar con ansias del aire puro, el conserje me comentó:

–Quizás caiga nieve.

–Estar en Bariloche sin nieve no podía ser. Así que me agradó la noticia.

Me fui a dormir tratando de descansar y no cené.

A la mañana en el desayuno conversé con algunos huéspedes, admirábamos el paisaje tan distinto a como habíamos llegado, todo tan verde y ahora blanco por la caída de la nieve.

Sentada en una mesa cercana una joven prende un cigarrillo, el mozo le indica que lo haga en el balcón, se asome a la ventana hacia el vacío o salga afuera, ya que no había un lugar reservado para fumadores.

La muchacha, ofendida, le responde:

–Hace frío.

–Abríguese bien o lo apaga. –Confirma el hombre.

Veo caer la nieve y escucho el diálogo. Recuerdo a mi madre que me decía cuando yo llegaba del trabajo:

–Hija, ¡tu cabello y tu ropa tienen un horrible olor a tabaco!, ¡hasta tus huesos están impregnados!

Nunca fumé, hoy, viajo huyendo todavía de aquellos aromas, que se pegaron en mí...

...Si no fuera por ellos... tal vez... hoy, no tendría cáncer de pulmón.

INDIFERENCIA

Parece increíble, se despertó antes que suene el despertador. Se levantó sigilosamente, sin hacer ruido, se duchó, usó la planchita, se maquilló, eligió la ropa para esa ocasión especial y bajó a preparar el desayuno.

Ya en la cocina, al abrir la ventana iniciando un nuevo día el sol a pleno la alegró.

–Hola cariño, te despertaste antes que sonara la campanilla odiosa del reloj. Hum que rico aroma a café. Sabés algo interesante, quizás ten-

ga unos días libres, pues el ingeniero viaja a EEUU, y no voy a trabajar unos días... Sabroso el desayuno, me voy más temprano, tengo que cargar nafta y como escasea hay cola. ¡Deseame suerte! Un beso y hasta la noche. –Se despidió como siempre, sin mucho, ni demasiado cariño, sin recordar la fecha.

Su realidad la tenía anonadada, o era que estaba ansiosa.

Dos años de novios, tres de matrimonio, ella estaba enamorada pero... ¿era correspondida de igual forma o estaba la relación en un principio de acostumbramiento? Tenía que quitar esos pensamientos de su cabeza, se dijo: –¡A levantar el ánimo!, retiraré la loza del desayuno y saldré no sea cosa que llegue tarde.

Llegó al lugar, estaba atestado de gente, tomó un número para ser atendida y salió a caminar.

El sol estaba bien alto y calentaba las veredas. Las hojas caídas y desparramadas hacían ruido al pisarlas en el otoño que la ilusionaba con la realidad de un sueño.

Dio una vuelta y regresó, justo faltaban dos números antes que el suyo. Concluida la visita volvió a su casa cansada pero alegre.

Preparó la mesa, puso los jazmines en el florero con agua en el centro. Encendió una vela aromática. Preparó el asado al horno con papas y mientras se cocinaba armó una rica picada. Sin olvidar el champagne en la heladera.

–Una ducha para quitarme el cansancio y una película esperando que llegue mi amor, se dijo.

El sonido del teléfono la sobresaltó, miró el reloj, ¿ya las 23 hs?

–Cariño se me fue la hora, estamos en Parolaccia festejando que al ingeniero lo ascendieron y de paso lo despedimos que se va de viaje. No me esperes, mañana tenés que madrugar.

Cuando regresaba directamente hacia el dormitorio. La encuentra dormida, mira la hora son las 2 de la madrugada. No hará ningún ruido, en poco tendrá que levantarse. Es mejor así.

En la sala, la mesa especialmente arreglada y encima del plato queda el sobre con la noticia sin ser visto.

LA VALIJA

En mi profesión de fotógrafo, muchas veces saco fotos por intriga o por costumbre. Aproveché esa mañana de descanso, temprano el día estaba radiante y me fui a la playa.

Caminaba por la orilla del mar, cuando una sombra distrajo mi contemplación del intenso color que el sol otorgaba con su luz a las olas del mar. A escasos pasos míos veo a una mujer con una valija, su silueta y su movimiento al caminar llevando un peso por la arena proyectaban una escena especial.

¡Mi espíritu de fotógrafo! Le saqué una foto ¿Qué llevaba en la valija? Seguí tratando de disfrutar la jornada paseando y vi a esta señora que se alejaba de la orilla del mar acercándose al muro que separaba la playa de la calle, buscando como repararse del sol, (eso creí).

Decidida encontró un lugar, se sentó, apoyó su espalda junto al muro, delante de ella colocó la valija, la abrió, sacó una tela amplia, la extendió en el suelo y comenzó a sacar prendas infantiles muy bonitas de colores vivos, parecían ser del talle de una niña de cuatro a seis años.

Un vestidito marinero, otro de florcitas, faldas y blusas. Cada prenda era acomodada muy bien y parecía que la acariciaba.

Se notaba que era ropa de un guardarropa infantil ordenado y de buen gusto, esos que padres o abuelas conservan para otros hijos o nietos.

Delante de toda esa ropa colocó juguetes. Casi todos peluches, evidentemente de la niña que usó esos vestiditos, un conejito, un perrito, una muñeca, un osito, todos en buen estado y es de imaginar que tiempo atrás adornaron una habitación infantil. Quizás la niña durmió abrazada a esos juguetes.

La señora tenía un aire digno y triste. Bien vestida, su cabello gris prolijo de pantalón y chaqueta, sus manos cruzadas sobre las rodillas, esperando con aspecto de no tener esperanzas.

Me acerqué, la saludé y le pregunté si necesitaba algo.

La mujer me miró, y desde sus lágrimas que me dolieron intensamente, me respondió:

–Una tragedia me llevó a toda mi familia. Ahora espero que venga por mí y que también se lleve a los recuerdos.

Cuánto dolor, y yo tenía una foto... no dudé y de inmediato, la rompí.

–Vamos le dije.

–¿A dónde?

–A buscar un lugar...

FANTASMAS

Trata de rasquetear el piso, y sacar las manchas de pintura, eso le lleva más tiempo de lo que pensaba.

–¿Qué ocurre, a esta hora todavía trabajando, es casi de noche?

–Me costó mucho sacar las manchas de pintura de los pisos de los dos departamentos, pero le aseguro que están preciosos.

–Me alegro pues van a venir muchos turistas y esos departamentos me van ayudar para alojarlos.

Se encuentran dos matrimonios en la hostería y sus hijos son amigos, van a la misma escuela. Se ponen de acuerdo y van a disfrutar de las vacaciones a los mismos lugares. Cenar, pues recién llegan y quieren descansar luego del viaje.

En la mañana durante el desayuno los chicos les dicen a sus padres que les agradecería dormir juntos en una misma habitación.

Le comentan al conserje si es posible y esa noche le preparan la habitación. Muy contentos se preparan para ir a los juegos del Parque con su famosa montaña Rusa. La casa de Casper y a otros lugares. Todo

muy bien, regresan cansados y a dormir luego de la cena en una habitación solos.

A la medianoche, los niños asustados y llorosos, van a la habitación con sus respectivos padres.

Silenciosamente se meten con ellos en la cama y como pueden se acomodan, dando vueltas y vueltas hasta que se duermen. En el desayuno a la mañana los niños cuentan que en la habitación había fantasmas y los querían ahorcar.

Llega en ese momento la mucama, escucha a los niños y va hacia las habitaciones pues tiene que ordenarlas.

Pasa la aspiradora pensando en el relato de los menores. Al tender las camas y mover las sábanas le parece ver algo extraño...

Analiza lo que ocurre, no quiere sentir pánico.

Frente a las camas de los niños hay un gran espejo y los movimientos al extender las sábanas se reflejan en él junto a una corbata anudada colgada del espejo, a un costado, arriba.

...Y que bien puede ser... una horca.

SIN DECIR NI AH...

La enfermera, entra al consultorio y le comenta al Dr. sobre la paciente que va a ingresar... si ingresa...

—¿Pero qué ocurre?

—Varias veces vino al consultorio y se retiró antes de su turno.

—Si está, que pase.

—Buenos días señorita, tome asiento, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días Dr. No sé explicar mi presencia aquí.

—Dígame primero su nombre y edad:

—Mi nombre es Carmen y tengo dieciocho. Mi madre falleció en un accidente cuando yo era bebé. Me criaron y educaron unas tías.

Tengo escuela secundaria incompleta.

Mis tías fallecieron hace pues tres años, muerte dudosa, dijeron. Entonces dejé los estudios.

De chica era curiosa, desobediente.

En casa había muchos libros y yo leía libros de anatomía. A pesar de los retos, leía para tratar de averiguar y reconocer algunos de los síntomas de mi organismo, pues sufría de muchos dolores, y hasta buscaba hierbas las mezclaba, preparaba infusiones y las bebía pretendiendo hallar la solución.

—¿Cuáles son esos dolores?

—Me duele el abdomen, dolor de cabeza, náuseas, vómitos, durante varios días, y desde hace dos años, fuerte dolor de cintura.

—¿Y a sus tías que les pasó?

—Lo mismo doctor.

—¿Cómo qué lo mismo?

—Claro, cuando ellas comenzaron con los síntomas, cansadas de que los remedios no les hicieran efecto, a mí me dio pena, bueno, entonces hice lo mismo.

—¿Pero qué lo hizo?

—Lo de las infusiones. Pero se me fue la mano.

—¿Qué quiere decir?

—Qué no sé si encontré la solución a los dolores...

Las tías se fueron sin decir ni ah...

CUESTIÓN METEOROLÓGICA

Lluvia furiosa que inundas calles, tiras árboles al suelo con todas tus fuerzas queriendo mostrar tu energía.

Con huellas sutiles del extraño paisaje que impone la noche cubriendo todo de un triste oscuro gris.

Sin embargo giros de luz, brotes de sol de un nuevo amanecer, contraluz de sueños definidos formando círculos concéntricos que adivinan primaveras y desde sus rayos eternos...

Suicidan el oscuro gris lluvioso.

En una simple cuestión meteorológica.

SUEÑO MUSICAL

Largo, Andante, Allegro movimientos, que el sol ilumina al espíritu, en latidos de sueños que añoran manantiales.

Negras, blancas, corcheas, fusas, algunos silencios, entretejen adagios de sueños perfumados, con aroma a jazmines.

Donde percuten ilusiones, y, se reflejan luces nacaradas, en torrentes melodiosos donde acompañan figuras que forman partituras.

En el camino del pentagrama, la tierna madera del piano, tensa sus cuerdas.

Y el sonido, como el tiempo breve de vida, de la mariposa deja caer sobre el teclado arpeggios musicales.

ESFERA LUMINOSA

En la oscuridad del espacio sideral, el Hacedor, dio al mundo tu luz para sacarlo de las tinieblas. Cuántas noches, nuestras miradas hacia el cielo admiran tu esfera luminosa. El tiempo invoca distancia y tú radiante curiosa, misteriosa, colgada del cielo.

Miras la historia que escribe el hombre con su vida. Giras y giras y los músicos, poetas, pintores te brindan su arte, se rinden a tu luz. Hasta se atrevieron a visitarte.

El Crepúsculo Vespertino se esconde, tú vas, sobre sus pasos, guiando con tu luz cuando eres... Luna Nueva, o, novilunio, menguante, creciente, luna llena, o, plenilunio.

Solo y por siempre... esfera luminosa

CUESTIÓN DE TIEMPO

El sol cae perpendicular a la tierra. El calor agobia, los jardines están con sus flores abiertas de todos los colores. Su perfume alegra el caminar por las calles de Buenos Aires ¡Llegó Diciembre! Parece increíble ya pasaron cinco años que terminamos el secundario y todos los años nos encontramos en Luján a visitar a la Virgen, darle gracias y pedirle bendición. Nos reunimos todos los 8 de diciembre, el día de la Virgen. Camino a la estación de trenes observo el paisaje, los recuerdos van y vienen produciendo en mi espíritu más añoranza. Por fin mi tren llega, subo y me acomodo en un asiento junto a la ventanilla, buscando reconocer lugares, aunque me cuesta, todo se ve no sé distinto, tal vez los nervios, la ansiedad seguramente, porque no ha pasado tanto tiempo, bueno eso habría que consultarlo con Mariel y sus acertijos, ja, ja, ya lo hablaremos. Años de estudio con jóvenes amigos que compartimos alegrías, ilusiones y penas. Nos ayudábamos entre nosotros para aprobar las materias, esa era nuestra meta. Recuerdo de esas reuniones de estudio a Mariel que era muy tenaz en eso, siempre estaba muy apurada, se iba temprano y, misteriosa decía que era cuestión de tiempo. El tren arriba al destino, desciendo y busco a alguno de los chicos. Recorro las caras que van y vienen, no reconozco a ninguno en ellas. Habré llegado temprano. Tal vez equivoqué el día. Quizás estén ya reunidos en la confitería. Bueno iré hacia allá, buscaré las mesas junto a la ventana, las que daban a la plaza, y las reservo mientras espero. De paso compro el diario local y me entero de cómo están las cosas por acá y calmo la ansiedad del re encuentro. Listo, ya tengo el diario, ahora al boliche. ¿Pero qué pasa?, todo está distinto. La gente se comporta de un modo extraño, no entiendo, ¿en qué idioma hablan?, ¡qué raros están vestidos! Las ropas

son finos cristales, esferas, agujas, formas raras...Es una pesadilla, claro, los nervios por el encuentro. ¡¿Pero qué dice este diario!?! Megapolis Luján, 8 de diciembre del 2100.

Seguro que fue idea de Mariel...Cuestión de tiempo...En cuanto aparezca se lo digo: ... ¡Esta vez, se le fue la mano!

BELLOS OJOS TRISTES

Bellos ojos de gitana, que airadamente miran, no te muestres tan lejana. La tarde tiene frío y la gruta es encantada.

Tu mirada al bajar los párpados esconden esas lágrimas que cuelgan de tus trémulas pestañas como gotas cuajadas de rocío. Tú tienes una gran pena y la quieres ocultar.

Bellos ojos de gitana que sollozan lo perdido: es tu canto decidido el que abrirá la ventana de la gruta encantada.

OLGA TASCA

HILDA TREZZA

El quehacer diario deja al margen inmensos espacios de creación y en medio de todo esto una voz descubre emociones sinceras, porque el escribir surge de nuestro interior, es parte de un cambio, nos rescata de la cotidianidad.

El escribir es escucharse, es un lugar, un sonido, un paisaje, una apertura a la existencia y un oficio transparente y esperanzador.

Es hechizo que se logra al juntar un lenguaje empeñado en reunir palabras, palabras, palabras.

Así, fiel al mandato del escritor, éste libro nace con el deseo de armonizar la vida junto a las palabras.

“El secreto de la existencia no consiste solamente en vivir, sino en saber para que se vive”. Dostoievski, Fiodor.

ENIGMA POR RESOLVER

–Es una historia interesante –¿otro trago?

Pedro inclinó la botella sobre el vaso vacío de Juan, su mano y su voz eran seguras, su expresión tranquila.

Juan era el que mostraba nerviosismo, se abrasó la garganta con el licor, movió la cabeza e hizo una mueca, permanecía en el centro de la sala, habló nuevamente, escogió con cuidado sus palabras y articulándolas claramente dijo:

–Creo saber porque me ha contado esta historia y que quiere usted que yo crea de ella, está equivocado, ha seguido una falsa pista, no quiero oír hablar más del asunto.

–No lo culpo a usted –dijo Pedro– yo hubiera hecho lo mismo a cualquiera que hubiera dicho semejantes alusiones respecto a mi mujer, pero la realidad sigue siendo...

–¡No quiero oír nada más de sus realidades!

–Puede ser que le parezcan más interesantes cuando usted haya ingerido una dosis de veneno en su arroz hervido.

¡Váyase al diablo! –gritó Juan.

–Son puras conjeturas, nada las prueban.

–Acuérdese del caso de aquel individuo, comerciante en carnes, murió a consecuencia de insecticida espolvoreado en su comida cuando fue de pesca, recuerdo que su mujer decidió ir con él pero a última hora no lo hizo; el pobre Alfredo, que así se llamaba el hombre, tuvo que ir solo, pocos días después encontraron su cuerpo al lado de un fuego campestre apagado y había polvo insecticida en uno de sus saleros, era corto de vista.

–Sucedan accidentes –dijo Juan.

–Los hay, nadie acusó a la viuda.

Juan quería parecer indiferente.

–Ud. No es corto de vista, pero padece de indigestiones.

No se ponga nervioso otra vez –dijo Pedro– es solamente para que vea cómo muchos hombres han caído por sus puntos más débiles: uno por corto de vista, otro por gustarle el pescado, otro porque... y siempre el mismo plan tan cuidadoso.

Al otro día después de esa conversación entre copa y copa Pedro salió a investigar otro caso cuando los vio, iban abrazados y entraron en un hotelucho.

–Juan, necesito verte, te espero en el café de siempre –la llamada fue breve.

Llegaron al hotel barato, subieron, Juan creyó escuchar en el piso alto la voz de su mujer.

–Volvamos –dijo Juan– quizás no quiero enterarme de la verdad.

Comenzaron a caminar por la calle ya casi de noche cuando Juan con nostalgia recordaba.

–Aquel lejano día había sido muy caluroso, las ventanas estaban abiertas y mi bella Ellen llevaba una falda blanca y corpiño con encajes.

La cena en la casa de Juan era el sábado próximo.

–Creo que la cena que preparé les gustará, es el plato preferido de Juan.

Éste miró los platos servidos, sintió miedo y dijo –no tengo hambre, si Pedro quiere.

¿Qué raro? –comentó ella.

–Les haré compañía –dijo Juan.

–Pedro se sentó junto a la ventana porque hacía mucho calor pero antes de hacerlo propuso a Ellen llevar el plato de Juan a la cocina para hacer lugar en la mesa pidiéndole que lo acompañe así conocía la casa.

Durante la cena Pedro trata de romper el hielo contando las características de su trabajo.

–Yo, ahora, a la luz o a la sombra de los acontecimientos, trato de darle nombre a los rostros y siluetas desconocidas, de crearles una historia verosímil que justifique o no, los hechos, intentando dilucidar las trampas a las que nos sujeta el destino, como un juego de naipes o fichas de dominó desbaratadas.

Al finalizar la cena Ellen saludó, subió al dormitorio dejando a los dos hombres en la sala.

En la luz tenue de aquella lámpara se podía ver la cara de Juan, blanca como el yeso, tragó saliva con dificultad.

Tomaron varios wiskys, pasaron horas hasta que Juan subió al dormitorio, al instante bajó con hombros caídos y voz entrecortada.

–¡Mi mujer está muerta!

Silencio glacial, Pedro preguntó turbado –¿pero ella no estaba enferma? –¿suicidio quizás?

–¿Cómo puede Ud. decir semejante cosa?

Pedro se dirigió a la cocina a tirar esa botella ya vacía, entre los residuos restos blancos en una pequeña bolsa asomaba en la superficie.

La autopsia demostró que había sido envenenada con insecticida.

LA BICICLETA AZUL

La muerte de Josefina habría sido considerada un trágico accidente de circulación de no mediar la perspicaz curiosidad de un joven policía local.

Tenía veintiún años, su cadáver fue encontrado en la tranquila carretera con su bicicleta al borde de un campo, cerca del pueblo dónde vivía; esto dio fundamento a las quejas de los vecinos sobre los veloces conductores que pasaban por los pacíficos pueblos.

La cara estaba magullada y ensangrentada a causa de su caída sobre el pavimento.

Un examen rutinario del cuerpo pareció confirmar el hecho de haber sido atropellada. Sin embargo, el policía tenía sus dudas y éstas le inquietaban.

Regresó a la escena del crimen y descubrió a unos cuantos pasos el cuerpo ensangrentado de una perdiz, la movió y siguió buscando.

Donde había estado tirada la bicicleta encontró algo que llamó su atención, un cartucho vacío hundido en el blando suelo debajo de una huella de herradura.

El nuevo examen reveló la triste verdad sobre su muerte, debajo del ojo izquierdo había un orificio de bala, oculto por la mata de sus cabellos.

Al conductor fugitivo lo dejaron de buscar.

La noche antes de su muerte, Josefina había dado sus frecuentes paseos en bicicleta, tenía muchos admiradores, pero sólo coqueteaba con ellos, su verdadero afecto lo reservaba para el marino, su novio, al cual esperaba ansiosa y deseaba que le pidiese matrimonio.

Era obrera en el turno noche en una fábrica próxima a su casa. Ése día después de descansar decidió visitar a su tío; llegó a la casa, entró, no llegaba sola, un hombre de tez cetrina se quedó esperándola afuera, sentado en una bicicleta azul.

El tío bromeó sobre su extraño acompañante.

Ella sonrió. —¡Oh, ése!, en realidad no lo conozco, ha estado pedaleando a mi lado, pero no me ha molestado, habló todo el tiempo.

Josefina comenzó a pedalear de prisa, el hombre apuró para alcanzarla y se alejaron.

Una hora más tarde, un granjero encontró el cadáver de la joven.

Se dictó un veredicto: “asesinato por persona o personas”, el hombre de la bicicleta azul que pudo haber aportado alguna información, se había esfumado.

Su bicicleta fue encontrada siete meses más tarde, en el canal de las afueras del pueblo, cuando el dueño de una embarcación advirtió que de una cuerda que colgaba de ella se había enganchado algo metálico, era el cuadro de una bicicleta azul.

Siguieron fondeando el canal y no tardaron en descubrir una funda de revólver y unos cuantos cartuchos.

Los números de serie del marco de la bicicleta habían sido borrados, no así los del interior del asiento; esto condujo a la policía a encontrar al vendedor de aquella marca, luego la identificación algo dificultosa del hombre que la había comprado años atrás.

Se llamaba Rodolfo Viñas, conocido por su malhumor y algún trauma de la guerra, aficionado a las armas de fuego.

Fue detenido y llevado al pueblo donde siete meses antes habían matado a Josefina.

El juicio demostró que Viñas era el hombre misterioso que había acompañado a la joven en bicicleta poco antes de su muerte.

Este confesó que había limado el número de serie de su bicicleta luego la tiró al canal junto con el arma y los cartuchos.

El único punto débil de la acusación era la falta de móvil, Viñas negaba haberla matado, afirmando que se había despedido al llegar al cruce de caminos.

Otra prueba que parecía complicar el caso pero de un modo casi irrelevante fue la bala encontrada por el policía que tenía varias marcas, éstas habían sido causadas al atravesar el cráneo y por la presión de la herradura que la había hundido en el suelo.

Dijo al jurado su triste y torturada historia mental: desequilibrado después de tres años de guerra con diagnóstico para tratamiento psiquiátrico.

Su declaración produjo un efecto fulminante en el jurado al decir que el ejército solamente le había dejado en su poder la funda y las municiones.

–Fui un cobarde –dijo Viñas– cuando me enteré de la muerte de la joven a la cual yo había acompañado en bicicleta, no dije a nadie que había estado con ella, me libré de todo lo que podía relacionarme con el crimen, tenía miedo.

El jurado observó la cara transfigurada del acusado.

Tres horas pasaron antes de pronunciar el dictamen: “inocente”.

Al salir Viñas en libertad, el sagaz agente que había convertido un accidente mortal en una causa por asesinato se lamentó el haberse olvidado un detalle muy importante en su investigación... el cuerpo de la perdiz muerta, no reparó en ella. ¿Había sido muerta la perdiz por la misma arma que mató a Josefina? ¿La bala que había atravesado al ave encontró un segundo blanco en una inocente joven?

Sin la prueba de la perdiz, de otras balas y de pisadas en lugar de huellas de autos, nadie lo sabría jamás.

El inteligente agente pensó que no era imposible que un tirador aficionado hubiese disparado contra las perdices en el campo al lado del camino.

¿Existía un tirador asesino que sabía que su disparo causó la muerte a una joven, que había huido del lugar guardándose su terrible secreto?

¿Sería quizás un tirador más cobarde que el destrozado ex soldado Viñas?

OBSESIVA DECISIÓN

El bote se deslizó lentamente por el pantano, sin remos porque llamaría menos la atención a esa hora de la noche, se eligieron los remos.

Demasiado lento – pensó Hernán –poniéndose tenso.

–Todo saldrá bien, Hernán –dijo con suavidad Emma, mientras manejaba los remos, te preocupas demasiado.

–¿Arreglaste que los hombres esperaran en la casa vieja?

–Por supuesto.

–¿No les dijiste nada?

–Dije que les pagaríamos bien por el trabajo.

–Bien.

–¿Te fallaría yo?

–No te ofendas, sólo preguntaba.

Hernán se puso nervioso cuando al doblar por un riacho vio la silueta de la casa antigua, vacía durante muchos años, olor a humedad y abandono.

Éste saltó del bote cuando llegaron al embarcadero y los cuatro hombres que Emma había contratado se acercaron a la pequeña embarcación.

–Los ayudaré –Hernán saltó hacia adelante –es pesado.

Con gran cuidado levantaron el enorme ataúd y lo pusieron sobre el muelle.

Lo dejaron en el medio de lo que fue en su momento la sala principal de la casa.

Emma se acercó a Hernán, la mirada fija en el ataúd –parece tan extraño aquí... lo hicimos ¿no?

No deberías haberlo hecho, Hernán.

El no respondió.

–A menos que estuvieras seguro de que no te atraparían.

El la miró.

–Estaba sentada junto al lago y pensé, quizás hubiera hecho lo mismo, me lo impidió el miedo a ser descubierta.

Ella ha estado realmente feliz desde que la trajimos a casa, quiero decir, la niña que había entrado y salido de hogares de adopción desde que era pequeña y había visto y pasado demasiado en su corta vida.

–¿Lo harías de nuevo?

–Probablemente lo haría y eso no fue una mentira.

–No quise que tuviera una oportunidad, pensé que era astuto o, al menos cuidadoso.

–Ni siquiera intentó pedirme más dinero.

–¿Qué hubieras hecho en ese caso?

–Pegarle un buen susto, Capel era ávido de dinero pero no estúpido, lo venía siguiendo la gente de seguridad social.

–Recuerdo –dijo Hernán– que cuando nos encontramos en aquel paraje alejado de la ciudad para que nadie me reconociera, me contestó:

–Pierde su tiempo.

A la niña la sacamos del último hogar y la criamos mi esposa y yo.

–Ud. Es tan sucio por fuera como por dentro.

–Si lo veo rondar mi casa le caerá la policía para detenerlo –la cara de Hernán enrojeció de ira.

Capel dio media vuelta y se perdió en la noche.

–Dios querría que esto terminara –pensó Hernán– no obtuve nada, era muy inteligente, entonces regreso al punto de inicio, era violento, abusador y violador, las pruebas que hasta ese momento tenía, lo comprobaban.

–Esa noche no avisé a la policía, su silueta atravesaba el parque, aquella calibre 22 la usé por primera vez con él.

–Es importante que la niña, mi esposa y yo estemos a salvo –reflexionó Hernán –le ofreceremos seguridad, ese no es el padre que se merece.

–¿Dónde estás? –Preguntó Hernán –al salir del sopor en que estaba sumergido.

–Estuve mirando el lago, pensando cuántas cosas pasaron, pero ahora la atmósfera será más liviana.

Levantó la vista y se puso tensa.

–Demonios –él apartó la mirada de ella, miró el ataúd y dijo: –creo que la fosa que hice será la ideal, todo terminado.

MANOS

La obra era exitosa, me costó mucho conseguir entradas. Estaba esperando para ingresar cuando de pronto el público que salía de la función anterior salía horrorizado por lo que acababan de encontrar. En el baño de hombres un joven de aproximadamente veinticinco años estrangulado y sin sus manos, las que no fueron encontradas.

Desconcertados llegaron los policías que hacía casi un mes buscaban al psicópata y asesino de personas. Siempre operaba de la misma manera, los cortes eran tan perfectos que hizo pensar a los detectives que el autor podría ser un médico. El cadáver fue llevado al hospital dónde el médico forense Roberto Strattos junto al estudiante Brandon Forenzi, comenzaron con el trabajo de estudiar el cuerpo.

–Bien Brandon –le dijo el doctor Strattos– ¿cuándo observas éste cuerpo, qué ves?

Brandon mira detenidamente, pensando paso a paso y revisando el cuerpo hasta que levantó sus cejas y Strattos sonrió.

–¿Hallaste la falla?

–No tiene hematomas –respondió Brandon –como si no lo hubieran golpeado antes de matarlo.

–Exacto, eso quiere decir que el asesino gana su confianza para luego atacarlos por la espalda. Strattos respira y seca su transpiración –maldito hijo de perra.

Por Brandon corría un sudor helado, su piel pálida, manos nerviosas.

–¡Qué dolor! –gritaba este, tomándose la cabeza con sus manos– últimamente me vuelve loco –dijo Brandon.

Strattos se acercó y le dijo –tomate el día libre.

Manejando Brandon escucha en la radio “Asesino de manos” atacó nuevamente.

Llegó a su casa, sonó el celular y antes de atenderlo sacó de una bolsa un frasco, lo miró cautelosamente y atendió.

–Le hablan del Departamento Policial, el Dr. Strattos está muerto.

–¿Qué le pasó?

–Bueno, parece que fue víctima del “Asesino de manos”.

Brandon colgó, se puso a llorar y de la nada sintió el dolor de cabeza, recordó algo que lo dejó desequilibrado:

–Lo último que me dijo el Dr. Strattos fue:

¿Por qué Brandon? –luego Strattos cayó al suelo sin vida y tomé un cuchillo de la mesa de operaciones, corté sus manos y las puse dentro del frasco –solo mis manos son de cirujano –pensé.

Ahora eran dieciocho las manos que señalaban a Brandon que lloraba pero de alegría, su dolor de cabeza desaparecía de a poco, ya no sentía tanto sufrimiento.

¡Admírenme! –gritaba mientras sus manos cruzadas detrás de su espalda lucían unas relucientes esposas.

HILDA TREZZA

ÍNDICE

Prólogo	5
Marisol Aulicino	7
Liliana Blasco	17
Lola Caloiero	27
María Del Carmen Cárdenas	37
Carmen Florentín Cabrera	47
Matías D'Angelo.....	57
María Graciela Jaime Irusta.....	67
Edith Migliaro	77
Patricia Moltedo	87
Elba Santos.....	97
Olga Tasca.....	107
Hilda Trezza.....	117

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Enero de 2014